



IMPEDIMENTA

YUKO TSUSHIMA

Territorio de luz

Traducción de Tana Oshima



Territorio de luz



YUKO TSUSHIMA

Traducción del japonés a cargo de

Tana Oshima



IMPEDIMENTA

Galardonada con el Premio Noma, tierna e inquietante, bella y brutal, estamos ante una de las más reveladoras e influyentes novelas japonesas de todos los tiempos.

«Brutal y tierno, este retrato de las tensiones y las alegrías de la maternidad es cautivadora.»

Publishers Weekly

«La prosa de Tsushima se muestra tan desnuda y vívida que incluso los detalles banales adquieren una vitalidad visceral... Una historia que se sumerge de forma inquietante en la vida de las mujeres, sin sentimentalismo ni autocompasión.»

The New York Times Book Review

TERRITORIO DE LUZ

El apartamento tenía ventanas a los cuatro lados.

Cuando mi hija era todavía pequeña, vivimos durante un año en el último piso de un viejo edificio de tres plantas; éramos las únicas inquilinas, y por esa razón teníamos la planta entera para nosotras, así como la azotea. En el bajo había una tienda de fotografía, y las dos siguientes plantas albergaban oficinas. Una pertenecía a una empresa que fabricaba y enmarcaba escudos familiares de oro macizo; la segunda era una asesoría contable, y la tercera, una escuelita para aprender a tejer. En todos los meses que pasé allí, solo hubo una oficina que no se ocupó nunca: una de la segunda planta que daba a la avenida. A veces, por las noches, mientras mi hija dormía, me colaba allí a hurtadillas, abría un poco la ventana y disfrutaba de las vistas, ligeramente distintas a las del tercero. Otras veces me limitaba a pasearme por las habitaciones vacías; era como estar en un lugar secreto que nadie más conocía.

Por lo visto, antes de mi llegada, toda la tercera planta había sido la vivienda del antiguo propietario del edificio, lo cual explicaba que solo se pudiera acceder a la azotea desde mi apartamento y que en esa azotea hubiera un cuarto de baño enorme. Eso estaba muy bien, pero por esa misma razón parecía que el cuidado de la torre de agua y de la antena de televisión había recaído sobre mí, y la nueva propietaria dio por hecho que yo me ocuparía de bajar las escaleras para cerrar la persiana mecánica de la entrada por las noches, cuando la gente de las oficinas ya se hubiera marchado.

La empresaria que había comprado el bloque se apellidaba Fujino y era bastante conocida en la ciudad. Rebautizó su adquisición como «Edificio Fujino Número 3», con la idea de empezar a alquilarlo con fines residenciales y no para albergar oficinas, como había sido el caso hasta entonces. Yo fui su primera inquilina. Al parecer, como no estaba segura de si lograría alquilar el piso —al fin y al cabo, se trataba de un edificio bastante deteriorado y los apartamentos no tenían una distribución normal—, le puso un precio muy bajo, para tantear el mercado. Tuve mucha suerte, porque fue una tremenda casualidad que yo lo encontrara justo en ese momento, como también fue casualidad que el edificio hubiera sido bautizado con el apellido del hombre que todavía era mi marido. A esto se debió que la gente me confundiera constantemente con la propietaria.

Al subir por las escaleras rectas, estrechas y empinadas, se llegaba a una puerta de aluminio, que quedaba justo enfrente de otra puerta, esta vez de hierro: era la salida de emergencia. Había muy poco espacio en el descansillo entremedias, y para abrir la puerta del piso había que, o bien

bajar un peldaño, o bien inclinar el cuerpo hacia el umbral de la salida de emergencia. La llamaban «escalera de incendios», pero en realidad no era más que una serie de barrotes de hierro perpendiculares al suelo; de ocurrir alguna emergencia, habría sido más seguro rodar escaleras abajo con mi hija en brazos.

Sin embargo, en cuanto abría la puerta, me encontraba en un apartamento que derrochaba luz a cualquier hora del día. El parqué rojo que se extendía desde la entrada hasta el fondo del salón hacía que la sensación de luminosidad resultara especialmente intensa, hasta tal punto que tenía que entornar los ojos cuando llegaba con la vista acostumbrada a la penumbra de las escaleras.

—¡Anda, qué calentito! ¡Qué bonito!

Mi hija, que estaba deseando cumplir los tres años, se puso a soltar grititos la primera vez que se sumergió en aquel baño de luz.

—Es muy cálido. El sol es una maravilla, ¿verdad? —le dije.

Mi hija empezó a corretear por el salón y respondió, toda orgullosa:

—Claro que sí, ¿es que no lo sabías?

Me di cuenta entonces de que aquella luz me estaba permitiendo, ya desde el primer momento, proteger a mi hija del gran cambio que acababa de producirse en su vida, y sentí el impulso de darme a mí misma una palmadita en la espalda.

La ventana que recibía la luz de la mañana estaba situada en una pequeña habitación de menos de dos tatamis, contigua a la entrada. Decidí que ese sería mi dormitorio. Al asomarme por aquella ventana orientada al este podía ver el vecindario, los tendederos de ropa y las azoteas de otros edificios más pequeños que el Fujino. Se trataba de una zona comercial ubicada enfrente de la estación de tren y no había casas con jardín, pero daba gusto ver las macetas y las tumbonas que la gente colocaba en alféizares y azoteas, donde de vez en cuando aparecían personas mayores envueltas en sus *yukata*.^[1]

Había ventanas orientadas al sur en cada una de las habitaciones que se sucedían en fila —en la pequeña, en el salón y en el cuarto de seis tatamis—; al asomarse, uno podía ver parte del tejado de una casa vieja y una callejuela con bares y restaurantes de *yakitori*. El tráfico era intenso a pesar de lo estrecho de la calle, y el estruendo de las bocinas llegaba hasta el salón.

Al oeste, es decir, al fondo de aquel piso tan angosto y alargado, había una gran ventana por la que el sol y el ruido se infiltraban sin piedad. Desde esa ventana se veía la avenida, con sus autobuses y su río de cabezas negras atravesando el paso de cebra, hacia la estación si era por la mañana, hacia el lado contrario si era por la tarde. También se veía a la gente esperando el autobús en la parada situada frente a la floristería, al otro lado de la carretera. Cada vez que pasaba el autobús, o algún camión, el piso entero se ponía a temblar y los platos tintineaban dentro del aparador. En la esquina de mi edificio confluían tres vías, dibujando una intersección en forma de cruz si se tenía en cuenta la callejuela que se extendía al oeste. Varias veces al día el semáforo y el tráfico se sincronizaban, dando lugar a un breve silencio que apenas alcanzaba a disfrutar: desaparecía enseguida cuando el semáforo se ponía en verde y los coches aceleraban impacientes haciendo tronar sus motores.

Desde el extremo izquierdo de esa misma ventana también se atisbaba el bosque, un parque extenso que antaño había formado parte de la mansión de un daimio. Solo se veía un trocito, pero

ese pedazo de verde era fundamental para mí. Suponía el principal atractivo de la ventana.

—¿Eso? Eso es el Bosque de Bolonia —les decía a las visitas cuando me preguntaban al respecto. Aquel parque situado a las afueras de París me sonaba a cuento de hadas, aunque solo fuera por el nombre, como Bremen o Flandes. El mero hecho de pronunciarlo me resultaba de lo más divertido.

A lo largo de la pared norte del salón se alineaban un armario, un aseo y las escaleras para subir a la azotea. El aseo tenía su propia ventana, por la que se veían los trenes y la estación. A mi hija le encantaba aquella pequeña ventana.

—¡Se ven los autobuses y los trenes! ¡Toda la casa se echa a temblar! —empezó a presumir en la guardería delante de sus maestras y amigos.

Sin embargo, nada más mudarnos, le subió la fiebre y se pasó en cama casi toda una semana. La tuve que dejar en casa de mi madre, que vivía sola en otro barrio, no muy lejos de allí, para poder ir al trabajo. La biblioteca estaba dentro de las oficinas de una emisora de radio, y yo me encargaba de organizar los documentos relacionados con la programación, ordenar las cintas, tramitar los préstamos, etcétera. Después del trabajo me acercaba a casa de mi madre, me quedaba con mi hija hasta pasadas las nueve y finalmente volvía sola a mi edificio. Estoy segura de que, si hubiera llamado a mi marido, me habría ayudado sin dudar, pero yo prefería importunar a mi madre antes que depender de él.

No dejaba de sorprenderme el miedo que tenía a que mi marido volviera a acercarse a mí. Me aterraba mi exceso de dependencia.

Mi marido me sugirió repetidas veces que regresara a casa de mi madre.

—Tu madre está sola, debe de sentirse triste, y para ti también es duro cuidar a la niña por tu cuenta. Me quedaría más tranquilo si supiera que, después de nuestra separación, vas a estar con tu madre.

Él ya había encontrado un apartamento a orillas del ferrocarril. Tenía previsto mudarse al mes siguiente de que el piso se quedara libre. Yo, en cambio, no sabía adónde ir, no podía pensar, todavía no había sido capaz de asimilar su decisión. Seguía albergando la esperanza de que quizá, al día siguiente, me dijera entre risas que todo había sido una broma. ¿Para qué entonces iba a preocuparme de si me mudaba o no me mudaba, y adónde?

—No pienso volver a casa de mi madre —respondí—. Cualquier cosa menos eso. No quiero tratar de disimular así tu ausencia.

Fue en ese momento cuando me dijo que me ayudaría a buscar piso.

—Si intentas hacerlo sola, seguro que te engañan. Y si terminas mudándote a un sitio raro me quedaré intranquilo y no podré dormir. Así que no te preocupes y déjame a mí.

Estábamos a finales de enero y llevábamos varios días de buen tiempo cuando empecé a visitar inmobiliarias con mi marido. Nos citábamos a la hora de comer en alguna cafetería cercana a mi trabajo y preguntábamos en las agencias de los alrededores. Lo único que yo tenía que hacer era estar callada y seguirlo a él. Mi marido les explicaba a las inmobiliarias las características que quería: un piso de dos habitaciones con mucha luz y un baño completo, y que no costara más de 30 000 o 40 000 yenes al mes.

—Hoy en día no encontrará nada parecido por menos de 70 000 yenes —se rieron en la primera

agencia que visitamos.

—En realidad, el piso es para ella y nuestra hija —dijo mi marido, lanzándome una ojeada—. Si fuera para mí, me daría igual, me contentaría con cualquier cosa, pero me gustaría que ellas vivieran en un buen piso, dentro de lo posible. ¿No tiene nada así?

Al día siguiente se repitió la misma conversación en otra inmobiliaria. Yo me impacienté y le susurré a mi marido:

—No hace falta que tenga bañera. Y puede ser de un solo dormitorio. —Luego le dije directamente al agente—: Si es de un solo dormitorio, habrá unos cuantos pisos por 30 000, 40 000 yenes, ¿no?

—Sí, eso sí.

Nada más responderme, el agente abrió una libreta. Entonces mi marido me dijo, como si regañara a un niño:

—Si es que te rindes enseguida. Eso no puede ser. Aunque ahora te parezca un alquiler inasequible, poco a poco, en cuanto te hayas asentado, encontrarás la forma de pagarlo. Al fin y al cabo, si eliges un piso barato, por muchas taras que tenga, no te permitirán remodelarlo, ¿eh? Dígame, entonces, ¿qué tiene por 50 000, 60 000?

El agente nos aseguró que por 50 000, y sobre todo si nos acercábamos a los 60 000, nos enseñaría unos cuantos pisos que me podrían gustar. Mi marido le preguntó si podíamos verlos cuanto antes. Yo no esperaba recibir nada de él después de la separación. De hecho, él estaba tan apurado económicamente que yo había tenido que prestarle dinero para que pagara la fianza de su apartamento. Mi marido me había dicho que necesitaba dejarlo todo y empezar de nuevo, que vivir separados era la única forma de conservar su dignidad, así que yo también deseaba ser capaz de mantenerme con mis ingresos. No quería seguir pidiéndole dinero a mi madre; era vergonzoso. Tenía claro que no podía pagar más de 50 000 de alquiler, lo mismo que había estado pagando por el piso en el que solía vivir con mi marido; solo que, al no tener que cubrir sus gastos, ya no me vería obligada a pedir ningún préstamo. Pero, incluso así, era un cálculo muy optimista. 50 000 yenes suponían más de la mitad de mi sueldo.

Ese día nos enseñaron un piso de 60 000. No tenía ningún defecto y estaba cerca de mi trabajo, pero yo no accedí.

Visitamos todo tipo de apartamentos vacíos, día tras día. Incluso vimos un piso de 70 000 con jardín, en el que no aceptaban niños bajo ninguna circunstancia, ni siquiera cuando mi marido le explicó al dueño que se trataba de una niña, solo una, y que se pasaba el día en la guardería.

Los pisos que visitábamos iban siendo cada vez más caros. Llegó un momento en que costaban lo mismo que la totalidad de mi sueldo y, pese a ello, yo seguía escuchando al agente como si nada, sin agobiarme, aunque tampoco me lo tomara a broma. Mi marido y yo los inspeccionábamos con gran seriedad, aun sabiendo que me resultaría imposible pagarlos y que no teníamos nada que hacer allí; nos comportábamos como si fuéramos unos profesionales del mercado inmobiliario.

—¿Vamos hoy también?

Tomamos la costumbre de hacernos esa pregunta cada mañana, y siempre que hacía buen tiempo nos pasábamos la hora de comer en alguna inmobiliaria. Durante todo el mes de enero, hasta la

llegada de febrero, casi siempre nos hizo sol.

Visitamos una casa con un ciprés en la entrada. Cinco escalones de piedra conducían a una puerta pintada de azul pálido; junto a ese espacio de un metro escaso crecía el ciprés. Las ramas se extendían hasta cubrir buena parte del ventanal, pintado del mismo color que la puerta.

—No está nada mal —dijo mi marido, con un toque de euforia en la voz.

—Lo malo es el árbol. Si fuera una magnolia, o un cerezo, no me importaría.

—El ciprés tiene mucha más categoría.

Era una casa de dos plantas. En la planta baja había un salón (donde estaba el ventanal), una habitación oscura de seis tatamis y una cocina abierta al comedor; en la planta de arriba, dos habitaciones tradicionales con mucha luz, un baño y un cuarto para tender la ropa. Para cuando avistamos el tendedero, tanto mi marido como yo estábamos en éxtasis y no pudimos evitar comentarlo entre sonrisas, conscientes de que el agente podía oírnos.

—A esta casa sí que vendrán a verte tus amigas.

—Podrán quedarse a dormir todas las que quieran.

—Y la niña tendrá mucho espacio. Incluso yo podría pasarme por aquí sin problemas. Qué bien... Me están entrando ganas de alquilarlo. Junto a esa ventana pondría una mesa...

—Y la estantería iría ahí, en esa pared.

—Oye, ¿por qué no me subarriendas un cuarto? Prometo pagar puntualmente.

—De acuerdo, pero te lo alquilaré caro.

Nuestras carcajadas retumbaron en la habitación vacía y vimos que el agente esbozaba una media sonrisa confusa.

En el fondo todavía me resistía a creer que iba a tener que vivir sola con mi hija. Si era con mi marido, cualquier lugar me parecía bien. Pero, si no era con él, todo me producía desasosiego.

Ese día, al volver a la biblioteca, me pasé un buen rato imaginándome mi vida en esa casa de dos plantas. Mi marido estaba de buen humor y me dijo que la cogiera, que no me preocupara por el precio del alquiler, que seguramente mi madre podría ayudarme, y desapareció. Me imaginé a mí misma poniendo el radiocasete en el salón, comiendo y cenando allí, relajándome sin hacer nada. Como la habitación de abajo de seis tatamis era bastante oscura, haría de ella mi dormitorio, y dejaría los cuartos de arriba para los invitados hasta que mi hija se hiciera mayor. No, seguro que sería mucho mejor acostarse y levantarse en uno de los cuartos luminosos de arriba. Además, aparte de mi marido, ¿quién vendría a verme? Estaba cerca de mi trabajo, quizá si los invitaba ellos podrían hacerme una visita...

Me hallaba inmersa en estas ensoñaciones cuando de pronto apareció un maestro de instituto de provincias; quería unas cintas didácticas de poesía para sus clases. Yo, todavía absorta en mis pensamientos, fui poniendo las cintas en el radiocasete, una a una. Por rutina, siempre que alguien pedía alguna cinta le hacíamos escuchar un breve fragmento para comprobar que era la correcta.

No sé por qué aquellas palabras se me clavaron con tanta intensidad.

Déjate, pues, de reflexiones

Y lánzate al mundo conmigo.

Te lo aseguro: el hombre pusilánime

Es como el animal a quien hace un duende girar

En derredor de un páramo

Mientras que se extienden en torno suyo verdes y hermosos pastos.[2]

—¿Qué ha sido eso? —pregunté, sorprendida, al maestro que tenía delante. ¿Aquello era parte del poema? El maestro debió de pensar que me refería a algún sonido proveniente del exterior y miró hacia la ventana, sonrió e inclinó la cabeza ligeramente, dubitativo.

Mi marido no volvió a casa esa noche ni a la noche siguiente. Supongo que creyó que el asunto de mi nueva vivienda ya había quedado resuelto.

Empecé a visitar las inmobiliarias por mi cuenta. Era la primera vez que lo hacía sola.

La voz de aquella grabación me había transportado, de repente y por sorpresa, a una mudanza que había hecho cuatro años atrás. Mi marido era todavía estudiante y yo acababa de empezar a trabajar en la biblioteca, y, aunque vivíamos en pisos distintos, él pasaba una de cada dos noches conmigo. Un día me llamó a la biblioteca.

—Ya tenemos piso: es un edificio nuevo y silencioso, con mucho sol; es perfecto. Nos mudamos el próximo domingo, ¿te parece bien?

Nunca habíamos hablado de buscar un piso para los dos hasta la noche anterior.

—Qué rápido, ¿ya está decidido? —le pregunté resignada, alegrándome al mismo tiempo de no haber tenido que hacer ningún esfuerzo. En ningún momento me planteé que quizá yo debería haber participado en la toma de decisión, dado que también iba a vivir allí; me resultaba demasiado cómodo y placentero dejarme guiar por la mano de un hombre. Me había marchado de casa de mi madre solo para que mi marido pudiera dormir conmigo libremente, y desde entonces me alojaba en un apartamento que él buscó para mí, una habitación en un piso estudiantil donde también vivía un amigo suyo.

Yo solo tenía que mover el cuerpo hacia donde él me dijera. Empecé a empaquetar mis cosas el sábado por la noche y, a la mañana siguiente, esperé a que llegara la furgoneta en la que mi marido ya había cargado sus cajas. Como mis pertenencias eran más bien escasas, nos llevó muy poco tiempo meterlas en la furgoneta. Me senté en la parte trasera y arrancamos, yo abrazada a mis discos, él con la bolsa de la ropa sucia sobre las rodillas.

Treinta minutos después llegamos a nuestro destino. El piso se encontraba al fondo de una calle residencial sin salida.

—¿Es aquí?

Al verlo por primera vez, solté un grito de alegría. Vivimos allí año y medio, hasta que me quedé embarazada.

Ahora me daba cuenta de que nunca antes había tenido que buscar piso. Me costaba creerlo, pero así era.

Me dediqué a buscar meticulosamente apartamentos cercanos a la guardería de mi hija, y para cuando quise darme cuenta ya había pasado otro mes. Quizá fuera inevitable, puesto que solo pedía ver pisos baratos, pero la cuestión es que todos los que me enseñaban estaban hechos un desastre, al contrario de los que había visitado con mi marido. Me vine abajo en múltiples ocasiones. No obstante, a medida que iba viendo aquellos apartamentos tan oscuros y pequeños la

imagen de mi marido fue alejándose de mí y empecé a detectar un cierto brillo en su negrura, como si se tratara de los ojos de un animal. Había algo en ellos que me escudriñaba, algo que me asustaba y me atraía al mismo tiempo.

—Tenemos un piso muy bonito de dos dormitorios por 30 000 yenes, una ganga —me dijeron una de aquellas veces, y fui a visitarlo algo incrédula. Era una vivienda sin anomalías aparentes, mirara donde mirara.

—Me parece que no. Me da mala espina. ¿Por qué es tan barato?

Al principio, la agente inmobiliaria se resistió, pero terminó por confesarme la verdad. Me iba a acabar enterando de todas formas.

—Fue un suicidio colectivo. Nada sucio; lo hicieron con gas. Al parecer, discutieron y salió el tema del divorcio y el marido forzó a toda la familia a suicidarse. Hasta salió en los periódicos. Pero no acabó ahí. La señora que lo alquiló después... se ahorcó. Sí, se ahorcó. ¿Por qué haría algo así? Me pareció excesivo. Ahora ya ha pasado un año, pero el piso sigue vacío.

—Vaya... Tal vez fue una reacción en cadena. Pobre, debió de alquilarlo pensando que podría vencer a los muertos... —dije, aguantándome a duras penas las ganas de salir de allí cuando antes.

—Claro, aunque cambies el tatami, aunque pintes las paredes, la llave del gas siempre seguirá en el mismo lugar. Mira, ahí está. —La agente señaló hacia una esquina de aquella habitación de cuatro tatamis y medio.

Junto a la llave del gas se me apareció, flotando sobre el tatami, la imagen de un cadáver doblado en dos.

—Supongo que esa mujer no pudo evitar ver el cadáver.

—Al parecer estaba neurótica. Acababa de marcharse de su pueblo...

Le dije que me lo pensaría y salí corriendo de allí. La agente me respondió amablemente que no hacía falta que me diera prisa, pues no creía que se fuera a ocupar pronto. Pero no, yo no tenía fuerzas para vencer a los muertos.

Unos días después, por la tarde, otro agente me llevó a un edificio alargado y estrecho. Cuando vi aquellas escaleras tan empinadas sentí que me faltaba aire, pero en cuanto abrí la puerta y puse un pie dentro me dije a mí misma que ese tenía que ser mi piso, ese y ningún otro. El parque rojo ardía bajo el sol del oeste. Aquel piso, cerrado y vacío como estaba, derrochaba luz.

Con el trasiego de la mudanza mi hija enfermó, y para cuando se recuperó y volvió a la guardería los cerezos ya estaban en flor. Le enseñé la canción del cerezo, la del cabrito, la del cuervo.

En el cuarto de baño la voz retumbaba que daba gusto, pero no había nada como cantar a pleno pulmón en la azotea. Yo misma me sorprendí de lo bonita que sonaba mi voz. Me compré una recopilación de canciones infantiles y me dediqué a cantarlas una tras otra mientras mi hija me aplaudía. Sin embargo, no lograba quitarme de la cabeza aquella frase que había oído en la cinta: «Déjate, pues, de reflexiones...».

—¡Otra, bravo, bravo!

Mi hija lloraba de alegría y me arrojaba palabras que acababa de leer en sus cuentos.

Yo no conocía el nuevo domicilio de mi marido; tan solo me había dado el número de teléfono

del restaurante en el que había empezado a trabajar de forma temporal. Alguien me había contado que su nueva novia era la gerente del establecimiento, una mujer que al parecer era lo bastante mayor como para ser su madre. No es que no lo pudiera entender. Quizá era lo que necesitaba ahora que se había quedado solo y endeudado después de fracasar en el intento de montar una pequeña sala de teatro con sus amigos.

A mi marido no le hizo ninguna gracia que yo hubiera elegido el nuevo piso por mi cuenta, y, de pura rabia, decidió mudarse primero. En cualquier caso, yo ya no tenía ninguna intención de dejarle dormir en mi piso.

Me preguntaba, aterrada, cuándo vendría a visitarme, y al mismo tiempo me daba cuenta de que ya no podía volver con él, por muy dura que me hubiera resultado la separación. No dejaba de resultarme extraño, pero yo ya no era la misma.

«Déjate, pues, de reflexiones, y lánzate al mundo conmigo», me repetí para mis adentros. Mi hija aún no se había dado cuenta de que su padre había desaparecido.

—Cuando llegue el verano pondremos una piscina en la azotea. Seguro que nos cabe una grande—le dije mientras la acostaba—. Y también podremos poner un trampolín. Y yo me tomaré una cerveza. Y la decoraremos con bombillitas, como la terraza de una cervecería. Seguro que quedará muy bonito. Y podremos plantar flores. Girasoles, dalias, achiras. Y también podremos tener un conejo, o una marmota, que son muy graciosas. O incluso animales más grandes. ¿Qué te parece una cabra montesa? También quiero gallinas. ¡Ya sé! Montaremos una granja y ya está. Seguro que los vecinos se llevarán un buen susto cuando la vaca diga mu...

Mi hija me miraba la boca fijamente, con los ojos muy abiertos. Le acaricié la cabeza. El dormitorio de dos tatamis, casi tan pequeño como un armario, resultaba acogedor.

[1]. Kimono ligero de algodón para el verano o para después del baño. (*Todas las notas son de la traductora.*)

[2]. Fragmento de *Fausto*, de Johann Wolfgang von Goethe. Madrid, Edaf, 1985. Traducción de Felipe Ruiz Noriega.

ALREDEDOR DEL AGUA

Durante la noche oí correr el agua al otro lado de la pared. Estaba ya adormecida, observando desde mi colchón el reflejo de las farolas de la calle y los neones multicolores que se proyectaban sobre el muro del edificio, cuando percibí ese sonido ligero y sutil. No sabía en qué momento había empezado a oírlo; es posible que antes de acostarme, o bien podría haberse tratado de una especie de ilusión próxima al despertar.

Por la mañana, cuando abrí la ventana, la luz del sol y el ruido de los motores de los coches irrumpieron con fuerza en mi habitación. El cielo estaba azul; la ciudad estaba seca; las partes en sombra también estaban secas. «Qué buen tiempo hace hoy también», pensé, satisfecha, justo antes de despertar a mi hija, sin preguntarme dónde se habría ido el aguacero de la noche anterior, sin extrañarme de que no quedara ni un pequeño charco en la calle. Era como si la lluvia hubiera continuado cayendo en otro lugar, en alguna zona de mi espalda que mis manos no podían alcanzar. Seguía sintiendo en mi cuerpo la presencia de un agua lejana, lo cual me hizo pensar que probablemente no lo había soñado.

Si no fuera por la escenita que me montó el de abajo, al día siguiente habría disfrutado de ese mismo sonido de agua, tan placentero, y luego me habría olvidado de ello por completo.

Justo cuando le di el primer mordisco a la tostada del desayuno oí que llamaban a la puerta. Me sorprendió que alguien me visitara a esas horas de la mañana y abrí la puerta con desmedida cautela. Se trataba de un hombre gordo de mediana edad; su rostro me resultaba familiar, aunque en ese momento no habría sabido decir dónde lo había visto. Sentí cierta decepción al comprobar que no era Fujino, al que no había visto desde que nos separamos, hacía ya más de un mes.

—¿Qué ha pasado con el agua? —preguntó el hombre mientras introducía su cabeza iracunda en el piso. Mi hija se acercó hasta situarse delante de él y nos miró a los dos con curiosidad—. El agua, le digo. ¿Se le ha caído al suelo? ¿Se le ha inundado el piso? Algo ha hecho. Tendrá que arreglarlo pronto, está causando una catástrofe.

En ese momento me di cuenta de que era el hombre de la oficina de abajo. Lo saludé como era debido y le respondí:

—No sé de qué me habla. Aquí no ha pasado nada.

—No puede ser. A nosotros no para de caernos agua. Está claro que se le está inundando algo. Puede que no se haya dado cuenta todavía, vaya a averiguarlo, por favor.

Era el director de la empresa que hacía escudos de oro. No creo que los fabricara en esa oficina tan pequeña, pero deduje que debía de utilizar el local para tramitar los envíos, a juzgar

por la cantidad de cajas de cartón que se amontonaban junto a su puerta, siempre a medio cerrar. Lo había visto varias veces sacando cajas y cotejando el contenido con las cuentas, y no sé si era porque tenía mucho trabajo o porque le gustaba trabajar, pero a las ocho de la mañana ya solía estar en la oficina y a menudo se quedaba allí casi hasta medianoche. Su presencia me resultaba bastante molesta, puesto que era yo quien se encargaba de abrir y cerrar la persiana mecánica de la entrada del edificio. Sin duda, también para él debía de ser engorroso quedarse esperando en la calle cuando yo dormía más de la cuenta por la mañana o tener que llamar a mi puerta cada noche, ya tarde, antes de marcharse. Me quité un peso de encima cuando, dos meses después de que el hombre trasladara su empresa al edificio, la dueña decidió hacer una excepción y le entregó una copia de la llave.

Aquel hombre también obligaba a su mujer, la única empleada que tenía allí, a trabajar hasta tarde. A ella nunca la vi de cerca. A él era fácil reconocerlo; andaba casi siempre trabajando junto a la puerta entre cajas de cartón. Pero ella se quedaba al fondo, agazapada en una mesa, cubierta con un delantal como si estuviera en la cocina rascando una cazuela.

Aunque ya casi era mi hora de salir de casa, el hombre seguía insistiendo en que el origen de la gotera tenía que estar en mi piso, así que examiné por si acaso las principales vías de agua: el grifo de la cocina, la lavadora, el inodoro, luego el cuarto de baño de la azotea, y de paso la habitación de seis tatamis. No vi ni una sola gota de agua.

—No parece que sea aquí —le dije al hombre, y me sumí rápidamente en aquella mañana que estaba siendo distinta al resto y en la que tuve que regañar a mi hija porque no había probado el desayuno—. Nos vamos ya, tómate la leche, rápido. La maestra se va a volver a enfadar.

—Oiga usted, no diga tonterías. ¿Cómo me explica, entonces, este charco? Aquí, mire. ¿Cómo lo va a ver si no viene aquí?

El hombre bajó dos escalones y me escudriñó, rabioso. Resignada, salí del piso con las pantuflas puestas; el hombre cerró mi puerta con violencia y señaló el suelo. Sí, había un pequeño charco. Miré al techo. Puede que hubiera una humedad en la esquina, pero yo también tenía manchas parecidas en mi techo, manchas de antiguas goteras que habían arreglado en su día, cuando renovaron la azotea, según me dijo el agente inmobiliario.

—No entiendo de estas cosas, pero no creo que ese charco...

Según decía esto, mi hija rompió a llorar al otro lado de la puerta. Me apresuré a abrir, pero el hombre me agarró del brazo con fuerza.

—Estoy seguro de que el agua cae desde su planta. Y en este mismo instante, mientras usted y yo discutimos, mi mujer se está volviendo loca intentando poner nuestras cosas a salvo. Porque ¿sabe qué? Cuando hemos abierto la puerta todos los documentos estaban empapados. Venga usted a verlo. Lo entenderá cuando lo vea.

El llanto de mi hija aumentó de volumen. Bajé un par de peldaños e intenté abrir la puerta ignorando al hombre que, al quedarse sin espacio en el descansillo, se vio obligado a retroceder por las escaleras.

Tomé a mi hija en brazos. Le ardía el cuerpo de tanto llorar.

—Pero lo que es seguro es que no viene de este piso, así que por favor investigue por su cuenta cuál puede ser la causa. Ahora me tengo que ir a trabajar. Si me necesita, dígamelo por la tarde.

Estaré de vuelta a las seis.

Cerré la puerta antes de que pudiera responderme y, un momento después, lo oí bajar las escaleras, resignado. Se me había hecho tarde y tenía que irme y mi hija seguía agarrada a mi hombro con la cara enrojecida. Se la limpié con una toalla húmeda y salí del piso a toda prisa, sin importarme ya el desayuno, pensando solo en bajar las escaleras con sigilo para que el hombre no me interceptara otra vez. A través de la puerta abierta de su oficina lo oí increpar a su mujer; seguramente estuviera descargando sus frustraciones sobre ella.

Lo cierto es que el agua que pudiera estar cayendo en la segunda planta me traía sin cuidado. No había podido darle el desayuno a mi hija, y en la guardería, en vez de despedirse sacudiendo la mano de buen humor como hacía siempre, mi hija se echó a temblar cuando se nos acercó una de sus maestras, como si fuera a comérsela viva. Se quedó abrazada a mi cuerpo, llorando, aullando como un perro, hasta tal punto que dos de las maestras tuvieron que llevársela a la fuerza. Y encima llegué tarde al trabajo. Así que, más que por el agua, estaba enfadada porque toda mi mañana se había ido al garete por una tontería. Aquel hombre no tenía derecho, por mucho que hubiera un problema, a venir a montarme semejante escándalo. Su actitud me pareció muy egoísta y me llenó de rabia. En ningún momento me acordé del sonido del agua que había oído la noche anterior.

Ese día, a la hora de comer, Fujino me llamó por teléfono. Yo estaba, como siempre, sacando el pan y la leche que me había traído de casa, sentada frente a Kobayashi, mi superior directo.

—Es tu marido —me dijo Kobayashi después de levantar el auricular, y me lo pasó como si nada.

—Gracias —susurré, y me acerqué el teléfono al oído. Al escuchar la voz familiar de Fujino, me sentí embargada por los recuerdos y una especie de cálida nostalgia, pero esa añoranza no tardó en convertirse en rabia. Cuántas veces me había repetido a mí misma que, cuando me llamara Fujino, para no estropear las cosas entre nosotros y por el bien de nuestra hija, hablaríamos tranquilamente de todo y de nada, nos pondríamos al día y le explicaría por qué, al final, era yo la que quería separarse de él, aunque ni yo misma lo entendiera muy bien. Pero, por más que busqué las palabras para expresarme, no logré siquiera que me saliera la voz, ni mucho menos hablar con la naturalidad de siempre.

Me preocupaba que Kobayashi pudiera oírme. Hubo otra ocasión, cuatro años antes, en que Fujino me llamó y Kobayashi me pasó el teléfono. Fujino y yo acabábamos de empezar a vivir juntos, pero todavía no era oficial. No recuerdo cuál fue el contenido de la llamada; quizá hicimos planes para cenar fuera esa noche o algo parecido. En aquella época, Fujino aún era estudiante y, además del dinero de la beca, también recibía una paga de sus padres, de modo que gozábamos de una holgura económica de la que careceríamos durante el resto de los cuatro años que pasamos juntos. De hecho, salíamos a comer fuera a menudo. Yo todavía no conocía la erosión que conlleva la convivencia doméstica y estaba contenta con mi nueva vida. Por entonces no me importaba demasiado si Kobayashi podía oírnos o no; hablaba por teléfono con despreocupación.

Sin embargo, aquella vez, nada más colgar el teléfono, Kobayashi levantó la cabeza y me dijo:

—Espero que os podáis asentar pronto.

Recuerdo que me ruboricé. Siempre lo había considerado un anciano enfrascado en sus lecturas

y en la administración de documentos, indiferente a la vida privada de su secretaria. ¿Habría escuchado todas nuestras conversaciones hasta entonces? Yo no le había dicho a nadie que me había mudado con Fujino, pero seguramente Kobayashi ya lo sabía todo. Cuando lo pienso ahora, me doy cuenta de que es lo lógico, pero mi jefe era tan discreto que yo nunca le había prestado atención.

—Uno se acaba cansando cuando la inestabilidad se prolonga demasiado, sobre todo si se es mujer... Cuida de ti misma, ¿de acuerdo?

Yo asentí con la cabeza, nerviosa y avergonzada.

Kobayashi había trabajado de locutor en la emisora. Cómo era posible, con esa voz arrugada y ronca, pensaba siempre, extrañada. Pero el caso es que fue locutor durante casi veinte años, hasta que un buen día tuvo algún problema en su vida privada; empezaron a trasladarlo de una sección a otra y terminó como encargado de la biblioteca, que acababa de ser reconvertida en una unidad independiente. Pese a ser un sexagenario antipático y con mala cara, los más jóvenes de la emisora lo llamaban cariñosamente «señor jubilado». No eran pocos los que mataban el tiempo charlando con él. Parecía que les gustaba complacerlo y ver cómo se transformaba su rostro malhumorado. Fue a través de esas conversaciones como me enteré de que era un hombre soltero.

Desde que Kobayashi me dijo aquello empecé a sonreírle a menudo, entre conmovida por su sensibilidad e indignada por su conmiseración. Él, por su parte, empezó a invitarme a tomar café en horario laboral. Incluso a veces, después del trabajo, me llevaba a bares donde había botellas con su nombre.

—Puedes tomarte una copa cuando quieras, las mujeres también tenéis derecho a beber libremente —me decía.

¿Pero con quién? De ninguna manera iba a beber de una de sus botellas con Fujino, así que nunca puse un pie en aquellos bares excepto en las ocasiones en que me llevó él. Realmente no teníamos nada de que hablar; la situación era tan incómoda como halagüeña. Además, no importaba adónde fuéramos o cuánto bebiera; Kobayashi siempre conservaba su rostro malhumorado. Le gustaba hablar del trabajo y de los libros que leía, pero nunca me preguntaba por mi vida privada. Después, en cuanto me dejaba en la estación, parecía emprender la marcha hacia otro bar de otro barrio. Todo el mundo conocía su afición por la bebida.

Puede que hubiera intuido desde el principio que Kobayashi se preocupaba por mí. De hecho, cuando Fujino y yo contrajimos matrimonio, a quien quise comunicárselo de inmediato no fue a mi madre, sino a Kobayashi. Yo creía que se alegraría más que nadie a pesar de la repulsión que me provocaba cada vez que me invitaba a beber y yo llegaba a casa tarde y mi marido, como era de esperar, me lo reprochaba diciendo que aquello suponía un insulto hacia nuestra vida en común.

Cuando le anuncié que nos habíamos casado y me disculpé por la preocupación que le había causado, Kobayashi sonrió con amargura y me contestó que no era asunto suyo. Y eso fue todo lo que comentó al respecto. Pero a mí me pareció que en realidad me estaba felicitando a su manera, así que volví a sonreír y le di las gracias.

Después, cuando me quedé embarazada, dejé de frecuentar bares con Kobayashi. No es que una cosa sustituyera a la otra, pero empecé a traer pan y leche al mediodía y adoptamos la costumbre de comer juntos, uno frente al otro. Encendíamos mi radiocasete portátil y escuchábamos música o

algún programa antiguo que él elegía de entre las cintas de la emisora, y a veces incluso se nos sumaba algún cliente que venía con su propia comida. Cuando tuve a mi hija, con frecuencia me pasaba toda la hora de comer explicándole a Kobayashi lo graciosa y divertida que era la bebé, y hasta le enseñaba fotos. Un poco para presumir, le hablaba largo y tendido sobre el «nuevo cine» que Fujino estaba estudiando en la universidad y al que quería consagrar su vida. También aquella vez, Kobayashi se limitó a hacer un único comentario final:

—¿Y por qué no se dedica a hacer películas de su propia hija?

Así era el carácter de Kobayashi, de modo que durante el último año dejé de hablar tanto con él, y dudo que no se diera cuenta de que mi actitud ya no era la misma. Seguramente él ya tuviera claro qué aspectos de mi vida habían cambiado cuando empecé a pasarme la hora de comer visitando inmobiliarias. Pero, incluso cuando le conté a Kobayashi que me había mudado, me fue imposible hablarle de mi situación con Fujino. Solo con pensar en mi felicidad fácil y egocéntrica del pasado me paralizaba.

Cuando Kobayashi me ofreció el teléfono, maldije a Fujino. No entendía por qué me llamaba al trabajo otra vez. ¿Qué le podía responder teniendo a Kobayashi al lado, escuchando? Yo me decía a mí misma que ahora tocaba conversar con calma, y que quizá en algún momento podríamos volver a vivir juntos. Pero, estando en el trabajo, no podía expresarme como quería. Y, si las cosas seguían así, todo terminaría por desmoronarse. No paraba de preguntarme por qué se empeñaba en llamarme al trabajo, y entonces dedicaba toda mi energía a culparlo obsesivamente.

—Cuánto tiempo, ¿estás bien?, ¿qué tal la niña?, ¿qué tal el nuevo piso?, ya va siendo hora de que nos veamos, oye, di algo, ¿hay alguien por ahí?, ah, bueno, entonces nada, pero podrías contarme aunque sea un poquito, al fin y al cabo estás hablando con tu marido, tampoco pasa nada porque te oigan, ¿no?, oye, ¿me escuchas?, al menos di sí, ¿ni siquiera puedes decir eso?

Después de escuchar toda esa retahíla y desecharla de inmediato, le dije con voz ahogada y tensa:

—¿Qué quieres?

—¿Cómo que qué quiero? ¿Tengo que querer algo para poder llamarte?

—Sí. Hasta luego.

Colgué el teléfono. Ni siquiera pude mirar a Kobayashi. Me comí el pan rápidamente, cabizbaja. Al final, mientras me bebía la leche, lo examiné de reojo: estaba leyendo el diario matutino con una hamburguesa en la mano. No sé si fue por respeto a mi lugar de trabajo, pero el caso es que Fujino no volvió a llamar. Y, cuanto más especulaba sobre su enfado, más me indignaba mi propio comportamiento. No pude por menos que arrepentirme. Empezaron a temblarme las piernas y se me hizo un nudo en la garganta. No era Fujino el que lo había estropeado todo, era yo. Tuve la sensación de que el daño era irreparable.

Me puse de pie y doblé la bolsa de papel del pan y el cartón vacío de leche. Entonces Kobayashi me habló.

—Perdona, ¿me podrías traer un poco de té? Tengo mucha sed hoy.

Yo levanté la cabeza por fin y le dije que sí, todo lo alegre que pude.

Fui a la cocina, que estaba detrás de una mampara, y preparé dos té con mucho cuidado. Todavía me temblaban las piernas. De regreso, cuando estaba a un paso escaso de la mesa de

Kobayashi, perdí el equilibrio pese a que no había nada en el suelo con lo que me pudiera tropezar, y se me cayeron las dos tazas de la bandeja. La mía no se rompió, pero la taza grande de Kobayashi no tuvo tanta suerte.

—Ay, lo siento, lo siento... —murmuré, y me agaché para recoger los pedazos. La taza se había partido en dos. Oí la voz de Kobayashi por encima de mi cabeza.

—Ten cuidado, te puedes cortar. ¿Por qué no utilizas un trapo?

—Sí, es verdad, perdona. Ahora traigo uno.

Me disculpé mientras me ponía de pie, y con el cuerpo todavía medio agachado corrí hacia la cocina para coger un trapo. De vuelta junto a la mesa de Kobayashi me arrodillé y presioné el trapo contra el suelo humeante. El calor del agua me llegó enseguida a las palmas de las manos.

—Tu taza es más resistente de lo que parece.

Miré hacia arriba y vi a Kobayashi con mi taza en la mano; la comparaba con los trozos rotos de la suya, que en algún momento debía de haber dejado sobre mi mesa.

—Lo siento.

—No te preocupes. Solo es una taza que me regalaron en un restaurante de *sushi*.

—Ya...

El calor concentrado en el trapo fue desapareciendo cada vez más rápido. De repente me acordé de lo que había ocurrido por la mañana y le pregunté a Kobayashi:

—Eh... ¿Es posible que esta cantidad de agua forme una gotera en el piso de abajo?

—No, eso es imposible. Si algo así fuera capaz de producir una gotera, nadie podría entrar en ningún edificio —me respondió Kobayashi, inusualmente risueño.

—... Sí, claro, es verdad.

Yo también sonreí y observé el linóleo todavía mojado. Le pasé el trapo por encima. De repente se me llenaron los ojos de lágrimas. Me los froté con la mano izquierda y así me quedé un buen rato, secando el suelo, intentando evitar la mirada de Kobayashi.

Cuando Kobayashi por fin se fue al baño, aproveché para recoger el trapo y los pedazos rotos y me puse a trabajar en las nuevas tarjetas de préstamo. La hora de comer ya había terminado.

Por la tarde, Kobayashi me dijo, más temprano de lo habitual, que ya no había nada que hacer y que me podía marchar. Yo no dudé ni un segundo; salí corriendo de la biblioteca. Mi hija se puso a dar saltos de alegría al ver aparecer a su madre antes de la hora prevista. Hice algunas compras por el barrio y volví a mi edificio. En cuanto empecé a subir las escaleras, quizá alertado por el elevado volumen al que hablaba mi hija, el hombre de la mañana se asomó por el segundo piso. Detrás de él reconocí al agente inmobiliario que se ocupaba de gestionar el edificio. A juzgar por sus caras, me quedó claro que me habían estado esperando con impaciencia. Contuve el impulso de bajar las escaleras y huir de allí; dejé que mi hija fuera por delante y subimos despacio cada peldaño. Mi hija avanzaba a cuatro patas por las escaleras empinadas, igual que un perro.

Cuando llegué a la segunda planta, el agente inmobiliario, como para protegerme con su cuerpo delgado, se colocó delante del hombre que, colérico, me miraba con odio.

—Disculpe las molestias. Resulta que... llevamos más de una hora esperándola. El señor aquí presente me estaba diciendo que abriera el piso de arriba, pero yo le he pedido que esperáramos un poco más, porque seguramente usted estaba al llegar, así que nos hemos quedado a esperar aquí

los dos...

—Como si tuviera tiempo que perder —murmuró el hombre.

El agente me sonrió como para restarle importancia.

—Al parecer, la gotera es bastante seria y está calando en el segundo piso, y como no está lloviendo sospecho que el origen debe de encontrarse en su planta... Lamento el inconveniente, pero ¿le importaría que eche un vistazo?

Era un hombre mayor, flaco, de pelo cano. Cada vez que me acercaba a su oficina a pagar el alquiler, me encontraba también con la dueña del edificio, la empresaria de sesenta años, sentada en un sofá. Vistos de cerca daban la impresión de ser una hacendada con su viejo mayordomo. Se trataba, desde luego, de un anciano elegante y silencioso.

Conduje al agente y al hombre del segundo hasta mi piso. El pequeño charco que había visto por la mañana ocupaba ahora todo el descansillo. También la mancha del techo se había extendido. Las gotas de agua se hinchaban hasta alcanzar un determinado tamaño y caían, repitiendo el proceso una y otra vez.

Primero pedí a los dos hombres que me esperaran en la entrada e inspeccioné yo misma el interior del piso. No había cambiado nada desde la mañana. El sol del oeste reverberaba con tanta fuerza que deslumbraba, trémulo como en un espejismo. Sin separarse de mí, mi hija se puso a canturrear en voz alta las canciones que acababa de aprender en la guardería.

Finalmente, le eché una ojeada al dormitorio. Estaba convencida de que no encontraría nada allí y me asomé solo para poder confirmárselo al hombre del segundo, pero por primera vez detecté una sombra de agua. Una gran mancha flotaba en la pared, una mancha que no había visto el día anterior. Detrás de esa pared se escondían las escaleras.

Informé a los dos hombres de que había encontrado una humedad. Los dos hombres se abalanzaron hacia el interior del piso.

—Disculpen, pero, si no les importa, preferiría que no entren en la habitación. Vayamos a ver la azotea. Esta mañana se me ha olvidado inspeccionarla.

Los conduje de prisa hacia las escaleras. No quería que vieran mi colchón, que aún seguía tirado en el suelo. Se me agarró el cuerpo solo de pensarlo.

No vimos nada fuera de lo normal en el cuarto de baño, así que abrimos la puerta que daba a la azotea; yo fui la primera en salir. Entonces, algo extraño se reflejó en mis ojos. Sin querer, dejé escapar un grito. Lejos de estar ya reseca, como me esperaba, la azotea brillaba llena de agua. Una gran masa de agua transparente ondeaba y se extendía generosamente.

—¡El mar! ¡Mamá, es el mar! ¡Qué bien! ¡Qué grande es!

Mi hija se lanzó al agua descalza. Entre risitas solitarias se puso a salpicar con los pies y formó un cuenco con las manos para llevarse el agua a la cara y mojársela durante unos instantes. Sus piernas eran todavía muy cortas y el agua le cubría los tobillos.

Los dos hombres y yo seguimos la corriente que trazaba el agua y nos detuvimos frente a la torre. Ingentes chorros caían con una intensidad hipnótica.

—Ahora entiendo. El agua ha ido cayendo desde aquí y lo que no cabía en la alcantarilla ha ido calando hacia abajo. Debe de haber una grieta en alguna parte. Pero, en cualquier caso..., qué vistas tan bonitas ha dejado.

Incluso el hombre del segundo, acaso apabullado por los hechos, había recobrado su expresión amable.

—Desde luego, dadas las circunstancias, es de agradecer que no haya ido a más.

—Mire, la niña está tan contenta.

—A mi nieta también le encanta chapotear.

Con los ojos entornados, los dos hombres se quedaron observando a mi hija mientras jugaba con el agua.

—Pero usted, al estar justo debajo, habrá oído al menos el ruido del agua, ¿no? —me preguntó el agente, y en ese momento me acordé por primera vez del sonido de la noche anterior. Aquel sonido suave y lejano. El recuerdo me tomó por sorpresa y me transportó a la noche anterior, como si aquel murmullo tuviera el poder de reaparecer en esta nueva realidad. Me recorrió un escalofrío.

—Ahora que lo dice, sí, lo oí anoche... Pero, cuando me he despertado esta mañana, he visto que el cielo estaba despejado, así que... no le he dado importancia, no he pensado que...

—Si se hubiera percatado usted en ese momento, podrían haberlo arreglado enseguida —dijo el hombre del segundo. Bajé la cabeza y me disculpé, confundida.

Repararían la torre de agua a la mañana siguiente, prometió el agente, y acto seguido ambos se retiraron.

Esa noche, yo también me descalcé y disfruté con mi hija del «mar» de la azotea. Aunque no entrañaba ningún peligro, me inquietaba exponer mi cuerpo a aquella extensa masa de agua, y esa inquietud me aceleró el corazón. Empezamos a arrojarnos agua, a correr una detrás de la otra hasta que tanto mi hija como yo acabamos empapadas. Sentía frío en mi cuerpo mojado. Por mucho calor que hubiera hecho durante el día, estábamos todavía a principios de mayo.

El teléfono dejó de sonar justo cuando volvimos al piso. Quizá había estado sonando durante todo aquel ra-to. Me vino a la mente la cara de Fujino. Y sobre su cara se superpuso mi voz preguntándole a Kobayashi si a partir de ahora, y para siempre, tendría que hacerme cargo yo sola de mi propia vida, de la felicidad que sentí cuando por fin me mudé con Fujino, de mi tremenda alegría cuando fui al ayuntamiento a formalizar nuestro matrimonio, de mi decisión de tener una hija con él. Me imaginé a Kobayashi asintiendo con la cabeza, y al mismo tiempo aparecieron innumerables sombras humanas a mi alrededor, todas asintiendo con la cabeza una y otra vez.

Fujino era el padre de mi hija y mi marido, pero desde hacía más de un mes no sabía nada de mi vida; no tenía forma de conocerla y, aunque no ocurría gran cosa, yo no podía dejar de alimentar, dentro de esa calma, mi miedo a cada nuevo día. Y, a pesar de que era imposible mantener el equilibrio, descubrí que no me terminaba de caer. Más bien parecía estar echando raíces ahí mismo, esperando, terca, a que naciera un brote. Tenía la sensación de que había un bulto frágil, transparente y distorsionado frente a mí, al que solo mis ojos podían ver. Y le estaba tomando demasiado cariño a ese bulto inestable que me había sido otorgado, hasta tal punto que ya me resultaba imposible volver a mirar a Fujino en cuanto que esposa, como si nada hubiera pasado. Fujino aún me hablaba en cuanto que marido, pero eso ya solo me provocaba una sensación de extrañeza. ¿Tenía que seguir escuchando esa voz lejana, cuyo significado ya no entendía, hasta que fuera él quien decidiera apagarla?

¿Por qué no podía olvidarme de Fujino si fue él quien decidió separarse de mí? De nuevo escudriñé las sombras humanas. Todas ellas guardaban cierto parecido con personas que conocía, y asentían con gravedad.

También esa noche el agua sonó cerca de mis oídos. Me dormí envuelta en una sensación suave y húmeda.

A la mañana siguiente, la reparación de la torre de agua concluyó demasiado rápido. La azotea perdió toda su agua transparente. Mi hija me hizo el favor de quejarse al fontanero por mí.

—¡No puedes parar el agua! ¡Malo! ¡Te odio!

Dos días después, un domingo, vinieron a arreglar la azotea. Tardaron un día entero. Por la tarde, cuando terminaron las obras, subí a ver cómo había quedado. Nos habían dicho que no la pisáramos hasta que se secara por completo, así que se lo advertí repetidas veces a mi hija mientras subíamos las escaleras.

Ella fue la primera en ver la azotea cuando abrimos la puerta. Soltó un gritito agudo, más alto que el que dio cuando vio el «mar», y dijo, nerviosa:

—¿Qué ha pasado?

Yo también me asomé. No daba crédito a mis ojos. La superficie era de un color plata intenso y reverberaba al sol. Resultaba tan deslumbrante que hacía daño a la vista. Yo creía que las obras iban a limitarse a cerrar las grietas, pero habían cubierto la azotea de lado a lado con una capa de pintura resistente al agua. Si ya en primavera fulguraba de aquella manera, seguramente en verano no podríamos ni asomarnos. Se nos quemarían los ojos en plena ciudad, como quien camina por una pradera cubierta de nieve, como quien va a la deriva en el mar.

Un mar de plata.

No pude evitar reírme. Era una vista maravillosa. Y, además, nadie nos podría arrebatarnos este mar.

—Qué bonito. Parecen estrellas —dijo mi hija, fascinada con la azotea plateada.

Fujino me llamó al día siguiente, por la noche. Solo pude reaccionar con frialdad, aun sabiendo que eso lo haría distanciarse todavía más. No entendía por qué me temblaban las piernas cada vez que oía su voz.

Esa misma noche soñé que estaba sentada dentro de un recipiente plateado con forma de estrella. Poco a poco el recipiente empezaba a girar, cada vez más rápido, y para cuando me daba cuenta la fuerza centrífuga me había aplastado contra la pared.

—Perdóname, por favor —gritaba, y entonces una antigua compañera de instituto miraba mi estrella y me decía:

—¿Por qué eres tan desastre?

Más que una compañera, era una persona con la que nunca había hablado. Sacaba muy buenas notas y siempre la elegían delegada de clase. Solía estar rodeada de muchachos porque tenía un aspecto limpio y ordenado. ¿Por qué estaría soñando con ella después de tantos años? Qué tontería, pensé. ¿Y de qué me servía que me dijera aquello? Aun así, en mi sueño yo me disculpaba entre lágrimas:

—Sí, soy un desastre, qué le voy a hacer. Pero, a pesar de todo, hay alguien en el mundo que no me abandonará nunca. Sí, es verdad, lo hay. Seguro que lo hay.

La muchacha inclinaba la cabeza con tristeza y se marchaba, con la misma belleza y juventud del pasado.

UN DOMINGO ENTRE ÁRBOLES

Lo primero que se reflejó en mis pupilas nada más cruzar la entrada principal fueron tres árboles grandes. Eran unos keyaki muy altos que destacaban incluso dentro del Bosque de Bolonia. Había visitado aquel lugar en muchas ocasiones desde que era niña, pero aquella era la primera vez que me fijaba en esos árboles, o más bien en su altura. Me detuve y miré hacia lo alto de las copas. Mi hija quería seguir avanzando y tiró de mi brazo con una fuerza inesperada. Sin embargo, aunque me tambaleé repetidamente, no me moví del sitio.

Acabábamos de atravesar la entrada principal. A la izquierda estaban las oficinas de administración y los servicios, rodeados de una arboleda en sombra. El olor tibio procedente del baño se mezclaba con el aroma de los árboles y flotaba en el aire. Había varias personas congregadas en esa zona; algunas esperaban a alguien en los servicios, y otras venían de lejos a visitar el parque por primera vez y se detenían a mirar algún mapa o a leer sobre su historia en los postes informativos mientras se tomaban un descanso. La mayoría seguía adelante, con paso ágil, por un camino de piedras que nacía al pie de una pequeña señal, en la que se leía: «Ruta». Mi hija también estaba ansiosa por adentrarse en ese camino.

—Es por ahí, venga, que nos lo perdemos. ¿Pero qué estás mirando? ¡Venga!

—¿Qué dices que nos vamos a perder? Mira, mira este árbol tan grande.

—Rápido, hay que ir por ahí. Que se va la gente.

—Eso no importa. Tú mira hacia arriba.

—¡No quiero!

Hasta entonces, yo tampoco me había fijado en esos árboles tan grandes. Alcé la vista hacia sus copas. ¿Por qué me habría fijado en ellos justo ese día? No me extrañaba tanto que no los hubiera visto antes como el hecho de que los estuviera viendo ahora por primera vez. Las copas quedaban muy altas. Eran delgadas y rectas, y resultaban inquietantes: tenía la sensación de que iba a ser succionada directamente desde la tierra hacia ese cielo blando y luminoso. Las hojas aún jóvenes del verano recién estrenado se sacudían frescas en las puntas de las copas, agitadas por el viento. Pequeños reflejos de luz titilaban como insectos bailando sobre las hojas.

—¡Mamá!

—No me tires así, me vas a desencajar el hombro.

—¡Pues que se desencaje!

—¡Ay! ¿Pero qué haces?

—¡Mamá! ¿No me oyes?

—Sí, te oigo muy bien...

Yo seguía sin apartar la mirada de los keyaki. Cada uno había echado raíces dibujando un triángulo en la tierra, pero las ramas se solapaban de tal forma que, cuanto más se acercaban al cielo, más costaba distinguir a qué árbol pertenecían. Y, mientras andaba absorta en ese trenzado, la vista me empezó a engañar y me dio la impresión de que el cielo había escupido algún tipo de vegetal que, antes de llegar al suelo, había decidido, malhumorado, endurecerse en el tronco grueso y antipático de los tres árboles.

—¡Que camines! ¡Tonta!

Oí pasos pesados y pasos ligeros acercándose por detrás, enredados unos con otros. Los pasos se deslizaban por mi costado y desaparecían por el camino de piedras. Oí las fuertes pisadas de los niños. Los pasos de las madres que arrastraban los talones. La gente entraba en el parque de forma ininterrumpida.

—Mueve las piernas. ¡Que las muevas, te estoy diciendo que las muevas!

Mi hija se abrazó a una de mis piernas y la levantó, haciéndome perder el equilibrio. Me apoyé sobre el tronco del keyaki.

—¿Pero qué haces? Suéltame. ¡Que me sueltes!

—¡No! Vóy a romper esta pierna.

—¿Cómo que vas a romperla? No tienes tanta fuerza —le dije mientras sacudía todo mi cuerpo y vigilaba de reojo a mi hija, que, aún encaramada a mi pierna, se negaba a soltarme. Me devolvió una mirada furiosa. Tenía la cara azulada. No estaba llorando, como suelen hacer los niños, ni había en su cara una sonrisa conciliadora. ¿Cómo podía tratar así a su propia madre?, me pregunté, y de inmediato le di una bofetada en la mejilla.

—Si tienes tantas ganas de ir, ve tú sola. Vamos, ve tú sola. Yo ya estoy harta. Si me limito a escucharte sin más, esto no se acaba nunca. Llevas todo el día a gritos, desde por la mañana. Que si estás triste, que si estás aburrida..., hablando solo de ti. ¿No puedes pensar un poco en los demás? Hemos venido aquí porque tú has insistido. Así que ve. Vamos, no te pongas así y ve.

Le empujé la frente con violencia. Mi hija retrocedió despacio, un paso tras otro, con la boca abierta, casi aterrorizada, hasta que chocó de espaldas con un paseante. Entonces su cara se transformó en llanto y se alejó de mí a todo correr. Para cuando quise darme cuenta, ya había desaparecido.

Una vez sola, me preocupó lo que pudiera pensar la gente y volví a mirar las copas de los keyaki. Me sentí mareada. No entendía muy bien lo que acababa de hacer. Tuve miedo de mi hija. En mi cuerpo no había espacio para nada más que ese miedo. Una madre intentando arrebatarme el padre a su hija. Una madre atrayendo a su hija hacia ella y echando a su padre a patadas, sin justificación aparente. Me pareció oír la voz del padre:

—Explícame, convénceme de por qué tú eres mejor para ella que yo.

No tenía respuesta a su pregunta.

—Sí, ¿por qué? Yo quiero mucho más a papá, ¿por qué no puedes llevarme con él?

¿Por qué solo se les permitía a los niños recurrir al llanto y a los gritos? Mi hija era hija de Fujino, un hombre que ya vivía con otra mujer y que no tenía ninguna intención de recuperar a su hija, un hombre que no me había enviado dinero ni una sola vez. ¿Seguía perteneciéndole aquella

niña de la que solo yo cuidaba? ¿Acaso mis esfuerzos no eran un simple regalo para Fujino, para que algún día recibiera a la niña ya crecida? Sí, efectivamente. Por mucho que yo llorara y gritara, Fujino seguía siendo el padre de mi hija.

Ojalá pudiera olvidarme de ella, pensé. No había pasado ni medio año desde que empecé a criarla sola, o quizá se debiera a que aún no me había acostumbrado a mi nueva vida, pero el caso es que ya iba notando el cansancio y el hastío de las dificultades que se me acumulaban día tras día. Era consciente de que había sido Fujino quien me había mantenido de una pieza hasta entonces. No quería que él lo supiera, y cada vez que intentaba ocultarlo mis dificultades se volvían aún más penosas.

Fujino y yo nos habíamos visto unos días atrás. Me llamó y me dijo que estaba en una cafetería al lado de mi piso y que, si no bajaba yo, subiría él a buscarme, así que acosté a mi hija y salí. Le dije, sin tapujos, que nuestra hija estaba bien y que sería mejor dejarla así de momento, que aguantara un poco más hasta poder verla. En mi fuero interno esperaba que con el tiempo ella se olvidara de su padre, y también que Fujino acabara resignándose. Pero él no se dejó engañar, se resistió a aceptar mis excusas egoístas, y cuando nos despedimos me dio una bofetada en la mejilla, igual que yo se la daría luego a mi hija.

—Ya está bien. Vamos a dejarlo por hoy. Pero si crees que voy a permitir que las cosas se queden así estás muy equivocada. —Y se fue, dejándome con la palabra en la boca.

Puede que para Fujino aquella fuera una reacción natural. Pero, de vuelta en mi piso, yo me eché a llorar. ¿Por qué, en vez de soltarme una bofetada, en vez de colmarme de reproches, no me abrazaba y me atraía hacia él? Esta estúpida idea me torturaba por dentro. No se trataba de mi hija; lo que de verdad me dolía era haber perdido a aquel hombre que había estado más cerca que nadie de mí.

La voz de una niña resonó a mi derecha. Me di la vuelta y vi a una niña que no conocía. Estaba llamando a su madre delante de los servicios.

Eché a correr hacia el camino de piedras. ¿Podría alcanzarla? ¿Adónde habría ido? A lo mejor estaba agazapada a la sombra de los arbustos, vigilándome, protegiéndome con su mirada. Me asomé entre los matorrales. No había nadie. Seguí corriendo y la llamé. No obtuve respuesta. El parque guardaba silencio pese a estar lleno de gente. Resultaba muy difícil correr con sandalias sobre la gravilla. ¿Qué necesidad había de poner tanta gravilla? Me llevaban los mil demonios cada vez que trastabillaba. Y toda aquella profusión de árboles también empezaba a irritarme.

Qué Bosque de Bolonia ni qué nada, si no era más que un oscuro jardín japonés. Y, en ese momento, recordé que había un estanque en el centro del parque. La imagen de mi hija flotando en el agua apareció ante mí. ¿Sería que, después de decirle lo que le dije, después de darle aquella bofetada, tenía que haber algún castigo reservado para mí? Me quité el delantal de un tirón y me dirigí al estanque corriendo, separando el aire con las dos manos como si caminara sobre el fondo azulado del agua.

También esa mañana, igual que todos los domingos, me había quedado en la cama hasta cerca del mediodía. A ratos me despertaba con la voz de mi hija, pero pronto me dormía otra vez. Mi hija se pasó un buen rato sacudiendo este cuerpo mío que se resistía a levantarse, pero debió de cansarse y volvió a la cama, hasta que se despertó de nuevo y se dispuso a despertarme a mí

también, esta vez en serio. Me destapó, arrebatándome la manta, y se montó encima de mí a caballito; me tiró del pelo y me lanzó sus libros y sus piezas de construcción. Al ver que yo seguía durmiendo se echó a llorar. Tenía hambre. Yo le dije, sin abrir los ojos, que cogiera un poco de pan o leche ella sola y que se pusiera a desayunar.

Se calló durante un rato y aproveché aquella calma para dormir un poco más, pero enseguida volví a oír su llanto. «Se me ha caído la leche.» «Me he hecho pis encima.» «Se me ha roto el vaso.» No me quedó más remedio que levantarme. Miré a mi hija y le eché un vistazo al piso. Una mancha de leche se extendía por el suelo. Vi trozos de cristal brillando a la luz de la mañana, juguetes tirados, la nevera sin cerrar. Un hilo de sangre corría por el dedo de mi hija. Su pijama estaba mojado, la parte de arriba con leche y la parte de abajo con pis. Tenía salpicaduras de leche hasta en el pelo. No me quedaban fuerzas para regañarla siquiera. Todavía en pijama, me puse a limpiar el piso.

Estas mañanas se repetían cada semana, pero yo no me rendía y seguía quedándome en la cama los domingos. Quería ganar aunque solo fuera un minuto más de sueño. «Un poquito más. Ya casi me he deshecho del cansancio», pensaba mientras continuaba fundiendo mi cuerpo con el suelo.

También esa mañana me había separado del suelo en el que dormía maldiciendo a mi hija por no querer encaramarse al mundo del sueño igual que yo. Lo recogí todo un poco, y para cuando terminé de preparar el desayuno, que hizo las veces de comida, ya había dado la una. Si me ponía a lavar la ropa sucia acumulada, a hacer la compra y a limpiar el piso, se me echaría encima la hora de cenar. Todavía tenía cosas que planchar y coser. La sola idea me resultó agotadora y me volví a tumbar en el tatami. ¿Sería aquel otro domingo en el que no ocurriría nada? Tenía la sensación de estar esperando algo con angustia, pero también estaba segura de que esa expectativa se terminaría desvaneciendo. No por ser domingo resultaba más alegre sentarse a comer. Como siempre, mi hija y yo estábamos solas.

Me puse a ver un programa de canciones populares en la tele. No tenía ganas de lavar los platos. Mi hija empezó a quejarse otra vez.

—¿Te vas a volver a dormir? ¡Que hoy es domingo! ¡Que no es un día normal!

Por fin, a mi hija se le ocurrió la idea de salir a la calle.

—Es aburrido quedarse en casa. No hay nadie. ¡Vamos a dar un paseo!

Después de ignorarla un rato, empezó a sollozar.

—Estoy triste, estoy aburrida...

De modo que bajamos las escaleras, y al salir a la calle mi hija recobró la alegría.

—¡Vamos al bosque! ¡Vamos al Bosque de Bulonia...! —dijo con entusiasmo.

—Se llama Bosque de Bolonia —le dije, contenta yo también. Tenía la suerte de haberme mudado cerca de un parque famoso al que, en broma, llamaba «Bosque de Bolonia», y todos los días veía por la ventana un pedacito verde de sus árboles, pero no lo habíamos visitado ni una sola vez. Allí podríamos pasar un domingo más típico, sin duda. Los árboles, el estanque. El olor de la tierra y de la hierba—. Sí, vamos. Hace muy buen tiempo, seguro que estará animado.

La tomé de la mano y echamos a andar. Nos encontrábamos a unos diez minutos de la entrada principal del parque.

Mi hija no estaba ni al borde ni en la superficie del estanque. En la orilla, sobre el césped joven, unas cuantas familias sacaban la merienda que parecían haber preparado y traído de sus casas. Un padre y sus dos hijos pequeños daban de comer a tres patos con las alas ligeramente sucias. Había quienes incluso jugaban con una pelota.

Me alejé con rapidez y corrí hacia una arboleda. También allí había varios grupos de gente sentada en círculo sobre una manta, comiendo. Todos cantaban y se reían. Me paré un momento a descansar en el único banco de madera que encontré. «Es inútil que me dé prisa —pensé—; ya es demasiado tarde.» Me entraron ganas de fumar. Pero solo me había traído la cartera, y no tenía intención de pedirle un cigarrillo a un desconocido. Me quedé mirando a la gente que sí fumaba, luego volví los ojos hacia los árboles, hacia la tierra bajo mis pies. Me encontré con una gran cantidad de objetos brillantes. «¿Qué será?», pensé, y miré con más atención: eran anillas de latas de zumo.

Un niño de la edad de mi hija vino corriendo hacia mí. Me acomodé en el banco preguntándome qué querría, pero el niño no tardó en girar hacia otro lado. Se detuvo junto a un banco en el que alguien dormitaba, y entonces me miró. Parecía estar sonriendo. Yo me levanté y me acerqué. La persona que dormitaba era una mujer a la que había visto en alguna ocasión. Sonreí al niño, pero no sabía cómo se llamaba su madre ni la conocía lo suficiente como para despertarla y saludarla, así que pasé de largo.

La recordaba de una reunión de padres que había tenido lugar en la guardería dos o tres semanas atrás. Yo había llegado tarde y me reconfortó que ella llegara con más retraso que yo. Nunca antes la había visto en la guardería. Quizá hubiera entrado en abril. Llevaba una camiseta marrón y unos vaqueros, con un estilo un poco masculino, pero se trataba del tipo de mujer que conseguía resaltar su feminidad cuando vestía como un hombre. Tenía un rostro pálido y armonioso. Supe, por lo que contestó cuando las maestras le preguntaron por la situación del niño en la casa, que también ella vivía sola con él. Me entusiasmó que alguien así se hubiera incorporado a la clase de mi hija, pero pasaron los días y no la volví a ver, ni por la mañana ni por la tarde. De modo que me alejé del banco, aunque no pude evitar preguntarme, extrañamente nerviosa, si aquella mujer me habría reconocido si yo le hubiera dicho algo. Era imposible que se acordara. Aquella vez, en la guardería, no le dije nada que revelara que yo también había perdido al padre de mi hija. Ni siquiera se lo había comunicado a las maestras. Aun así, ¿le resultaría mi cara familiar? «¿Nos conocemos de algo?» Quizá me preguntaría algo así. Entonces yo le comentaría lo de la reunión en la guardería, y de paso, como quien no quiere la cosa, le diría: «¿Tú también estás sola? ¿Murió? ¿O es que...?». Seguro que me respondería con claridad. Al menos, tenía esa impresión.

Mientras subía la cuesta estrecha que llevaba a la arboleda, me imaginé a mí misma manteniendo una conversación con ella. Me fascinaba la calma de aquella mujer, capaz de quedarse dormida sobre un banco en un parque, aun estando acompañada de un niño pequeño. No veía en ella nada de aquello que se había endurecido y pegado a mí, nada de aquello que me hacía sufrir.

—Lo mío es bastante reciente. Pero estoy cansada, ya no puedo más. No sé si podré llevarlo tan bien como tú. Y ahora se me ha perdido la niña y ni siquiera sé cómo buscarla en un lugar tan

grande...

—Eso es muy fácil —me diría ella, despreocupada. Se subiría al banco y tocaría un silbato con fuerza. Y, entonces, mi hija volvería a mí enseguida, como un perro de caza—. Así es como se llama a los niños —diría la mujer entre risas, y me enseñaría a tocar el silbato.

—¿Por qué no jugamos todos juntos? Todavía queda tiempo hasta que cierren el parque. ¿A qué podemos jugar?

Los niños se pondrían a gritar de alegría.

—¡Al pillapilla!

—¡A tirar el pañuelo!

—Ya que tenemos un banco, ¿por qué no al pillapilla en alto?

Por primera vez en mucho tiempo mi hija y yo corretearíamos hasta quedarnos empapadas en sudor.

—Qué divertido, ¿no te parece? —me preguntaría ella en voz baja, y yo asentiría con vigor.

Aceleré el paso y seguí subiendo la cuesta de la colina. En realidad, más que una colina, era un montículo artificial con una bonita tetería en la cima, pero el camino serpenteante y las ramas de los árboles que lo flanqueaban le daban el aspecto de una ruta de montaña. Llegué a la tetería en menos de cinco minutos. Allí fue donde encontré a mi hija. Estaba dormida en una esquina, como si se hubiera cansado de llorar. Mientras contemplaba su figura redondeada, me acordé de repente de un niño de mi colegio que una vez se escondió en un rincón del auditorio. Estuvo desaparecido durante horas y cundió el pánico en el colegio. Los profesores, por supuesto, pero también los niños se pusieron a buscar. Yo fui al auditorio. No me había tomado muy en serio lo de la búsqueda, pero pensé que si me quedaba en clase me regañaría la maestra, así que decidí dirigirme al espacio más grande del colegio, donde no había escondite posible. Una vez allí, oí unos susurros siniestros. La voz retumbaba desde detrás del telón. Me asusté y salí corriendo. No se lo dije a nadie. No sabía si aquella voz guardaba alguna relación con el niño, ni quise saberlo. Esperé dentro del aula, absorta, a que llegaran los demás alumnos.

Por fin vinieron y me dijeron que habían encontrado al niño. Estaba llorando detrás del telón del auditorio, dijeron, tenía una fisura en un hueso y no podía moverse y por eso lloraba, se hizo pis y siguió llorando, qué tonto, podría haber gritado, habría sido tan fácil...

Eso pensé yo también. Por qué no habría pedido ayuda, qué niño más raro, dijeron, pero no le presté más atención al incidente. En realidad, no soy capaz de imaginarme su soledad. Una soledad en la que no pudo pedir ayuda sin sentir miedo. Una soledad que lo instó a esconderse detrás del telón rojo pese a que no había nadie a su alrededor.

Un tiempo después, el niño se cambió de colegio. Quizá no tuviera nada que ver con lo que pasó en el auditorio, pero en ese momento me dio la impresión de que era así, y a día de hoy estoy segura de que no me equivocaba.

—Despierta, te vas a enfriar.

Sacudí ligeramente los hombros de mi hija. Ella soltó un ruido nasal, mimoso, y en vez de levantarse se encaramó a mi rodilla.

—... Vale.

Se levantó, tambaleándose, con los ojos cerrados.

—Aúpa.

Hacía tiempo que no llevaba a mi hija a caballo. Pesaba demasiado y me suponía un esfuerzo penoso. Cuando me la coloqué encima y por fin endecé la cadera, no pude evitar trastabillar, mareada. Pero tenía que hacer por mi hija lo que su padre habría hecho por ella. Ya era hora de aprender a ser padre también. Bajé la colina despacio, con la vista fija en el suelo para no resbalar. Quizá la niña se hubiera quedado dormida otra vez. Era un bulto pesado y cálido.

—Y uno y dos.

Avanzaba animándome a mí misma en voz baja. El aire olía a azaleas mustias, que ya habían dejado atrás su mejor momento. Me costaba respirar.

Al llegar abajo, sacudí un momento a mi hija. No reaccionó. Me froté los ojos y la frente y continué caminando.

La mujer de antes ya no se encontraba en el banco de la arboleda. Tampoco al niño se lo veía por ninguna parte. La gente que quedaba se estaba preparando para marcharse. Me senté a descansar en el banco. Todavía podía sentir la calidez tibia de la mujer. Mi hija dijo algo con voz somnolienta, pero no la entendí. Alcé la cara y recorrí con los ojos las copas de los árboles. A diferencia de los keyaki, estas copas cubrían pesadamente el cielo. Era una arboleda oscura, donde apenas llegaba la luz del sol. ¿Cuánto valor hacía falta para pasar la noche ahí? Seguro que ni siquiera llegaba la luz de la luna, ni por supuesto la de las estrellas. De repente pensé que quería probarlo. Pero en ese momento el miedo se volvió tangible y empezó a acecharme.

Seguramente seguía habiendo mucha gente descansando, sentada en las orillas del estanque donde todavía daba el sol. Me levanté rápido, re Coloqué el cuerpo pesado de mi hija sobre la espalda y eché a andar hacia el estanque. Tuve la sensación de que, en la tenue oscuridad que se abría a mis espaldas, algo brillante se pegaba a mí y me seguía. Una luz pequeña pero caliente.

—¿Hay algo ahí detrás? ¿Puedes mirar? —le pregunté a mi hija, que todavía estaba adormilada.

Mi hija se dio la vuelta bostezando.

—No hay nada —me dijo.

—¿Y personas?

—Sí. Hay un señor con gafas, una abuelita y...

—Vale, no pasa nada —la interrumpí, decepcionada.

—¿Va a venir algún monstruo?

—No, no pasa nada.

Avancé hacia el estanque dando zancadas.

—¿Un lobo? ¿Un zorro? ¿Un oso?

—Que no, que lo dejes ya.

—Dime, ¿un lobo? ¿Un zorro?

—Sí, un lobo. Un lobo. Ahora cállate.

—Pero si no hay lobos. No es verdad.

—Qué niña más pesada. Venga, bájate y camina tú solita.

De nuevo me vencía la irritación.

Pero mi hija salió corriendo, despreocupada, hacia el estanque. Yo la seguí, con la respiración

entrecortada. Al final de la senda vi un sauce llorón refulgiendo bajo un sol que empezaba a declinar hacia el oeste. Era de una luminosidad deslumbrante. Mi hija estaba dando saltos intentando agarrar una de las ramas más bajas. Quise impresionarla agarrando varias ramas a la vez. Me protegí los ojos formando una pantalla con mi mano y me fui adentrando en la luz, donde se encontraba ella.

En otoño de ese año me llegó la noticia de que se había incendiado el piso de la mujer a la que había visto en el parque con su hijo; los dos salieron ilesos, pero el fuego se propagó al apartamento de al lado y causó dos muertos. Al parecer salió en los periódicos, pero yo no supe del suceso en el momento. Por lo visto, el niño se había puesto a jugar con el mechero de su madre estando solo en casa, mientras ella bebía en un bar que solía frecuentar: esa fue la causa del incendio. Según otra madre de la guardería, aquella mujer había tenido a su hijo por accidente, lo criaba sola, había estado alquilando una habitación de seis tatamis y, quizá debido a sus necesidades económicas, siempre había hombres entrando y saliendo de su casa por la noche. Muchos habían visto al niño deambulando solo por la calle hasta tarde.

—Ya me imaginaba que no le iba bien, pero... Se suponía que de día trabajaba, así que pensé que, pese a todo, se las estaba arreglando para salir adelante. Pero al final mira lo que pasó. Está claro que no tiene dinero. ¿Quién paga las indemnizaciones en estos casos?

Le pregunté a esa madre por la dirección exacta del incendio y fui a verlo con mi hija. Su piso y los otros dos adyacentes habían quedado reducidos a cenizas. Las columnas de madera carbonizada dibujaban pinceladas gruesas y violentas contra el cielo azul del otoño, como en un cuadro abstracto. Habían pasado dos días desde el incendio, pero ya se habían llevado los pequeños objetos quemados y los bienes de la casa. Por supuesto, entre aquellos restos calcinados y precintados no estaban ni la mujer ni su hijo.

¿Cuál sería su piso? Recorrí con la mirada la línea de madera negra, murmurando para mis adentros que quizá ese era el verdadero origen de la luz caliente que había sentido a mis espaldas aquel día en el parque.

Pero lo que más me pesó fue el hecho de no poder disfrutar del resplandor del sauce llorón. En mis recuerdos, la luz de aquel árbol reverbera como el fuego.

Ese mismo otoño fui a recoger los papeles del divorcio al ayuntamiento.

SUEÑO DE PÁJAROS

Había mucha gente sentada en la sala. No estaba claro por qué se habían reunido allí, pero, por el ambiente, parecía tratarse de una escuela de caligrafía, y en las paredes habían pegado varias cuartillas blancas con los trabajos de los alumnos.

Alguien me llamó. Un hombre me estaba mirando. Me acerqué a él. El hombre tenía la cara roja y respiraba con dificultad. Estaba bebiendo alcohol.

—Eso lo has escrito tú, ¿verdad?

El hombre señaló con el mentón una de las cuartillas de la pared. Yo no recordaba haber hecho ningún ejercicio de caligrafía, pero como él me dijo aquello supuse que había sido así, y asentí.

—Está fatal. Esto no tiene solución. Tendrás que asumir las consecuencias. Hasta a mí se me cae el alma a los pies —susurró el hombre trabajosamente. «Claro, no hay escapatoria», pensé, y al instante tuve miedo de mi «trozo de papel». Temblorosa, abracé al hombre, que olía a alcohol. Su cuerpo estaba caliente, como el de un niño enfermo.

El hombre volvió a susurrar:

—¿No se podría hacer nada al respecto? No tolero bien el alcohol.

Relajó los hombros, se encorvó hasta encogerse y a partir de ese momento se limitó a balbucear sin llegar a decir nada. Su nuca estaba hinchada y roja como una hueva de pez. Tenía el pelo y la ropa empapados en sudor.

Advertí que sostenía una toalla entre mis manos. Una toalla blanca. Empecé a darle ligeros toques en la nuca con ella. Para asegurarme de que aquello le agradaba, tenía que prestar especial atención a la fuerza que les imprimía a los toques. No podían ser ni muy enérgicos ni muy suaves, ni tampoco irregulares. Deseaba transmitirle lo que pensaba con mis golpecitos, pero mi propia actitud me dio vértigo y empecé a sentir que me hundía. En realidad, se trataba de una sensación de intenso placer.

Desde la noche en que mi marido y yo empezamos a hablar de separarnos, de vez en cuando me veía acorralada por este tipo de placer onírico. Nunca soñaba con nadie en particular. Sabía perfectamente que mis sueños tenían que ver con hombres por los que no sentía ningún apego. Su aspecto y sus caras eran meras prendas de quita y pon. Lo único que tenían en común era que se trataba de hombres. Hombres que solo conocía de vista: el instructor de una actividad extraescolar de mi infancia, un primo, mi profesor de Matemáticas en el instituto o un muchacho algo mayor que pertenecía al mismo club escolar que yo, con su aspecto adolescente intacto. Mi actitud ante ellos variaba en cada sueño, pero el placer era siempre el mismo. Se trataba de un

gozo tan intenso que el miedo brillaba en el centro, en su estado más puro.

Al despertar, me encontré enredada con el cuerpo de mi hija, que dormía conmigo en el colchón. Sus pies estaban sobre mi pecho y sus muslos me presionaban la mejilla. ¿Por qué había tenido un sueño semejante? No pude evitar reprochármelo. Estaba decepcionada porque aquel placer se había esfumado, y esa sensación me dejó sin fuerzas. ¿Por qué nunca soñaba con la alegría de abrazar a mi hija? Me daba rabia no poder soñar lo que yo quería. Si los sueños hubieran podido ser utilizados como prueba en los tribunales, sin duda habrían considerado que yo no tenía ningún derecho a arrebatarse la niña a su padre y a cuidarla por mi cuenta, como si fuera solo mía. «Esa mujer tiene sueños libidinosos», dirían, y yo no sabría qué responder. El placer que me procuraban aquellos sueños era demasiado intenso como para olvidarlo. Todos esos hombres eran como niños enfermos y nunca hacíamos el amor. Pero el placer que yo sentía era indudablemente sexual.

Se acercaba el tercer cumpleaños de mi hija. El día en que nació fue caluroso como el verano, de un cielo azul resplandeciente, pese a que estábamos en junio, en plena época de lluvias. Yo me dediqué a observar ese cielo por la ventana del hospital mientras esperaba a que se intensificaran las contracciones. «Una niña con suerte», nos dijimos mi marido y yo en cuanto nació, y nos echamos a reír. Hasta el día anterior habíamos tenido fuertes lluvias y mucho viento.

Aprovechando el cumpleaños de mi hija, se me ocurrió invitar a algunos conocidos al piso. Cuando nació, empezamos a recibir gente desde el mismo día en que me dieron el alta; venían a celebrar el nacimiento. La mayoría eran amigos de mi marido, pero todos los rostros que se acercaban a ver a mi hija se mostraban sonrientes, y a mí me encantaba cuidar de aquella bebé que dormía rodeada de sonrisas. Acumulamos una asombrosa cantidad de regalos, que aún hoy recordaba uno por uno. Ropa de bebé, zapatos de bebé, álbumes de fotos, móviles, cajitas de música...

Era improbable que los amigos de mi marido, por muy cercanos que fueran, vinieran a celebrar el tercer cumpleaños de mi hija, por no hablar de su familia. De todas aquellas personas que en el pasado se habían asomado sonrientes a ver la cara de la recién nacida, ¿a cuántos podía llamar ahora? Mi memoria empezó a resucitar a gente a la que ya había olvidado, pero cada vez que empezaba a hacerme ilusiones terminaba abandonando toda esperanza.

Durante esos días se produjo una serie de sucesos desagradables. Hubo una epidemia de varicela en la guardería y mi hija cayó enferma. Estuvo más de un mes sin poder salir a la calle. Yo no podía faltar a la biblioteca, así que la dejé al cuidado de mi madre. Sin embargo, la salud de mi madre también se debilitó, y tuve que ausentarme del trabajo durante una semana. Justo unos días antes habían hospitalizado a mi jefe, Kobayashi, por cirrosis, y lo sustituyeron por un tal Suzui, que fue trasladado a la biblioteca después de que lo jubilaran en otra sección de la emisora. Cuando le dieron el alta, Kobayashi ya no volvió a su puesto de trabajo. Me dijeron que la decisión había sido suya, lo cual me pesó incluso más.

Suzui era un hombre callado y meticuloso. No es que hiciera nada mal, pero después de cuatro años yo ya me había acostumbrado a tratar con Kobayashi y tuve la desagradable sensación de que hasta mi lugar de trabajo se había vuelto extraño y desconocido. La varicela de mi hija llegó

cuando aún estaba intentando entenderme con Suzui. Al pedirle unos días libres, tuve que explicarle que no podía contar con la ayuda de mi marido. Me resultó humillante que eso fuera lo primero que le dijera a alguien que, a diferencia de Kobayashi, no me conocía de nada.

—Entonces os vais a separar oficialmente, ¿no es así? —me preguntó, pero yo solo pude contestarle que aún no lo sabía, y eso me avergonzó. No pensaba esperar a mi marido para siempre, pero tampoco estaba preparada para separarme formalmente de él. Temí que, durante mi ausencia, Suzui decidiera trasladarme a otra sección. Quedarse sin su única secretaria no debía de ser una noticia que recibiera con alegría.

Yo seguía sin poder mirar a mi madre a los ojos. No quería volver a vivir con ella, pero me sentía culpable. Me fui de su lado para estar con mi marido, aun sabiendo que, si yo me marchaba, ella se quedaría sola. Y, ahora que mi marido había desaparecido, no podía tener la desvergüenza de regresar junto a mi madre como una niña que se hubiera escapado de casa. En lugar de eso, cultivé la esperanza, simple y urgente, de que vivir sola sería mi única salvación. Y eso era lo que me avergonzaba y me hacía sentir culpable.

Ella nunca me reprochó que recurriera a su ayuda de una forma tan egoísta. Al contrario, le traje comida casera a esa hija que, huyendo de su madre, se había encerrado con su niña en un apartamento de un tercer piso.

—Siendo la única adulta en casa, no tendrás muchas ganas de cocinar —susurró mientras colocaba sobre la mesa repollo relleno, pollo frito, espinacas salteadas, así, una cosa detrás de la otra, y acto seguido se marchó.

No obstante, la sola idea de pasar el cumpleaños de mi hija con nadie más que con mi madre me resultaba insoportable. Era demasiado patético y miserable. Nos imaginé a las tres acurrucadas con nuestras respectivas soledades; aquella estampa encerraba una paz aterradora a la que no quería ni acercarme.

Decidí invitar a tres personas al cumpleaños. Eran las tres únicas personas a las que podía elegir. Dos eran amigas del instituto, y a la otra la había conocido en la guardería de mi hija. Hasta el último año, esas tres personas habían venido a vernos muy a menudo. Incluso mi marido se solía sentar a hablar con ellas, y se profesaban una mutua simpatía. De hecho, Fujino tenía tanta confianza con una de ellas que incluso le reveló lo de nuestra separación en un momento en el que yo todavía creía que no lo decía en serio, que aquello respondía a la maleabilidad de su carácter. Ambos manteníamos una relación similar con esas tres personas, por lo que, aunque yo dejara de verlas, siempre se enteraban, a grandes rasgos, de lo que ocurría entre mi marido y yo. Una vez separados, mi marido llamaba de vez en cuando a una de mis amigas para preguntarle por nuestra hija, y entonces mi amiga me llamaba a mí y trataba de aconsejarme o analizaba los motivos de nuestra ruptura, y en última instancia todo desembocaba en una serie de teorías generales sobre la vida. La cuestión es que mi relación con ellas siguió adelante, aunque fuera solo por teléfono.

La víspera del cumpleaños de mi hija por fin me sentí con ánimos para llamar a una de ellas. Al principio, cuando se me ocurrió la idea de invitar a gente, me ilusioné pensando que podría recuperar por mí misma la alegría y la levedad del pasado, y estuve varios días de muy buen humor, imaginándome los preparativos, la comida, si la tarta tendría esta u otra forma. Compraría flores y vasos de papel para todos. Sin embargo, con el tiempo empecé a dudar y a preguntarme

cuántas personas se pasarían a vernos en realidad, y mi sensación de fracaso me fue hundiendo cada vez más. Quizá debería abandonar la idea y celebrarlo modestamente en casa de mi madre, pensé. Pero tampoco tuve el valor de resignarme. A lo mejor me preocupaba demasiado. Era posible que, incluso si solo venía una persona, esa persona se revelara como una fuente de dicha que ahora no me podía ni imaginar.

Pero la primera amiga a la que llamé me dijo que probablemente no podría venir porque su bebé estaba resfriado.

—Además, a los cumpleaños de los niños tienes que invitar a sus amigos; en vez de invitarme a mí, deberías invitar a Fujino, seguro que está triste porque no puede celebrarlo con ella mañana —dijo entre risas.

A continuación, llamé a mi otra amiga. Estaba casada, pero todavía no tenía hijos.

—Menuda idea más rara. —También ella se rio—. No puedo, mañana viene a vernos la hermana pequeña de mi marido. Pero cuéntame, ¿cómo te va? Recuerda que tenéis una hija, deberíais replantearos las cosas con más calma; y no lo digo solo yo, mi marido piensa lo mismo. Sobre todo, teniendo una niña.

Estaba empezando a irritarme. Llamé a la última de las tres personas que había elegido. Aunque la veía casi a diario en la guardería, por esa época apenas teníamos oportunidad de charlar tranquilamente. Era enfermera y trabajaba en horario nocturno. Esa noche no estaba en casa; fue su marido quien cogió el teléfono. Mi marido y él se conocían de haber ido a beber juntos, y yo también solía sentirme cómoda con él. Pero, inexplicablemente, ese día me cohibí.

—¿Quieres que le deje un mensaje? —me preguntó.

—No, no es importante —le dije apresurada, y colgué.

Eran pasadas las diez de la noche. La erupción de varicela había desaparecido tras dejar su última costra. Mi hija podría volver a la guardería la semana siguiente, y más entusiasmada por eso que por su cumpleaños se había metido en la cama una hora antes de lo habitual. Fui a verla, la arropé, cogí la cartera y salí a la calle. Me resultaba insoportable quedarme en el piso. «Esto me pasa por tener ideas aburridas», pensé, pero por mucho que intenté justificar lo ocurrido me fue imposible mantener el ánimo. Si las hubiera llamado con más antelación, o si les hubiera preguntado directamente, sin excusas, por qué no venían, si les hubiera dicho que quería verlas, seguro que mis expectativas no habrían quedado aplastadas de aquella manera, y quizá habría asimilado mejor la desilusión. Pero las piernas aún me temblaban, presas de la decepción. Tampoco estaba pidiendo mucho. ¿Cómo era posible que estirara el brazo, asustada y cautelosa, y no encontrara a nadie al otro lado? Apreté los puños y eché a andar mirando con rabia los faros de los coches que avanzaban por la calle.

Llegué hasta la estación de tren, pasé de largo, bajé una calle en cuesta hasta un cruce y me metí en un bar coronado por una serie de viviendas. En el interior avisté a un hombre que parecía el barman, una mujer con una blusa negra de lamé, un hombre entrado en años que estaba extendiendo unos documentos sobre una mesa y una mujer algo mayor que yo, morena de piel, sentada en la barra. Opté por unirme a la barra y pedí un whisky con agua. Se respiraba un aire tranquilo. Un acuario de peces tropicales proyectaba luces tenues sobre la pared. Los dos trabajadores del local estaban viendo la televisión desde la barra. Era la primera vez que salía a

beber sola y al principio estuve tensa, rígida, pendiente de que no me observaran demasiado, sin atreverme a echar un vistazo a mi alrededor. Pero, en un momento dado, alcé los ojos hacia las otras personas que estaban ahí bebiendo y me di cuenta de que la cara de la mujer me resultaba familiar. Quizá me recordaba a alguien, o quizá vivía en la zona y la había visto alguna vez. En cuanto empecé a darle vueltas al asunto ya no pude evitar mirarla, y, siendo aquel un lugar tan pequeño, la mujer notó que la observaba. Se giró hacia mí y me dijo con tono irritado:

—¿Qué es lo que quieres?

Su voz me tomó por sorpresa. Me disculpé entre balbuceos y añadí, como pude, que creía que me había cruzado con ella en alguna parte. Pero, al verla de frente, su cara era distinta a su perfil y ya no me resultó tan familiar. Apenas llevaba maquillaje; solo una gruesa línea verde sobre los párpados, muy llamativa. Tenía la cara redonda, cejas gruesas y ojos grandes. Sus labios mostraban un aspecto inquietantemente pálido, quizá porque no llevaban carmín. Calzaba un par de sandalias, igual que yo.

—Si vives por la zona, quizá nos hayamos visto por la calle. Yo vivo al otro lado de la estación...

La mujer sonrió por fin y asintió ligeramente.

—Yo vivo justo aquí detrás. No voy muy a menudo al otro lado de la estación, pero ¿conoces esa farmacia que está ahí? Ahí voy mucho. Estoy reuniendo cupones.

—¿Ah, sí? Yo también.

El tema de los cupones por fin rompió el hielo, y para cuando me quise dar cuenta estábamos charlando con desparpajo.

—No es fácil acumular cupones, y aunque juntes una cantidad suficiente tampoco es que te den gran cosa... Pero, aun sabiendo eso, una vez que consigues uno, empiezas a querer más, por pura avaricia.

—Sí, sí, es justo así.

La mujer y yo nos reímos al unísono. Mi entusiasmo aumentó cuando supe que ambas trabajábamos y las dos cogíamos el tren a la misma hora.

—¿De verdad? Entonces a lo mejor nos hemos estado viendo cada mañana —le dije con cierta frustración.

—¡Sí! Si no llegamos a encontrarnos aquí, nunca nos habríamos conocido. ¡Brindemos! — exclamó abriendo sus ojos grandes, que estaban enrojecidos y ebrios.

Yo, que no tolero muy bien el alcohol, me emborraché enseguida cuando intenté seguirle el ritmo. Ella me susurró al oído que estaba aprendiendo sánscrito.

—Pronto me marcharé a la India. Me iré y no volveré. ¿Quién querría volver a un lugar como este? Tú también deberías irte a la India.

A continuación, pronunció unas palabras que no comprendí.

—¿Me has entendido? He dicho en sánscrito: «La noche es oscura, que venga la mañana». ¿Qué te parece? No está mal, ¿eh? Nadie de mi trabajo lo sabe. Como siempre estoy ahorrando cual tacaña, los más jóvenes me odian. Me llaman «señorita vieja y frustrada». A mí. Pero qué más da lo que piensen, ¿no te parece?

La mujer volvió a susurrar algo ininteligible y estalló en carcajadas. De pronto me di cuenta de

que debía de ser unos diez años mayor de lo que había creído en un primer momento. Entonces el barman intervino en nuestra alegre conversación. La mujer gritó más palabras en sánscrito y yo me puse a cantar histriónicamente, entre alharacas. El barman me acompañó con su guitarra. Me emocioné tanto que me caí de la silla. Al notar el dolor me acordé, de repente, de mi hija.

—¿Qué hora es? —le pregunté al barman. Era pasada la medianoche. Aproximé mi cuerpo borracho y tembloroso a la mujer y le dije—: ¿Por qué no vienes a mi piso? Yo tengo que irme ya, pero quiero seguir bebiendo contigo. Venga, ven. Solo está mi hija, no pasa nada.

Tiré del brazo de la mujer. Ella se resistió un poco, pero luego se levantó y salió conmigo del bar. No sabíamos ni dónde poníamos los pies. Caminamos cantando a gritos, desincronizadas, cada una por su lado. Las calles que circundaban la estación rebosaban vida, llenas de luces de colores. Todo era luminoso y bonito. El camino que conducía a mi edificio serpenteaba rojo entre las luces y continuaba hasta el fondo, latiendo como una vena llena de sangre.

—Mira, es aquí. Ahí, en el tercero está mi piso.

—Ah.

La mujer ni siquiera alzó la vista; solo exhaló un largo suspiro.

—Las escaleras son muy empinadas, sube con cuidado.

La empujé por la espalda, y cuando empecé a subir las escaleras después de ella sentí que alguien me agarraba del hombro por detrás. Me di la vuelta y me encontré con Fujino respirando con fuerza, con el pecho henchido.

—¿Qué crees que estás haciendo?

Su voz sonaba al borde del llanto. Yo, con el vigor de la borrachera, le respondí agresiva.

—¿Y tú? ¿Qué estás haciendo tú aquí?

—¿Perdona...? ¿Dónde está la niña?

—Dormidita en la cama. Hasta luego...

Agité la mano en tono de burla y le di la espalda. Mi marido me agarró el cuerpo con sus dos manos y me arrojó al suelo con fuerza. Durante un instante no entendí lo que estaba pasando. Me había dado un buen golpe en la cabeza. Entonces me incorporé entre gemidos y me abalancé sobre él. El cuerpo de mi marido se desplomó en el suelo. Yo caí encima de él. Le arañé la cara, le tiré del pelo, intenté asfixiarlo. Mi marido reaccionó enseguida y me lanzó por los aires. Yo volví a arrojarme sobre él. Y él me volvió a lanzar por los aires.

—¡Ya está bien, borracha! Entra en el piso, ahora. Qué vergüenza.

Yo seguía en el suelo, a cuatro patas. No podía moverme. El contenido de mi estómago empezó a removerse. Abrí la boca y expulsé algo caliente.

—¿Qué estoy haciendo? —me pregunté como desde la lejanía, atontada. Lo único que tenía claro era el amor que sentía por él. Añoraba su cuerpo desesperadamente.

En cuanto se me pasaron las náuseas me levanté; a mí también me preocupaba que alguien me viera en esas condiciones. Mi marido ya había desaparecido. Noté la mirada de la mujer, que me oteaba desde las escaleras. Me acerqué a ella y, movida por el enfado, le dije:

—Vete, rápido. Supongo que te habrás divertido viéndolo todo desde aquí arriba, pero se acabó. ¿Qué haces, por qué no te mueves? Vamos, te estoy diciendo que te largues. Ya no va a pasar nada más, por mucho que esperes.

La mujer se marchó sin decir palabra, tambaleándose por el camino.

Cerré la persiana mecánica del edificio, subí las escaleras y, cuando llegué a mi puerta, me puse en cuclillas y me eché a llorar. Aquellas lágrimas no nacían de ningún sentimiento en concreto.

A la semana siguiente, mi hija volvió a la guardería y yo al trabajo. Mi madre se ocupó de ir a recogerla en alguna que otra ocasión. No me habían cambiado de sección, pero tenía tanto trabajo acumulado que sentí que iba a tardar medio año en ponerme al día. Me vi obligada a prolongar mi jornada laboral. Daba las gracias por que mi madre pudiera ir a buscar a mi hija a la guardería. Cuando llegaba a su casa a las ocho de la noche, mi hija me recibía con gritos de alegría.

—¡Ha llegado mamá! ¡Ha llegado mamá! —Y me contaba lo rápido que había comido en la guardería, dónde se había raspado, quiénes se habían peleado y por qué—. También he visto a la abuelita —me dijo uno de esos días. Mi madre asintió.

—Como siempre la saluda, la abuelita también está siempre muy contenta. No sé qué hace deambulando por ahí con ese aspecto. Seguramente estará muy sola.

—No sé —contesté, dubitativa.

«La abuelita» era una anciana a la que veíamos cada mañana y cada tarde de camino a la guardería. Llevaba el pelo demasiado largo y vestía una especie de pijama sucio. Incluso en invierno iba casi descalza, solo con unas chanclas. Caminaba con las manos vacías, sin rumbo, siempre por la misma zona, y no parecía tener familia. Cuando mi hija la veía por las mañanas, la saludaba entusiasmada: «Buenos días, abuelita». Y cuando pasábamos de largo le decía: «Adiós, abuelita» una y otra vez, hasta que torcíamos la esquina. Cuando la volvimos a ver después de haber faltado durante tanto tiempo a la guardería, fue la anciana la que se nos acercó.

—No sabía nada de vosotras, pensé que os habíais marchado a alguna parte —nos dijo amablemente, y yo, apurada, le expliqué que la niña había tenido varicela y que por eso no había podido ir a la guardería, y le di las gracias. La anciana abrió la boca y se rio a carcajadas—. Entonces podremos seguir viéndonos a partir de ahora. Qué bien. Una niña así de buena no puede dejarse vencer por una enfermedad.

—Sí. Soy una niña muy fuerte —respondió mi hija, llena de orgullo.

Me pregunté qué pensaría mi madre de aquella anciana. Quizá, como vivía sola desde que enviudó siendo muy joven, podía ver en ella algo que yo no veía. Deseaba que fuera así. Tenía que ser así. Deseaba creer que la empatía permitía entender a una persona sin necesidad de hablar con ella ni tomarla de la mano, y que bastaba con una mirada recíproca para llegar a una comprensión mutua. Quería creer que esa capacidad era fruto de la soledad.

A partir de entonces yo también empecé a saludarla cada mañana, uniendo mi voz a la de mi hija. Incluso hubo ocasiones en que quise acercarme a abrazarla. No era algo imposible, y el mero hecho de pensar en esa posibilidad me consolaba. Pero un día, no sé si porque enfermó, dejamos de verla.

Un tiempo después del cumpleaños de mi hija soñé con unos pájaros. Desde aquella noche, mi marido no había parado de hacerme reproches por teléfono, en la entrada de la biblioteca o enfrente de mi edificio.

—¿Qué crees que estás haciendo? ¿Tanto me odias? ¿Por qué? —me decía, llorando y gimiendo una y otra vez.

«No te odio, es solo que el miedo me impide hablar», pensaba yo, pero me limitaba a observarlo en silencio.

Ese día me quedé dormida en mi mesa de la biblioteca.

En el sueño, vi un árbol al que se le habían caído las hojas. Un pájaro se posó sobre una rama. Era un pájaro grande, tropical, con la cabeza roja y las alas verdes.

—Cada vez hay más pájaros domesticados que se escapan y se asilvestran, como este agapornis —oí susurrar a alguien cerca de mí.

—Ah, sí, un agapornis...

Al decir esto, apareció otro pájaro igual y se posó sobre otra rama.

«Es verdad, cada vez hay más», pensé, y según pensaba esto aparecieron más y más agapornis, hasta que el árbol quedó cubierto de pájaros. Había tantos que sus plumas de colores intensos se rozaban unas con otras y caían al suelo, pesadas como frutas maduras.

«¿Por qué habrá tantos pájaros? ¿Será porque son fuertes?» En mi sueño, yo estaba aterrorizada.

UNA VOZ

El calor del verano llegó sin previo aviso.

Tomé la costumbre de dejar las cuatro ventanas del piso abiertas durante todo el día, mientras estaba en la biblioteca e incluso por la noche. No había nada que bloqueara el flujo de aire, por lo que se creaba una corriente espléndida y muchas noches el dobladillo de las cortinas me hacía cosquillas al moverse con el viento. En una ocasión, cuando volví de la biblioteca por la tarde, me encontré con que un vendaval había arrancado la pantalla de la lámpara, hecha de papel, y después de hacerla rodar por todo el piso la había dejado encogida, con aspecto miserable, en el suelo rojo de la cocina. Las cortinas que creía cerradas estaban abiertas de par en par y danzaban sobre los hombros del viento, aleteando impetuosas. La maceta que tenía junto a la ventana también había sido derribada. La tierra, reseca, se desparramaba por el tatami como arena, y los tallos de la planta, mustios desde hacía semanas, extendían sus raíces rígidas por el suelo.

Era difícil asumir que todo hubiera sido obra del viento. Resultaba casi razonable sospechar de algún intruso. Pero, después de haber pasado en aquel piso un invierno, una primavera y el principio de un verano, ya no sentía ningún temor. Estaba convencida de que nadie entraría a hurtadillas en mi apartamento. Cada vez que me asomaba por la ventana y miraba hacia la calle me preguntaba quién en su sano juicio se pondría a trepar ese muro vertical hasta el tercer piso, arriesgando así su vida. Seguro que la gente, al levantar la vista, ni siquiera se fijaba en la ventana del tercero.

Que el piso estuviera así de alto debía de disuadir a cualquier intruso.

Un día me asomé por la ventana que había dejado abierta y vi, sobre las tejas de la casa de al lado, un puntito de color brillante floreciendo con orgullo. La casa de al lado era una tienda de dulces, vieja y pequeña, con una bombilla desnuda por toda iluminación; en la entrada se solían sentar, por turnos, un anciano delgado que incluso en pleno verano se ponía un gorro de invierno que le cubría hasta las orejas y su mujer, que tenía un cuerpo tan pequeño como el de un niño, torcido a la altura de la cadera. No parecían contar con más familia que ellos mismos. Yo había comprado allí unas cuantas veces por insistencia de mi hija. Cada uno de aquellos dulces tenía una capa de polvo blanco que uno de los dos ancianos limpiaba cuidadosamente con un trapo agujereado antes de entregármelo en la mano.

Mientras examinaba desde mi ventana el tejado de la tienda, vi que algunas de las tejas negras estaban rotas, y que en las zonas a las que llegaba el sol había crecido la hierba. No pude evitar sentir que a aquella casa ya no le quedaba mucha vida.

Cuando advertí ese color tan intenso en medio del tejado envejecido, tuve un mal presagio y se me aceleró el corazón de inmediato. Me asomé por la ventana y entorné los ojos. Eran papeles de origami. Un papel rojo. Un papel azul. Verde, amarillo. Cada uno de los papeles de origami que le había comprado a mi hija unos días antes se había ido posando lentamente, tomándose su tiempo, disfrutando del viento, sobre el tejado. Sin duda la niña los sacó del envoltorio uno tras otro, después estiró su pequeña mano por la ventana y los arrojó al vacío. Con sus tres años recién cumplidos, debió de reírse a carcajadas, llena de felicidad, viendo tantos papeles de colores ondeando al viento y precipitándose sobre el tejado.

Cuando yo era pequeña, un niño se cayó al patio desde el tejado del colegio. Yo no estaba allí cuando ocurrió, pero la historia se transmitió de boca en boca entre los alumnos. Era cierto que se había caído del tejado, pero lo que se rumoreó fue que, por suerte, el niño había ido a caer justo en el tanque de agua que el colegio tenía para prevenir incendios, encajando en el hueco a la perfección, y que gracias a eso no se había hecho ni un rasguño. En realidad, ese tanque de agua era demasiado pequeño, incluso para los ojos de un niño. Probablemente mediría unos treinta centímetros de largo. Durante mucho tiempo yo me creí esa historia, maravillada de la buena suerte del niño. Pero ahora dudaba de que realmente hubiera ocurrido así.

Quizá fuera una historia que se inventaron los alumnos. Quizá un niño vio el cadáver y a continuación se fijó en el tanque de agua y pensó: «Tendría que haber caído ahí», y el niño muerto también se enfadó pensando que tendría que haber caído ahí. Y entonces todo el mundo decidió dejar de lado la muerte. La realidad no podía ser tan cruel. El testigo no quiso volver a girar la cabeza para ver al niño con el cráneo abierto y, cuando regresó con sus amigos, probablemente les contó entre risas que un niño se había caído del tejado, pero que no le había pasado nada porque había caído justo en el tanque de agua: «Qué cosas más raras hacen algunos». Sí, sin duda ese rumor provocó muchas risas. Los adultos siempre estaban metiendo miedo a los niños, pero era posible caerse de una azotea y no morir, y, al darse cuenta de esto, los niños debieron de sentirlo como un triunfo y no pudieron evitar reírse jactanciosos.

A pesar de todo, desde aquel incidente empecé a tener sueños recurrentes en los que alguien se precipitaba en un hueco profundo. A menudo yo misma era succionada hacia un espacio oscuro, una especie de vacío. Pero en ocasiones eran otras personas las que caían, y caían hacia un lugar profundo y desconocido. Los que caían eran mis compañeros de clase, mis familiares. A veces desde precipicios, otras veces desde la azotea del colegio. Siempre se trataba de lugares demasiado hondos como para poder ver el fondo. Las personas daban un paso y simplemente desaparecían. Yo, sin acercarme al borde, me ponía a escuchar. La duración del silencio indicaba la profundidad del abismo. Empezaba a contar. Un segundo, dos segundos, tres segundos. Cuatro segundos, cinco segundos, seis segundos. Qué profundidad. Me embargaba la tristeza. Y, finalmente, me llegaba un sonido desde el fondo, como el ruido de un cristal roto. No, algo más bello y agudo. Para mí, era el sonido de los huesos humanos al quebrarse. Y, una vez que recibía ese eco, por fin me quedaba tranquila.

No sé cuándo dejé de tener esos sueños, pero nunca volvieron, ni siquiera después de que me independizara y me mudara a aquel piso del tercero.

Unos días después de encontrar los papeles de origami, volví a asomarme al tejado de la casa

de al lado. Varios platos y tazas de juguete, muñecas de papel y piezas de construcción habían ido a caer allí, como la lluvia. La risa alegre de mi hija brillaba sobre las tejas.

Una noche, alguien me llamó por teléfono. Eran casi las doce y yo ya estaba en la cama. Se trataba de una mujer que se decía amiga de mi marido. En ese momento recordé que él me había hablado de ella justo antes de separarnos. Me había dicho algo acerca de empezar un nuevo proyecto con esa mujer. Era *stripper* y tenía ya sus cuarenta años. Durante una época, mi marido había trabajado a tiempo parcial en el enorme escenario de un cabaré, y por lo visto se conocieron allí.

—Esto ha sido idea mía, lo de llamarla, así que por favor no le diga nada a Fujino —me suplicó la mujer.

Con la llegada del verano, yo había dejado de tener noticias de mi marido de una manera un tanto repentina. Se había pasado semanas apareciendo sin más o llamándome por teléfono, sin importar el lugar ni la hora, para acusarme de no dejar que nuestra hija lo viera, de hartarme a beber en los bares por las noches en vez de arroparla dulcemente, de irme con el primer hombre que se cruzaba en mi camino. Yo le rogué, una única vez, llorando desconsolada, que por favor me dejara tranquila, que todo lo que me dijera sería en vano porque lo único que iba a conseguir era que lo temiera, y que así no podía pensar, y que estaba verdaderamente cansada. Mi marido contestó que esas eran las consecuencias que yo tenía que asumir, y luego volvió a increparme y a acusarme. Pero tal vez, después de aquello, hubiera decidido atender a mis súplicas. Al menos eso fue lo que pensé cuando se alejó de mí, pero en realidad no era muy probable. Para mi marido, yo ya solo significaba amargura. Con tal de ver a mi hija, estaba dispuesto a forzarme a jugar bajo sus reglas y arrancarme las manos y los pies.

—He dudado mucho antes de llamar, sé que es algo impertinente —me dijo la amiga de mi marido—. He estado trabajando con Fujino hasta hace poco. Siempre he estado muy interesada en usted y le hacía preguntas al respecto, así que él me lo contaba todo. Espero que me disculpe. Fujino parecía estar sufriendo, y como yo también he pasado por un divorcio me dolía verlo así y hablábamos mucho del tema. A lo mejor resulta atrevido, pero necesito decirle lo que siento. Cuanto más me contaba Fujino, más me recordaba usted a mí de joven. Realmente yo, en mi juventud, me parecía mucho a usted. Por eso, aunque sea solo una vez, me gustaría que escuchara lo que tengo que decirle. Yo me divorcié hace quince años. En ese momento saqué pecho pensando que no necesitaba a un tipo así, que estaría mejor sin él, que podría vivir la vida que quería, que me esperaba un futuro maravilloso. En ningún momento sentí la más mínima inseguridad. Además, todavía era joven. Pero ahora no hay día en que no me arrepienta. Desde que me divorcié, todo me fue de mal en peor. No volví a encontrar a nadie como él. Y, por mucho que me arrepienta ahora, ya no puedo recuperarlo. Ahora sufro las consecuencias, y por eso no puedo dejar de advertirla. No se separe. Porque usted no odia a Fujino de verdad, ¿a que no? A él le pasa igual. Cualquiera que oiga hablar a Fujino se dará cuenta del profundo amor que siente por usted. No se separen por tonterías. Fujino es un joven maravilloso. No va a encontrar a nadie como él. No le espera nada bueno. Lo que tiene ahora es lo mejor que va a tener en su vida. En toda su vida.

La mujer me hizo apuntar su número de teléfono, me dijo que la llamara siempre que quisiera y

colgó.

Unos diez días después recibí otra llamada, esta vez de un profesor que había tutelado a mi marido en la universidad. Quería citarse conmigo para hablar y me preguntó si tenía tiempo. Lo había tratado en varias ocasiones cuando iba a verlo con mi marido. Era un hombre tímido, y me resultaba fácil charlar con él.

Nos vimos a la hora de comer en un restaurante. El profesor empezó a hablar.

—Por supuesto, existirán todo tipo de circunstancias que solo quien las padece puede comprender, pero pienso que debe usted serenarse y empezar a escuchar al joven Fujino. Conozco a unas cuantas mujeres de mi entorno que se han divorciado, y todas se han convertido en unas fracasadas. Una mujer sola nunca llega muy lejos. Yo no quiero que ni usted ni Fujino sean infelices. Eso es lo único que les deseo, y por eso tampoco les voy a pedir que no se divorcien. Pero sé algunas cosas sobre las personas, y solo quiero dejarle claro esto. Usted ya no volverá a encontrar a nadie. Los hombres que conocerá a partir de ahora serán cada vez peores. Eso es así. No debe esperar nada. Aunque usted ahora piense que no, todo terminará desmoronándose.

A cada rato, yo asentía obediente.

Ese día, mi jefe Suzui no vino a trabajar debido a un resfriado de verano y fui a recoger a mi hija más temprano de lo habitual. Normalmente mi hija era de las últimas en marcharse, pero esta vez había aún muchos niños cuando llegué. En la entrada vi a un niño mentalmente discapacitado acariciando con una hoja alargada los zapatos que quedaban en el armario. Tenía una cara graciosa, de piel blanca y ojos grandes. Esa cara apenas miraba a nadie que no fuera su madre. Tampoco se lo oía hablar mucho. Pero sus ojos siempre brillaban traviosos. No miraba a la gente, pero disfrutaba de la luz que bañaba los cuerpos de la gente.

Al parecer había estado yendo a la guardería desde que era bebé, y poco a poco se fueron dando cuenta de que no era un niño normal, pero tampoco querían echarlo, por lo que decidieron seguir cuidando de él. Yo lo veía bastante a menudo porque el niño solía salir al vestíbulo o ponerse a deambular cerca de las escaleras; supongo que no debían de gustarle aquellas aulas tan pequeñas. Aquel día también miré de soslayo a ese niño al que había visto tantas otras veces. Lo vi, seguí adelante y enseguida me olvidé de él.

Sin embargo, unos días después no pude dejar de pensar en la enorme suerte que tuve de verlo aquella vez. Me arrepentí de no haberlo mirado más a menudo a los ojos.

Esa misma noche el niño se cayó del décimo piso del edificio Toei y murió. No había ningún tanque de agua para salvarlo.

Tres horas antes del accidente recogí a mi hija y volvimos juntas a nuestro piso. Normalmente, al llegar a casa me ponía a preparar la cena a toda prisa, pero ese día no tenía ganas de cocinar, quizá porque aún cargaba con el peso de lo que el profesor me había dicho al mediodía. Tiré al suelo la ropa sucia que mi hija traía de la guardería y bajamos al local de enfrente que servía *yakitori*. Cenábamos allí una vez por semana. Como tenían un televisor grande a color, no me veía obligada a hablar con mi hija; podía cenar tranquilamente. Siempre pedía un plato combinado para mí y un *gukbap*[3] para ella.

Cuando ya habíamos terminado de cenar, entró una familia ataviada con *yukata*. Tanto los padres como las dos niñas llevaban puesto uno. Ambas niñas tenían un yoyó y una careta. Me

acordé entonces de que se estaban celebrando las fiestas de verano de un *jinja*[4] cercano.

Azucé a mi hija y corrimos hacia el *jinja*. Según nos íbamos acercando veíamos cada vez más gente con *yukata*. Mi hija y yo nos entusiasmamos y aceleramos el paso. Avistamos las luces de los puestos a lo lejos. «Así que estaban todos aquí», pensé. Me alegré de haber llegado a tiempo.

Tal y como esperaba, el recinto del *jinja* estaba repleto de gente y los puestos se apretujaban unos junto a otros. Incluso había una carpa del circo de los horrores. Los globos, los molinillos y los yoyós brillaban con calidez bajo la luz de las bombillas.

En las tómbolas, mi hija y yo conseguimos un pez dorado y un yoyó, y disparamos con una escopeta de perdigones. Tomamos *kakigori*[5] y chupamos fruta caramelizada. Compramos unos cuantos platos y vasos de juguete, y también unos paquetes de fuegos artificiales. Dimos una vuelta a todo el recinto y dedicamos el resto del tiempo a dar más y más vueltas, todas idénticas a la primera. No habría más sorpresas. Por mucho que buscara, no encontraría nada que mis ojos no hubieran visto ya.

Me acerqué a una esquina del recinto que estaba en penumbra y me puse a fumar. Mi hija, al ver el cigarrillo prendido, quiso encender allí mismo los fuegos artificiales recién comprados.

—Vale, uno pequeño —le dije, y saqué de la bolsa de plástico un manojo de bengalas, finas como palos de incienso. Le di una y se la prendí con el mechero—. No muevas la mano, tienes que quedarte quieta.

Mi hija estiró el brazo, agachada, tensa, absorta en la llama que le había encomendado. La bola de fuego en la punta de la bengala empezó a hincharse. Cuanto más crece la bola, más bella es la flor de fuego, pero también aumentan las posibilidades de que pese demasiado y se caiga al suelo. La bengala de mi hija se fue hinchando y empezó a escupir con fuerza su flor de fuego, pero terminó por caer en el momento en el que su mano tembló ligeramente.

—Ay, qué rabia. Vamos a probar otra vez. Yo también voy a encenderme una.

De nuevo, le di una bengala a mi hija. Yo cogí otra con la mano izquierda, me puse en cuclillas y encendí las dos a la vez. La mía fue la primera en soltar una magnífica flor de fuego y formar una bola grande, pero se cayó enseguida, sin ofrecer mayor espectáculo. La de mi hija resultó ser pequeña, pero duró más. Aguanté la respiración al mismo tiempo que mi hija y juntas observamos cómo se debilitaba su flor. Al final, cuando la pequeña bola cayó al suelo, mi hija resopló, decepcionada.

—¡Ha aguantado mucho!

—Pero se ha caído.

—Qué le vamos a hacer. Están destinadas a caerse.

—Quiero otra.

—Vale. Hagamos otra competición. A ver si esta vez gano yo —le dije mientras sacaba otra bengala y se la colocaba en la mano.

—Mira qué bien. ¿Podemos unirnos a vosotras? —oí de pronto por encima de mi cabeza. Alcé la vista, sorprendida, y me encontré con una madre de la guardería. Nuestras hijas eran compañeras de clase. La suya se había agachado junto a la mía. Yo apenas había hablado con la madre, pero conocía el nombre de la niña porque mi hija hablaba de ella todos los días. Las dos, madre e hija, llevaban puesto un *yukata*.

—Hagamos una competición de bengalas.

—Claro, toma una —respondí, y le ofrecí una de las bengalas que tenía encima de la rodilla, pero ella negó con la cabeza, sonriendo, y señaló la bolsa de plástico que colgaba del brazo de la niña. Llevaban una gran cantidad de fuegos artificiales. La mujer sacó una bengala y se la dio a su hija, luego sacó otra para ella. Acerqué mi mechero y las cuatro bengalas prendieron a la vez. Las cuatro estábamos agachadas en círculo, con las caras iluminadas por una luz rojiza. De nuevo, mi bengala formó una gran bola de chispas. La de la niña cayó primero. Luego cayó la de la madre. Tuve la esperanza de que quizá esta vez mi flor de fuego duraría hasta el final. Sentí una alegría súbita. Pero finalmente también la mía cayó sin haber llegado a florecer. La de mi hija volvió a ser la más longeva.

—¡Más! —exclamó ella después de arrojar el palito de la bengala que acababa de consumirse. Respiraba agitada—. Venga, dame otra.

—También podemos probar con otros. ¿Qué te parece este? Dice «pistola de fuegos artificiales» —le dije. Me preocupaba la reacción que pudiera tener si perdía. Que hubiera ganado dos veces no quería decir que fuera a ganar una tercera vez.

—¡No quiero! ¡Quiero este! —contestó mi hija a gritos. Alargó su brazo hasta mi rodilla y sacó el resto de las bengalas. La madre se rio.

—¡Menudo genio! ¿Será que ya tiene sueño?

—¡No tengo sueño! Venga, todas a coger una bengala.

Mi hija empujó uno de los palitos contra el pecho de su amiga. La niña lo aceptó sin decir nada.

—¡Y para la señora también!

La madre sonrió y tomó la bengala entre sus manos.

—¡Y para mamá!

—¿De verdad? Los otros fuegos artificiales se están enfadando, pidiendo que les hagamos caso a ellos también.

—Me da igual.

Encendí el mechero. De nuevo, las cuatro bengalas brillaron a la vez.

—Yo creo que antes las fiestas eran más divertidas, ¿no te parece? —me susurró la madre de la niña de repente.

—Bueno, es que antes éramos pequeñas... —le respondí con los ojos fijos en la bola de fuego que empezaba a inflamarse.

—¿Será eso? ¿Tú también eres de Tokio?

—Sí...

—Yo llevo viniendo a estas fiestas desde niña. Puede que antes me parecieran tan divertidas porque era pequeña. Pero creo que no es solo eso. No sé muy bien... Últimamente vengo a estas fiestas y tengo la sensación de que me están engañando... No deberíamos haber crecido. Si hubiéramos sabido que ser un adulto es tan aburrido, habríamos jugado mucho más de pequeñas. Estos días me levanto bastante desmotivada por las mañanas. Sin ganas. Pero tengo que ir a trabajar a la tienda, así que...

—Entonces quieres decir que... todo va a peor. —Recordé lo que me había dicho el profesor al

mediodía y me reí—. Pero a mí me gustan los fuegos artificiales. Me es suficiente con poder disfrutarlos.

Mi bola de fuego cayó al suelo. A continuación, cayeron la de mi hija y también la de la madre. Por último, la bengala de la niña dejó caer su bola de fuego. Mi hija se echó a llorar.

—Es porque estáis hablando sin parar. Hay que estar calladas.

En ese momento me pareció oír, detrás del llanto de mi hija, un alarido lejano. Una voz que caía directa hacia las profundidades. Una voz que arañaba y borraba el suelo y se convertía ella misma en oscuridad. Me puse de pie ignorando a mi hija y escuché con atención.

—¡Mamá! ¡Mamá!

—¿Pasa algo?

Asentí. Todavía no entendía lo que había ocurrido, pero asentí convencida.

Al día siguiente, cuando fui a la guardería, me informaron de la muerte del niño. Era él, pensé, acordándome del alarido de la noche anterior. Se me hizo un nudo en la garganta. Por lo visto, estaba jugando solo en el pasillo y se cayó por el balcón.

Me pregunté qué habría visto aquel niño mientras gritaba y se precipitaba al suelo. Era de noche, y quise pensar que las farolas y las luces de las casas y los neones de la calle fluyeron como agua alrededor del cuerpo que caía. Quizá se quedó mirando sorprendido esa corriente luminosa y veloz que nunca antes había visto, preguntándose adónde iría ahora. Bien pensado, tal vez aquella voz no hubiera sido un alarido de terror, sino un grito de alegría.

No le conté a nadie que yo había sido la última en oír a aquel niño.

Mantuve las ventanas del piso abiertas durante todo el verano.

Mi hija siguió lanzando cosas a escondidas hacia el tejado de al lado. Quería regañarla, pero no podía: me aterrorizaba la idea de que algún día se le pudiera ocurrir tirarse por la ventana.

[3]. Plato popular coreano que consiste en una sopa con arroz, carne y verduras.

[4]. Templo sintoísta.

[5]. Postre japonés que consiste en hielo convertido en nieve y cubierto de algún sirope dulce, tradicionalmente hecho de alubias rojas cocidas con azúcar.

EL CONJURO

Mi hija llevaba llorando un buen rato. Yo, adormilada, le di la espalda al llanto y me encogí. Mi sueño, breve y dominado por los sollozos, siguió adelante como una linterna mágica y oscura.

Unas rosas trepadoras de un rojo fluorescente crecían con orgullo alrededor de una valla. Con gran satisfacción intenté coger un racimo de aquellas rosas.

Empezó a llover, y yo no podía salir de la estación.

Mi hija yacía sobre una plataforma verde y yo estaba llorando.

—Eres su madre, ¿por qué has llegado tarde? Si la hubieras recogido a tiempo, nada de esto habría pasado. ¿Ves? Tendría que haberme quedado yo con la niña —me decía el padre de mi hija zarandeándome, llorando desconsolado.

«Está llorando.» Por fin advertí el llanto de mi hija y abrí los ojos. Mis ojos estaban húmedos. Lo primero que hice fue mirar el reloj. Eran las dos y media. Mi hija siempre se ponía a llorar a la misma hora: sobre las dos, y luego al amanecer. Todas las noches eran así desde hacía casi un mes. No sabía en qué momento exacto había empezado, pero para cuando me quise dar cuenta mi hija había tomado la costumbre de llorar cada noche. También mojaba la cama. Y cuanto más interrumpía mi sueño menos capaz me veía de abrazarla y calmarla. El mero hecho de verla llorar me enfurecía; me entraban ganas de soltarle una bofetada, y aunque conseguía controlar mi mano terminaba regañándola con dureza por no dejarme dormir.

—¿Qué hora te crees que es? Ya está bien. ¿Por qué lloras? ¡Dime! Deja de llorar y dime por qué. ¿Qué consigues llorando? Yo ya no quiero saber nada.

Mi hija lloraba cada vez más alto. Yo me enfurecía más y apartaba el cuerpo de mi hija con violencia.

—Te has vuelto a hacer pis en la cama. ¿Por qué, si ya no te hacías pis en la cama? Venga, deja de llorar. No sirve de nada. ¡Cállate!

Mi hija lloraba todavía con más fuerza.

—El pijama me da asco. El colchón está mojado.

Y yo volvía al ataque.

—Pero ¿a qué viene esto? Eres tú la que se ha hecho pis. No nos quedan pijamas limpias. Y solo tenemos un colchón. Duérmete así. Venga, duérmete. No vas a conseguir nada llorando. Que no, que dejes de llorar. ¡Ya basta! ¿Tengo que darte una bofetada para que lo entiendas?

Mi hija no paraba de llorar. No me quedaba más remedio que levantarla y quitarle el pijama. Colocaba una toalla sobre el colchón, luego iba a la cocina y mojaba un paño y con ese paño le

refrescaba el pecho. Sus latidos se iban calmando lentamente. Entre pequeños sollozos, mi hija se agarraba a mí y se quedaba dormida con la boca abierta. Al verla dormir, por fin se me despejaba la cabeza, y entonces me apresuraba a acariciarle el pelo y la mejilla. Pero, cuando al amanecer me volvían a despertar sus llantos, yo volvía a reaccionar de la misma forma, y la historia se repetía una vez más.

Se sucedieron las noches sin dormir. A veces, durante el día, me quedaba dormida trabajando en la biblioteca. Por la tarde, cuando corría a la guardería a recoger a mi hija, sentía que ya no me quedaban fuerzas en el cuerpo y me costaba mantener la cabeza erguida. En cuanto empezábamos a caminar, mi hija se ponía a gritar y a llorar enfrente de la tienda de dulces porque quería un helado, o se lanzaba a la carretera sin fijarse en los coches, persiguiendo a un gato, y no tardaba en pedirme que la cogiera en brazos. Yo iba palideciendo de rabia. ¿Estaba mi hija intentando poner a prueba mis límites? ¿Quería acaso que me arrastrara por el suelo, y así reírse de mí? Su rostro guardaba un gran parecido con el de su padre. En esos momentos yo evitaba mirarla y la agarraba fuerte de la mano. En el tiempo que transcurría desde que llegábamos al piso hasta que ella se dormía, me esforzaba por ignorarla. Después me tumbaba y dormitaba. Y luego ella me despertaba con sus llantos en mitad de la noche.

Yo nunca me paraba a pensar en lo que podía hacer para que mi hija durmiera plácidamente. Solo me preocupaba mi falta de sueño y cómo evitar que ella me despertara. Antes de dormir, empecé a beber más whisky de lo que mi cuerpo podía aguantar. Pero, por muy sumida que estuviera en la borrachera, seguía oyendo llorar a mi hija. Con mi cabeza turbia de alcohol, sus sollozos me irritaban aún más y me entraban ganas de taponarle la boca y la nariz con una toalla mojada. En lugar de hacer eso, optaba por darle un capón, ni muy fuerte ni muy suave, y corría a la cocina a vomitar en el fregadero el contenido de mi estómago. Me lavaba la cara con agua del grifo y gritaba: «¡Socorro, socorro, que alguien me ayude!».

También ese día me emborraché antes de dormir. El llanto de mi hija se asemejaba al sonido de las olas. Solo al levantarme me di cuenta de que ella seguía viva. Me froté los ojos adormecidos y la observé. Me temblaban las manos, las piernas. Los plañidos de mi marido seguían retumbando en el interior de mi cuerpo. Estiré la mano y toqué el brazo de mi hija, toqué su espalda. Me embargó una sensación cálida y blanda. Estaba viva. Pero no sabía distinguir el sueño de la realidad. Me sentí como si mi hija hubiera muerto y mi deseo imposible de volver a verla con vida se hubiera cumplido, pero incluso si lo estaba soñando agradecí que hubiera resucitado. Me abracé a su cuerpo. Me resultó extraño tener la suerte de que mi hija continuara viva.

Vi que se había puesto a chupar la manga de mi pijama mientras dormía. La volví a dejar sobre el colchón, le quité el pantalón y las braguitas y llevé la ropa a la cocina. La ventana de la cocina no tenía cortinas y la luz de los neones y las farolas de la calle entraba a través del cristal, iluminando el piso lo suficiente como para poder distinguir los colores. Metí la ropa en la lavadora, subí las escaleras y salí a la azotea. Había algunas ventanas con las luces encendidas. Me puse a contarlas.

Esa noche, mi hija durmió hasta la llegada del día sin quejarse ni una vez.

A la mañana siguiente no me desperté hasta que mi hija empezó a tirarme del pelo. Al mirar la hora vi que eran pasadas las ocho y media. Nos vestimos a toda prisa, le di la leche y salimos del

piso precipitadamente. Frustrada por su lento avance, la cogí en brazos y corrí hacia la guardería. En ese momento me pregunté si, en el fondo, no deseaba la muerte de mi hija. Si no fuera así, no vería su cadáver en mis sueños. Su cuerpo me pesaba. Se me durmieron los brazos y se me nubló la vista. Seguí corriendo, aferrándome a ese peso.

Al llegar a la guardería mi hija desapareció entre un grupo de niños toda contenta, sin molestarse en darse la vuelta para despedirse de mí. Sentí alivio en el mismo instante en que despegó su cuerpo del mío.

Habían pasado casi ocho meses desde que empecé a vivir sola con mi hija. Los días eran todavía calurosos, pero las noches empezaban a refrescar. Mi hija y yo pillamos un catarro suave, primero la una y después la otra.

Ya estaba lo suficientemente familiarizada con el piso como para poder caminar por él con los ojos cerrados y sin tropezar, y seguía manteniendo la esperanza de que algún día podría volver a tener una vida como la que había tenido con mi marido, relajada y sin sobresaltos, con gente entrando y saliendo con naturalidad. Ese momento acabaría por llegar. Debía de creer que aquello era como el examen de acceso a la universidad; que si me esforzaba y estudiaba aprobaría, y que una vez aprobada no tendría que preocuparme y continuaría mi vida con orgullo. Era plenamente consciente de que debía abandonar aquellas esperanzas tan tontas y afrontar lo que no había querido ver hasta entonces, pero todavía no entendía lo que de verdad significaba abandonar la esperanza.

Realmente había hecho mío aquel piso del tercero al que me había mudado en invierno. El suelo rojo de la cocina, que antes estaba nuevo, había perdido su color, manchado de leche y comida que mi hija tiraba todos los días, de dibujos hechos con ceras, de pis. También el tatami estaba descolorido. Incluso el polvo dentro del armario empotrado se había vuelto cotidiano.

Fue por entonces cuando mi hija empezó a llorar por las noches. Y al verme a mí misma insultarla y decirle cosas feas, al verme capaz de sofocarle la nariz y la boca, me di cuenta de cómo serían en realidad mis días a partir de ahora. Afligida, deseé poder recuperar la vida que tenía antes. Pero ya no podía ni volver ni huir. Lo que mis ojos no habían querido ver hasta entonces no era más que el cruel reflejo de mí misma.

—¡Se ha muerto el pececito! ¡Se ha muerto el pececito!

Una mañana mi hija me despertó a gritos. Miré el reloj; ya casi era hora de levantarse. Aún medio dormida, me puse en pie. Mi hija me tiró del brazo y me llevó a la cocina.

—Mamá, mira, ahí. ¡Mira!

Tenía las mejillas coloradas de la excitación. Se agazapó temerosa detrás de mí cuando me acerqué al lugar que me indicaba. Resultaba difícil distinguir al pececito dorado en el suelo rojo. Su cuerpo brillaba al sol de la mañana, tumbado junto a la tina de plástico que habíamos utilizado de pecera. El silencio reinaba hasta en el agua de la tina, inmóvil después de haber perdido a su único ser vivo.

Se trataba del pez dorado que nos habíamos traído de la feria en verano. Cuando lo solté en la tina parecía bastante enérgico y pensé que viviría aproximadamente un mes, así que compré comida para peces y mi hija y yo nos dedicamos a dársela según nos parecía conveniente. Era el

primer animal que teníamos en el piso. Mi pronóstico se cumplió, y el pez vivió un mes. Aunque nunca pensé que moriría así, saltando fuera de la tina.

Coloqué al pez sobre la palma de mi mano y lo acerqué a la cara de mi hija. El cuerpo estaba todavía blando.

—Sí, es verdad, está muerto. Mira, tócalo.

Mi hija abrió los ojos, abrió la boca y tanteó el cuerpo del pez con su índice derecho.

—No se mueve. Está frío.

Cada vez más desinhibida, se rio como si tuviera cosquillas y empezó a pellizcar la aleta dorsal del pez, luego a arañar su cabeza.

—Esto es lo que nos pasa cuando nos morimos. También nos pasa a las personas. Este pez dorado no lo sabía y saltó fuera de la tina.

—Qué tontos son los peces dorados —dijo mi hija en-tre risas, contenta.

—¿Te da pena?

—No.

—¿Qué hacemos con él? Ya que estamos, ¿nos lo comemos entre las dos?

—¡No quiero! —gritó mi hija, asustada. Yo me aguanté las náuseas y seguí hablando.

—Claro, no nos lo podemos comer así. Lo podemos cocer en salsa de soja. Quién sabe, a lo mejor está rico.

—No quiero. No quiero comerme un pez dorado. Corre, tíralo a la basura.

—¿Seguro? Es una pena, pero lo tiraré a la basura. Con lo rico que parece.

—¡No, tíralo ya, corre!

Lancé al pez dorado a la cestita de la basura orgánica. Luego alcé a mi hija y se lo enseñé; el pez dorado yacía entre restos de verduras.

—No se mueve.

—Claro que no. Cuando te mueres, te conviertes en basura. También te pasará a ti si te mueres, así que no te puedes morir, ¿entendido?

Mi hija asintió entre risas.

Me quedé mirando fija y tercamente al pez muerto, preguntándome si así habría conseguido alejar a mi hija de la muerte.

Otro día, más o menos por la misma época, cuando ya había terminado mi jornada laboral, recibí una llamada de la guardería. Se trataba de la joven maestra de mi hija; me comunicó, algo apurada, que Fujino había ido a recogerla.

—Creo que no termino de entender la situación, pero ha venido a recogerla con total naturalidad. Como ya lo he visto muchas veces, he pensado que a lo mejor hoy le había tocado a él, y le he entregado a la niña. Espero que no sea un problema. Quería confirmarlo contigo por si acaso...

—¿No ha dicho adónde iba? —pregunté levantándome de la silla, a punto de pegar un grito, sin dejar de pensar que finalmente había llegado el día más temido.

—No, no ha dicho nada. Entonces sí ha sido...

—¿Sobre qué hora se la ha llevado?

—Hace unos diez minutos. Vaya, veo que tenemos un problema. Nos lo deberías haber dicho. Si

lo hubiéramos sabido, nada de esto habría ocurrido.

—Podrías habérmelo preguntado. ¿Por qué no me has llamado para confirmarlo conmigo antes de dejarla marchar?

—Pero ¿cómo íbamos a saberlo? Tu hija no es la única niña que tenemos a nuestro cargo.

—Eso ya lo sé. Pero..., en cualquier caso..., yo me voy ya. Si os enteráis de algo, llamadme a casa, por favor.

Cuando colgué el teléfono, me di cuenta de que mi jefe Suzui me estaba mirando. Le hice una ligera reverencia y salí corriendo de la biblioteca sin recoger siquiera las cuartillas que tenía sobre mi mesa. Pensé en coger un taxi, pero me pareció que llegaría antes en tren. Subí las escaleras de la estación a galope y, una vez en el tren, me eché a temblar.

Treinta minutos después, llegué a mi piso. Abrí la puerta y, al verlo vacío, me di cuenta por primera vez de que volver al apartamento no me iba a acercar al paradero de mi hija. Mi piso no me iba a decir adónde se la había llevado Fujino. Por otro lado, no le veía ninguna utilidad a salir corriendo a la guardería, y era improbable que consiguiera rastrear sus pasos recorriendo la ciudad. No tenía más remedio que quedarme en el apartamento y esperar. Ni siquiera sabía dónde vivía Fujino. Sospechaba que era mantenido por una mujer, pero tampoco estaba segura. Se había cambiado dos veces de domicilio desde que nos separamos. Me lo dijo él mismo.

Me acerqué a la mesa del comedor y me senté, atolondrada, a esperar. No podía pensar, no podía hacer nada. No podía ni maldecir a Fujino ni lamentarme de que me hubieran arrebatado a mi hija. El tiempo se había detenido. Había perdido el conocimiento con los ojos aún abiertos. Quizá me quedé así durante días, años, esperando.

Recuperé la noción del tiempo en cuanto oí que alguien llamaba al timbre. Me acerqué a la puerta como si estuviera cayendo desde un lugar muy alto, sumida en una avalancha, y abrí con brusquedad.

—¡Hola, mamá! Ya he vuelto. Estoy con papá. ¡He ido a dar un paseo con papá!

Mi hija corrió hacia mí entre grititos de alegría. A mí me flaqueaba el cuerpo y tuve que apoyarme en la pared para abrazarla. Su cuerpo me deslumbró. Brillaba. La luz que manaba de ella era tan intensa que no me permitía ver bien lo que había a su alrededor. Mi hija se dio la vuelta y miró hacia la puerta. Allí había una sombra negra.

—¡Qué bien nos lo hemos pasado!, nos ha hecho un tiempo estupendo. Pero ¿por qué estás tan seria? ¿No ves que la he traído de vuelta?

Me acerqué a la sombra y le solté una bofetada en la mejilla con todas mis fuerzas. Sentí en la palma de la mano la temperatura corporal de Fujino. Tenía una mejilla cálida. De mis ojos caían lágrimas espesas como zumo de frutas. Fujino estaba atónito.

Cerré la puerta y eché el cerrojo antes de que él pudiera decir nada. Fui incapaz de darme la vuelta. Mi hija estaba agazapada detrás de mí, sin hacer ruido. Me quedé mirando la puerta, llorando en silencio para que no se me oyera. Fujino siguió llamando durante un buen rato. Luego hizo un ruido tremendo, como si le hubiera dado una patada a algo, y bajó, agitado, las escaleras. No había más que silencio a mis espaldas. Quería abrazar a mi hija cuanto antes, pero no podía parar de llorar.

No sé cuánto tiempo me quedé pegada a la puerta. Fue mi hija la que se acercó a mí. Me abrazó

la cintura por detrás y me preguntó, casi susurrando:

—Mamá... ¿Qué miras? Papá ya no está.

Asentí, me giré y dejé atrás el recibidor. Me detuve delante del fregadero, le cogí la mano a mi hija, que seguía encaramada a mi cintura, y la coloqué delante de mí. Me sequé la cara con una toalla, me soné la nariz y la abracé con fuerza.

—Me duele la cabeza... Me he dado un golpe en la cabeza —susurró mi hija como si hablara sola, apartándose de mí.

—¿Ah, sí? Entonces vamos a hacer magia. Lo que duele, lo que duele, ¡que se vaya volando!

Entoné el conjuro con voz temblorosa, sabiendo que solo era un juego de niños. Mi hija miraba de reojo la comisura de mis labios.

Al día siguiente por la tarde la directora de la guardería se me acercó y me soltó un sermón:

—Es en estas situaciones, en las que las cosas están a medias, cuando más sufren los niños. Sea cual sea su decisión, tómela cuanto antes, por el bien de la niña. A partir de ahora no dejaremos que el padre vuelva a recogerla, pero si aparece ignorando nuestras advertencias y exigiendo que le entreguemos a la niña no nos quedará otra opción que ceder. Aquí todas somos mujeres. Y tampoco es que él tenga una orden de alejamiento que nos permita negarle la entrada. Usted, como madre, ¿qué opina? Imagino que no le gusta hablar de ello, pero es mi deber preguntárselo; de lo contrario no podremos quedarnos tranquilas con la niña. De momento no hemos detectado ningún cambio en ella, pero...

Le contesté que quería divorciarme formalmente y criar sola a mi hija. Le dije que pensaba que el padre estaba al tanto de mi decisión, pero que yo todavía no había decidido de qué manera él podría verla, y que el padre, por su parte, parecía pensar que podía ver a su hija siempre que le viniera en gana, pero que a mí eso no me convencía, y que, si era cierto, me hacía preguntarme por qué no había querido seguir viviendo conmigo.

—Entonces, ahora mismo no desea que el padre vea a la niña, ¿cierto? —me preguntó la directora.

Asentí.

—No sé cómo será en un futuro, pero de momento quiero dejarla tranquila... Quiero que todo el mundo la deje tranquila. ¿O usted cree que un padre es imprescindible para un niño?

—No puedo decir que sea así en todos los casos, pero en general suele ser mejor que el niño deje de ver al padre o a la madre que decidió separarse. Sin embargo, eso no significa que no *deba* verlo, sino que, según parece, las cosas son más fáciles si deja de verlo —respondió la directora.

—Entiendo —dije, decepcionada.

—No tienen intención de volver a vivir juntos, ¿no? —quiso confirmar la directora al final de nuestra charla, mientras se ponía de pie.

Cuando se lo confirmé, me dijo:

—Entendido. Entonces, en tanto que tutora oficial de la niña, le pido toda la colaboración posible. Recupere el ánimo y cuide bien de su hija. Hágalo por la niña.

Por mucho que lo intento, no logro situar en el tiempo el día en que le di la bofetada a Fujino y la

época en la que mi hija empezó a llorar por las noches, pero estoy convencida de que ambos hechos guardan una estrecha relación.

Una noche, días después de haber soñado que mi hija se moría, la niña se echó a llorar como siempre. La recosté en mi regazo como a un bebé y entoné un conjuro mientras la acariciaba desde el pecho hasta la barriga dibujando círculos.

—Que se vayan los malos sueños. Que ninguna pesadilla se acerque a esta niña. Es una niña buena y solo se merece sueños buenos. Por favor. Por favor... Que se vayan los malos sueños. Que ninguna pesadilla se acerque a esta niña. Es una niña buena y solo se merece sueños buenos. Que sueñe con algo alegre. Que sueñe con flores bonitas brotando a su alrededor. Que sueñe que lleva un vestido bonito y está bailando...

Mi hija dejó de llorar, sonrió y acercó sus oídos a mi voz. Motivada por su sonrisa, me entregué en cuerpo y alma a seguir recitando el conjuro.

LAS DUNAS

Las obras terminaron en apenas un par de horas. Fue todo demasiado fácil. De buen humor despedí en la puerta a los dos obreros jóvenes que se habían ocupado de todo y les hice una reverencia sin saber muy bien por qué les tenía que hacer una reverencia. Al darme la vuelta, vi que todas las ventanas de ese lado del piso habían quedado asfixiadas por una malla azul.

—El piso está azul. No podemos mirar fuera —dijo mi hija recorriendo de una punta a otra la cocina americana como hizo la primera vez que entramos en el piso.

—Qué le vamos a hacer. Tampoco es que no se vea nada. Pero es mejor así —le contesté mientras observaba la calle a través de la malla, que enturbiaba las ventanas como niebla cerrada.

* * *

Unos diez días antes, los ancianos de la tienda de dulces habían venido a mi piso dando voces. Yo estaba dando de comer a mi hija una lata de espaguetis a la boloñesa. Todavía no sabía comer bien sola, y cuando yo intentaba comer al mismo tiempo mis ojos y mis manos se iban todo el rato hacia ella y acababa dejando mi plato intacto, así que me había acostumbrado a darle de comer primero. Yo comía por mi cuenta después. Era el momento más esperado del día. Me colmaba de felicidad llenar el vacío que empezaba a dolerme dentro del estómago a partir de las cinco de la tarde. Me gustaba aquella felicidad tan modesta. Pero la comida acababa en un instante, y la felicidad se desvanecía con ella.

—¿Quién será a estas horas? —me pregunté, levantándome para abrir la puerta. Al ver a los ancianos de al lado sentí tal alivio que estuve a punto de soltar una carcajada. Tuve la sensación de que venían a darme una buena noticia. El viejo era antipático y difícil, pero yo siempre lo saludaba educadamente porque creía que tenía buen corazón. Fue él quien me informó de dónde sacar la basura cuando me mudé, y fue él quien se compadeció de mí y se ofreció a echarme una mano con cualquier cosa que necesitara cuando, respondiendo a su pregunta, le conté que vivía sola con mi hija. Desde ese día yo siempre lo saludaba con gran educación. Estaba convencida de que nunca le daría motivos de enfado.

Sin embargo, esa noche, nada más verme la cara, el anciano hizo temblar sus mejillas, elevó la voz y empezó a reprenderme. Al principio no entendí lo que me decía y me quedé mirándolo, absorta en la palidez de su cara. Al verme tan absorta, el anciano se enfadó todavía más, levantó

el puño y me espetó a gritos:

—¡No te hagas la despistada! Piensas que no me doy cuenta porque soy viejo. No creas que vas a salirte con la tuya fingiendo no enterarte de lo que ocurre. ¡Cómo te atreves, después de destrozarme la casa!

En ese momento por fin recordé que, desde el verano pasado, mi hija había estado lanzando objetos a su tejado. Cada vez que la pillaba, la regañaba y vigilaba que no se acercara a la ventana, pero mi supervisión no bastaba, estaba llena de grietas por las que ella podía escapar a mi vista. Me resigné a creer que, hasta cierto punto, era inevitable y que en algún momento mi hija perdería el interés. Por eso había ocasiones en que lo dejaba pasar. De hecho, desde que llegó el otoño ya casi nunca dejaba las ventanas abiertas, y mi hija parecía haber olvidado aquella manía suya de tirar cosas por la ventana.

—La niña. ¿Ha vuelto a tirar algo?

—¡Claro! Por fin empiezas a reconocerlo.

Sin acabar de entender la furia del anciano corrí hacia el comedor, abrí la ventana y miré hacia abajo. Era de noche y no podía distinguir bien las formas, pero la cantidad de objetos caídos había aumentado considerablemente. Me pregunté si aquel peso habría abierto un agujero en el tejado y enfoqué la vista con atención. En ese momento el anciano se unió a mí y oteó su propia casa.

—Es terrible...

—Lo siento mucho. He tenido cuidado, pero...

—¿Que has tenido cuidado? ¿Ha tirado todas esas cosas y dices que has tenido cuidado?

—Lo siento mucho.

—¿Te crees que esto se va a arreglar con una disculpa?

—Lo siento...

—Pensarás que, como la casa es vieja, da igual lo que le pase. Pero en esa casa viven tranquilamente dos ancianos. Cuando la abuela duerme, cada poco la despierta un ruido desconocido, como un trueno. Ya no puede dormir del miedo que tiene. Las goteras también son tremendas... Arreglar el tejado cuesta mucho dinero. En cualquier caso, baja conmigo. La abuela nos está esperando.

Mientras el anciano me escudriñaba levanté a mi hija de la silla.

—Luego sigues comiendo. Ha surgido algo importante, tienes que estar calladita —le susurré, y me puse las sandalias.

Al fondo de la tienda oscura nos esperaba la anciana, quieta y envuelta en un *tanzen*.^[6] Le hice una reverencia bajando la cabeza lo máximo posible y me disculpé profusamente. Sin duda se trataba de una negligencia por mi parte, y no había lugar para excusas. Me había limitado a intentar evitar que mi hija arrojara cosas por la ventana, y ni una sola vez se me había ocurrido que podía haber una persona asustada por los ruidos que se producían encima de su cabeza. Incluso había bajado la guardia porque era un simple tejado de tejas negras y no una calle transitada.

Los ancianos se turnaron para hablar. Me explicaron que, debido a las goteras, habían tenido que mover los colchones de un lado a otro, y que al principio creyeron que se trataba de algún tipo

de desastre natural y pensaron incluso en evacuar, pero que al fin y al cabo eran ya muy viejos y habían decidido aguantar todo lo que pudieran, y que les gustaría que yo oyera, aunque solo fuera una vez, esos ruidos tan terribles que ellos habían tenido que padecer. A cada cosa que decían yo me encogía y agachaba la cabeza, y también forzaba a mi hija a agacharla. Les dije que me responsabilizaría de la reparación del tejado y que, si surgía cualquier otro problema, me avisaran de inmediato.

Pero el viejo matrimonio hizo oídos sordos a mis palabras y ambos siguieron escupiendo una frase tras otra, agitados, como si compitieran entre ellos. Yo me mantuve callada, decidida a aceptar cualquier acusación. No era el dinero de la reparación ni mis disculpas lo que iba a calmarlos. Lo único que querían era que yo me quedara ahí quieta, escuchándolos, impregnándome de sus voces. Me miré los pies, preguntándome, agobiada, cuándo podría volver a mi piso a cenar.

—... No sé qué es lo que están lanzando desde ahí arriba, pero es imposible que lo pueda hacer sola una niña tan pequeña —dijo el anciano.

—Le echa la culpa a la niña, pero en realidad es ella la que está tirando cosas.

—Sí, la veo capaz de hacerlo.

—Lo sabíamos. Sabíamos que pasaría algo. Demos gracias por que no nos haya incendiado la casa.

—Si fuera una mujer decente no viviría sola en ese piso.

«No hagas caso, no hagas caso», me repetía a mí misma, pero terminé respondiendo:

—¿Qué quiere decir con que le echo la culpa a mi hija?

—Que tú también has estado tirando cosas por la ventana —contestó el anciano.

Intenté contenerme una vez más, pero no pude evitar volver a hablar:

—¿De verdad cree que una madre haría algo así?

—Hay de todo en el mundo —dijo la mujer.

—¿Me puede explicar qué quiere decir con eso?

A partir de ese momento perdí el control sobre mí misma. Empecé a respirar con dificultad y se me nubló la vista. Pero yo seguía moviendo la boca, resistiéndome a quedarme callada. No sabía ni qué palabras pronunciaba. Con la respiración entrecortada, les dije algo como:

—Sé que los actos de los niños son responsabilidad de los padres, y lo lamento desde el fondo de mi corazón, pero nunca he arrojado nada por la ventana con mi hija, eso sí que nunca lo he hecho, si hay algo que no he hecho como madre es eso, ¿qué puedo hacer para que me crean?

—Bueno, cálmate —oí la voz resignada del anciano. Me sentía hundida y exhausta—. Desde luego..., no tienes remedio. En cualquier caso, no queremos que vuelvas a rompernos el tejado. Te vamos a pedir que pongas una malla de alambre en tus ventanas. Justo hoy hemos estado negociándolo con Fujino, la dueña, y mañana seguiremos insistiendo. Haremos lo que haga falta para que coloquen una malla en tus ventanas. Métetelo en la cabeza. Aparte de eso, no tienes que hacer nada.

—A mí me da igual, yo solo estoy alquilando el piso... —respondí en voz baja. Me di la vuelta y me encaminé hacia mi edificio. Los ancianos me siguieron con la vista. Parecían derrotados. Mientras subía las escaleras hacia el tercero, me vino la imagen de mi piso condenado a la oscuridad por unas mallas de alambre. «No puede ser», pensé. Me costaba creerlo.

—Qué susto... —susurró entre suspiros mi hija, que llevaba todo ese rato encaramada a mi brazo. Asentí. De pronto me invadió la tristeza y me puse a llorar a lágrima viva—. Mamá..., ¿estás bien? Eres una niña buena, no puedes llorar —me dijo mi hija. Era lo que yo siempre le decía a ella. Asentí una y otra vez.

—Es verdad, no hay que llorar por cosas así. Pero por favor, no tires nada más por la ventana.

Esta vez fue mi hija la que asintió. Al mirar arriba vi que me había dejado la puerta del piso abierta. Las luces del interior iluminaban el descansillo oscuro formando un triángulo de luz. «A pesar de todo, soy madre», me dije para mis adentros. Quería creer que, por muchas estupideces que cometiera, aún quedaba algo incorruptible en mi interior. Quería que los ancianos lo creyeran también. Pero solo había sabido gritarles y esparcir sobre ellos mi voz cortante. No podía soportar que hasta ellos me hubieran visto así. La decepción me había enajenado.

Una semana después, me llamó por teléfono la inmobiliaria encargada de gestionar el edificio. Como resultado de sus investigaciones, con el fin de prevenir más accidentes, habían decidido cubrir las ventanas con una malla y me pedían que estuviera en casa el día de las obras. Me dijeron, para tranquilizarme, que la malla sería de nailon y que apenas afectaría a las vistas.

—¿En qué ventana la van a poner?

Los de la inmobiliaria me respondieron que, exceptuando la del baño y la de la cocina, pondrían mallas en todas las ventanas grandes.

Las obras empezaron el sábado por la tarde.

Y, por la noche, recibí una llamada inesperada de un hombre llamado Kauchi.

—Estoy en la estación, ¿te importa que me pase un momento? Tengo algo que contarte —me dijo.

—Claro —contesté sin dudar, como si fuera lo más normal del mundo que aquel hombre viniera a visitarme en aquellas circunstancias. Lo cierto es que yo llevaba mucho tiempo esperándolo.

Una vez, una joven oficinista de la emisora que visitaba a menudo la biblioteca nos invitó a mi hija y a mí a tomar *sushi* en su casa. Tenía un piso con una cocina americana, un salón de tres tatamis y un dormitorio de otros seis. Comparado con mi caótico piso estaba muy ordenado, hasta el punto de que resultaba un poco frío. Bebimos cerveza mientras me contaba los enredos que había entre sus compañeros de la oficina.

En un momento dado a mi hija le entró sueño y se puso difícil; entonces ella me invitó a quedarnos a dormir en su casa.

—Justo ahora que nos lo estamos pasando tan bien, con la cerveza...

Me animé, aliviada por no tener que cargar con mi hija hasta mi piso, y abrimos la botella de whisky que había llevado de regalo.

Era una mujer dos o tres años más joven que yo, y habíamos empezado a charlar de vez en cuando después de que me separara de Fujino. A medida que fuimos cogiendo confianza, me contó que desde hacía algunos años se veía con un hombre casado. Cuando le conté mi historia, me contestó decepcionada:

—Ya decía yo... Por eso nos hemos juntado. Qué pena, pensaba que eras una persona normal.

—¿Tan poco normal soy? —le respondí entre risas.

—No somos normales, ni tú ni yo. Al menos ahora. Por eso nos entendemos tan bien.

Esa noche, contenta de dormir fuera por primera vez en mucho tiempo, me dediqué a beber una copa de whisky tras otra mientras intercambiábamos incoherencias.

Justo cuando me estaba quedando dormida sobre el tatami apareció el hombre con el que se veía. Me tomó totalmente por sorpresa y, asustada, me levanté del suelo.

—Yo también tengo mi vida, no puedes presentarte así de repente —la oí decirle. Pero tampoco le mandó marcharse solo por mí—. Nosotras ya estamos borrachas. Venga, bebe. Tendrás que beber mucho para igualarnos. ¿Ya has avisado a tu mujer? Si todavía no la has avisado, puedes usar mi teléfono.

El hombre sonrió sin decir nada y empezó a beber whisky.

Tenía que llevarme a mi hija de allí. En el mismo instante en el que apareció aquel hombre sentí que debía marcharme, pero no me podía ni levantar. El mero hecho de mover mi cuerpo me suponía un esfuerzo imposible, y, además, ¿por qué me tenía que ir yo si había llegado primero? Pero tampoco podía ignorar la incomodidad que emanaba de ella mientras intentaba prestarnos atención tanto a él como a mí, nerviosa, deseando en el fondo que me marchara.

Azuzado por las copas que ella le servía, el hombre siguió bebiendo sin interrupción, y a medida que se iba emborrachando a pasos agigantados empezó a jugar con las manos de ella mientras me sonreía afablemente. Le tocó un pecho, le acarició el muslo. Parecía que buscaba de forma deliberada que yo fuera testigo de sus actos. ¿Pensaba acaso que la envidiaba? Empecé a sentirme mal. Me dolía la cabeza.

—Voy a llamar un momento por teléfono —dije, levantándome.

—Sí, claro. Pero ¿a quién vas a llamar a estas horas?

—A mi novio, ¿a quién va a ser? —le dije todo lo alegremente que pude.

—Ah..., ¿sí?

Ella se quedó mirándome, extrañada. El hombre soltó una carcajada, la agarró de los hombros y la arrimó hacia él.

Nerviosa, saqué mi agenda del bolso y hojeé la lista de teléfonos. Necesitaba un número, cualquiera. Necesitaba una excusa para llamar a alguien. Me temblaban los dedos. Di con el nombre de Kauchi. Era el presidente de la asociación de padres de la guardería; había hablado con él hacía poco, cuando me preguntó por qué no acudía a las reuniones y me invitó a ir a su casa algún día, para que pudiéramos charlar en un entorno más tranquilo. Fue entonces cuando apuntó su número en mi agenda.

Me convencí a mí misma de que a él sí podría llamarle sin resultar sospechosa, y marqué los números descifrando su letra casi ilegible. El teléfono sonó dos o tres veces antes de que Kauchi respondiera a la llamada. Inquieta por que me oyeran los dos que tenía a mis espaldas, hablé en voz baja:

—Hola. Soy Fujino... ¿Eres Kauchi?

Kauchi respondió con tono relajado.

—Ah, sí, Fujino... ¿Qué Fujino?

—Ah, qué bien que estás. Me gustaría ir ahora para allá, puedo, ¿no? Estoy en casa de una amiga.

Me giré para mirar a los dos de atrás. El hombre, tumbado boca abajo, se había puesto a morder tiras de calamar seco.

—Hace días que no nos vemos. Voy ahora. Tardo unos diez minutos. Espérame.

Y así, sin más, colgué el teléfono. Tomé en brazos a mi hija, que dormía profundamente, y le dije a la mujer:

—Bueno, me marchó.

—¿Estás segura? Vas muy borracha —dijo ella dudosa, inclinando su cuerpo hacia delante.

—Esto no es nada. La noche acaba de empezar.

El hombre soltó una carcajada. Yo también me reí y salí a la calle. Me gustó notar el aire frío sobre mi cuerpo sudoroso. Al rato de echar a andar, sentí náuseas y tuve que agacharme en el borde del camino, con mi hija todavía en brazos.

A partir de ese día no pude evitar estar pendiente de Kauchi. Era el único que conocía mi mentira. Su mera presencia me recordaba aquel episodio tan vergonzoso y, extrañamente, por esa misma razón, me resultaba imposible ignorarla. Pero la realidad es que, cada vez que me lo encontraba en la guardería, yo salía corriendo.

Ahora, mientras le daba indicaciones por teléfono para llegar a mi casa, no pude sino hacerme ilusiones. De inmediato, antes de que llegara, me quité el pijama, me vestí y dejé preparados un vaso y una botella de whisky en el cuarto de seis tatamis. Luego bajé corriendo las escaleras, abrí la persiana mecánica y esperé a Kauchi.

—Gracias por venir hasta aquí. Vivo en el tercero. Pasa, adelante.

Lo invité a que se sentara en el cuarto de seis tatamis y fui a la cocina. Se me había olvidado sacar el agua y los hielos. Kauchi se sentó donde le dije y se puso a fumar.

—Gracias por lo que haces por los niños, siento no poder ayudar nunca. Me encargo de todo yo sola, y por eso... Mira qué desordenado tengo el piso... No sé cómo lo hace tu mujer, ya solo con los asuntos del colegio debe de estar muy ocupada... —le dije mientras sacaba el hielo del congelador. Kauchi se rio, con los ojos fijos en la ropa que tenía tendida dentro del piso—. Hacéis muy buena pareja. Me dais mucha envidia. Si en la guardería se ha logrado reducir el coste de la ampliación del jardín y de la calefacción nueva, ha sido gracias a vosotros...

Puse los hielos en un plato y lo cogí con la mano derecha. Con la mano izquierda agarré una jarra de agua y me dispuse a volver al cuarto de seis tatamis, pero cuando fui a quitarme las pantuflas para entrar en la habitación se me enganchó el pie y se me cayó todo el hielo al suelo.

—¡Qué desastre! Todo me sale mal.

Me agaché y empecé a recoger los cubitos de hielo. No fue tan fácil como esperaba, porque había suficientes como para llenar dos cubiteras enteras. Algunos se habían ido deslizando hasta lugares inimaginablemente remotos. Se me helaron las puntas de los dedos, y, cuanto más nerviosa me ponía, más me costaba cogerlos.

Al levantar la cabeza vi a Kauchi. Me miraba absorto, aún fumando. Pensé en mi imagen reflejada en sus ojos. Entonces me levanté y se me volvieron a caer los hielos que acababa de recoger.

—¿Por qué me miras así? ¿No se te ocurre venir a ayudarme? No deberías reírte así de la gente. Vete, por favor. Ya estabas empezando a sentirte bien con todos los piropos que te he echado,

¿verdad? No sé qué te has creído. ¿No puedes recoger ni un solo hielo? ¿Por qué has venido?

A Kauchi se le transformó la cara. Se levantó, y sin decir nada se dirigió hacia la puerta.

Yo me quedé mirando, desesperada, cómo se marchaba. No era eso lo que quería decir. Los hielos me daban igual. Simplemente no entendía por qué había venido a verme. Fui detrás de él y lo cogí del brazo. Y, nada más darse la vuelta, lo abracé.

—No te vayas así, por favor.

Cuando me desperté por la mañana, Kauchi había desaparecido. Tenía que levantarme ya si no quería llegar tarde. Salí del cuarto de seis tatamis, en el que había dormido con Kauchi, y entré en la habitación donde dormía mi hija. Ella, reacia a levantarse, se giró y me dio la espalda. Yo también cerré los ojos y me volví a dormir.

Alguien estaba llamando a la puerta. Mi hija se levantó para abrir. Yo seguí durmiendo, cubierta con una manta.

—¡Es la profe! ¡Mamá! ¡Ha venido la profe! —gritó mi hija histérica, sacudiéndome la cabeza.

—No grites. ¿Qué profe?

Me asomé a la puerta frotándome los ojos. Era la maestra de mi hija.

—¿Estabas todavía dormida? ¿Ha ocurrido algo? —La maestra hablaba rápido, ruborizada—. Últimamente llegáis tarde muchas veces, y esta mañana también os hemos estado esperando, no sabíamos nada de vosotras. La directora también está preocupada... ¿Te has tomado el día libre?

—No, eh... Voy ahora.

—¿Ah, no? En ese caso, yo me llevo a la niña. No sé cómo será en tu trabajo, pero en la guardería queremos que se cumplan los horarios. Te lo pido por favor. Es importante para la niña... Hoy vienes conmigo al cole, ¿vale? Ya están todos tus amiguitos tomando el almuerzo de las diez.

Entre la maestra y yo vestimos a mi hija en un abrir y cerrar de ojos, y acto seguido ambas se marcharon a toda prisa. Eché el cerrojo de la puerta y llamé a la biblioteca. Ahora, debido a las mallas nuevas de las ventanas, el interior de mi piso parecía azulado y pequeño. De repente me recordó a una jaula de insectos. Sí, eso era, una jaula de insectos. Llevaba desde el día anterior intentando encontrar las palabras adecuadas para describir el nuevo aspecto del piso. Doblé el colchón que había extendido en el cuarto de seis tatamis. Seguía oliendo a Kauchi.

Me pasé un buen rato contemplando las mallas que cubrían las ventanas hasta que, sin darme cuenta, volví a quedarme dormida.

En el sueño, me había perdido entre unas dunas. El viento soplaba tan fuerte que apenas podía mantener los ojos abiertos. La arena se me pegaba al cuerpo. Mirara donde mirara no veía más que la arena que me rodeaba, pero la inmensidad de las dunas me tenía estupefacta. La fuerza del viento hacía evidente la extensión de aquellas dunas infinitas. Era un sonido agudo que retumbaba tanto de lejos como de cerca.

La arena fluía como un río a mis pies. Al no tener nada más que ver, mantuve los ojos fijos en el movimiento de la arena. ¿Cómo era posible, por fuerte que soplara el viento, que la arena corriera así, como el agua? Me pareció extraño. Entonces la arena formó un remolino que empezó a crecer, redondo, hinchado, hasta que se desmoronó y fue secuestrado por el viento, dejando a la vista algo

blanco y pequeño que había estado oculto en su interior. Era una especie de cabeza, como de bebé recién nacido. Cuando me agaché para verlo mejor, un retazo sólido de viento, lleno de arena, me volvió a azotar con fuerza. El dolor me obligó a cubrirme la cara. Oí una voz aguda y nítida que llegaba desde el suelo. Me pareció que decía: «Eeeeestoooooy».

Entonces el viento cambió de dirección y busqué la «cabeza» que había visto antes. Pero no encontré nada más que arena extendiéndose hacia los lados, y, sobre ella, remolinos de arena corriendo como el agua con el brío del viento.

Volví a oír la voz diciendo «eestoooy» desde un lugar no muy lejano. No era, de ninguna de las maneras, el sonido del viento. La oía a mis espaldas. La voz se estiró en vertical hacia el cielo, palideció y finalmente desapareció. Para cuando me di cuenta, la voz se había propagado por toda la extensión de las dunas.

—¿Será la voz de un niño? —le pregunté a alguien. Una voz masculina me respondió:

—Son niños que salen de la arena en días de mucho viento. Es lo único que pueden hacer, gritar de esa manera. Gritan y gritan, y después se mueren. Nunca logran salir de aquí, nadie sabe que están aquí.

—¿No sufren?

—Los niños solo gritan.

—Tienen una voz bonita —respondí suavemente, y tomé aire.

[6]. Abrigo tradicional japonés.

UNA LUZ ROJA

En el mismo instante en el que abrí los ojos pensé que me había vuelto a quedar dormida y me sentí como una fracasada. «Esta vez no me lo van a perdonar», me dije. Me imaginé los ojos estrechos de mi jefe y los de las maestras de la guardería mirándome con frialdad.

Cuando intenté levantarme, temblorosa, noté la mejilla blanda y cálida de un joven durmiendo con placidez sobre mi hombro. A mi izquierda, mi hija roncaba con el brazo sobre mi barriga. Los tres teníamos las piernas hundidas bajo la manta del brasero.

El sonido suave del televisor llenaba el cuarto oscuro. Oí a lo lejos el borboteo del agua. Había estado hirviendo agua en la cocina desde por la mañana para calentar el piso. El apartamento se había enfriado con la lluvia de la noche anterior, pero no hacía tanto frío como para sacar la estufa a toda prisa. Ahora, a pesar de que hacía buen tiempo, no tenía ninguna intención de salir a la calle con mi hija, y me sentía culpable por pasarme el domingo encerrada en un piso tan oscuro que necesitaba luz artificial incluso durante el día. Cuando, pasado el mediodía, Sugiyama vino de visita, me puse a dar saltos de alegría, más incluso que mi propia hija.

Con la mano izquierda le acaricié la cabeza a Sugiyama y cerré los ojos. Su pelo todavía olía a champú. Al volver a abrirlos recordé que existía un tipo de felicidad capaz de derretir las preocupaciones y borrar las pesadillas. En aquel momento sentí esa felicidad en toda su plenitud. Podía seguir durmiendo cuanto quisiera. No había nadie que me fuera a atacar. Intenté recordar todo lo que había soñado hasta hacía unos instantes.

Estaba de pie en medio de una extensión negra. Era una especie de barro blando. Podía ver el horizonte. El barro seguía esparciéndose, negro, hasta donde me alcanzaba la vista. Y, luego, un avión. Aquello debía de ser un avión. Había llegado hasta allí montada en un avión.

Poco a poco fui recordando mis movimientos dentro del sueño. El sueño empezaba en un piso.

Había unas veinte o treinta personas dentro del piso oscuro y de techos altos. A un lado se alineaban unas cuantas mesas alargadas, en las que la gente estaba sentada en grupos de cuatro o cinco. Cada uno vestía de una manera distinta y el lugar parecía la sala de espera de un hospital. Una luz difusa atravesaba un gran ventanal y convertía a la gente en sombras grises. Al parecer, yo los conocía a todos. Entonces nos anunciaron que ya no quedaban esperanzas de que esa persona, alguien que había desaparecido, siguiera con vida. Sentí tal tristeza que bien habría podido derretirme el cuerpo. El piso estaba sumido en el silencio. La tristeza de cada una de las sombras aleteó por ese espacio, azulada como el humo, y empezó a formar un remolino.

Salí fuera. Tenía que hacer algo. Tenía que darme prisa. De repente mi cuerpo se encontraba

encajado en un pequeño vehículo. Agarré el volante y pisé el acelerador. Sin apenas moverse, el vehículo se elevó un metro sobre el suelo y empezó a deslizarse por el aire a una velocidad inimaginable. «Ah, es un avión», pensé, y me puse contenta, pero el avión iba cada vez más rápido y no parecía querer volar más alto. Las ramas de los árboles, que crecían frondosos a ambos lados del camino, se abalanzaban sobre mí. Es más, bloqueaban la luz del sol y hacían que aquello pareciera un túnel. Yo giraba el volante a izquierda y derecha, nerviosa, sobrevolando aquel camino sinuoso, sorteando los troncos de los árboles que arremetían contra mí y que al instante quedaban atrás como agua corriendo río abajo.

Entonces, de pronto, llegué a la extensión negra. El avión mantuvo su velocidad durante un buen rato y siguió avanzando recto, pero pronto empezó a ceder ante la densidad del barro, y por mucho que pisé el acelerador y sacudí el avión con mi cuerpo no logré recuperar la velocidad perdida. Finalmente me quedé estancada, con la mitad del aparato sumergida en el barro.

En aquel momento me di cuenta de que llevaba todo ese tiempo buscando a ese alguien en cuya vida se había perdido toda esperanza. Y que buscarlo significaba ir al mismo lugar donde se encontraba él. Miré a mi alrededor, resignada, aceptando que había llegado hasta allí solo para morir. El avión desapareció debajo del barro. No había nada más que barro negro. ¿Por qué había querido acercarme a esa persona, aunque fuera solo un poco? Sin duda esperaba algo de ella. Pero ¿quién era? Esa persona debía de estar en alguna parte debajo del barro, mirándome...

Aquel era el segundo domingo que Sugiyama venía a verme. En los cuatro años que viví con Fujino solo nos visitó dos o tres veces cada año. Fujino le había dado clases particulares durante dos años cuando él mismo era todavía un estudiante universitario. Yo recordaba perfectamente al Sugiyama adolescente. Tenía la piel blanca y un aspecto frágil pese a estar un poco gordito. Era el último de la clase, y tan tímido que no podía mirar a los ojos a la gente. Sus padres, catedráticos, querían que estudiara en una buena universidad y estaban dispuestos a pagar el dinero que hiciera falta para lograr su objetivo. «Es imposible», recuerdo que decía Fujino. Sugiyama siempre estaba callado y hundido. Cuando Fujino se ponía duro con él, el joven se limitaba a sonreír tímidamente y asentir. Yo, irritada, le decía que, por malas notas que sacara, por poco agraciado que fuera, no había necesidad de dejarse humillar. Siempre intentaba protegerlo. Y, cuando el muchacho sonreía sin ganas, como se hace a su edad, ante alguna de mis bromas, yo hasta me ponía contenta.

Después de suspender las pruebas de acceso, Sugiyama se pasó un año preparándose para la siguiente convocatoria, y finalmente entró en una universidad privada recién inaugurada. Apenas terminado el primer curso, empezó a decirle a Fujino que las clases eran muy difíciles, que le costaba seguir las, que aquello suponía un gasto inútil y que quería dejarlo y ponerse a trabajar.

—Desde luego, no tienes remedio —le dijo Fujino en aquel momento, entre carcajadas.

Sugiyama se ruborizó y se quedó cabizbajo. Ese día lo obligué a ir al cine conmigo. Por entonces, con veinte, y aun ahora, con veintitrés, seguía teniendo un cuerpo blando y redondeado como el de los bebés, y estaba siempre encorvado, sin apartar la vista del suelo. Cuando me separé de Fujino y me mudé a mi piso, también a él le envié una postal anunciándole mi nuevo domicilio.

La primera vez que vino al apartamento se comportó como si Fujino viviera ahí; no dio ningún

indicio de haberse percatado de que mi marido ya no estaba con nosotras. Le trajo a mi hija un conejo de peluche. La llevó a caballito y se batió en un combate de lucha libre contra ella. Incluso la acompañó al parque a jugar. Cuando llegó la hora de irse, mi hija se agarró a su mano y quiso marcharse con él. Yo la alcé en brazos, indiferente a sus gritos y llantos, y de pronto me pareció que Sugiyama también estaba a punto de llorar.

Al despedirnos, le comenté que ya no vivía con Fujino.

—Ahora estamos las dos solas. Ven a vernos cuando quieras. En serio, nos encantará verte.

Sugiyama asintió con gravedad. Aunque se lo dije en serio, no esperaba nada de él. Yo por fin había tomado conciencia de que mi vida sin marido me iba a alejar cada vez más de cualquier hombre que deseara una relación saludable. Al domingo siguiente ya me había olvidado de Sugiyama.

Sin embargo, ese día, en medio de la lluvia, Sugiyama vino a vernos cargado con varias bolsas de la compra. Cuando lo vi aparecer por la puerta se me escapó un grito y avisé a mi hija:

—¡Ven, corre, es el chico del otro día! ¡Ven!

Sugiyama había traído lechuga china, espinacas y pollo. Se puso a cocinar con gesto tenso entre todo aquel jaleo, mientras mi hija lo acosaba y yo le hablaba sin parar. Preparó un estofado de pollo que los tres nos comimos a gran velocidad, mordiendo el pan que también él había traído. Estaba tan rico que era imposible no reírse. De vez en cuando yo lo miraba y me volvía a reír, y así terminé tomándome tres platos. Mi hija también nos pidió que le pusiéramos más comida en su pequeño cuenco. El sudor le brillaba en las mejillas.

Después de vaciar la cazuela por completo, nos entró sueño y nos tumbamos a ver la tele. Mi hija se quedó dormida chupando el borde de la manta del brasero. Bajé el volumen de la tele y apagué las luces de la casa. Luego me acurrugué entre mi hija y Sugiyama.

—Ahora, todos a dormir la siesta.

Sugiyama sonrió de la misma manera que cuando era adolescente. Me puse de lado, me abracé a su cuerpo orondo y hundí mi cabeza en su pecho.

—Qué blandito. Eres como una nube...

—Eso es porque estoy gordo... —dijo él avergonzado.

—Es muy agradable. Mira qué bien se oye tu corazón. ¿Sabes? El corazón es lo primero que se forma en el cuerpo humano. Primero se forma el corazón, luego la cabeza, la columna...

—No lo sabía.

—Pues sí. ¿Quieres oírlo tú también?

Sugiyama asintió y apoyó su oreja contra mi pecho.

—¿Lo oyes?

—Sí, lo oigo...

—Es el mismo sonido...

Los dos nos quedamos callados. Cerré los ojos e intenté oír los mismos latidos que Sugiyama estaba escuchando. Nos quedamos dormidos.

Por la tarde, después de acompañarlo a la estación, mi hija y yo pasamos por una librería y le compré una revista infantil que venía con unos juguetes. No me quitaba de la cabeza lo que me

habían contado las maestras de la guardería. Al parecer, mi hija se había acercado al aula de los bebés con unas tijeras, y cuando nadie miraba había intentado cortarle el lóbulo de la oreja a uno de ellos. Las cuatro maestras de mi hija y la directora me acorralaron durante un buen rato; no me dejaron marchar sin antes tener una conversación.

—Se pasa mucho tiempo sola en un rincón, no quiere comer, muerde a los otros niños, les tira del pelo.

Me dijeron cosas de ese estilo. Parecía que querían convencerme de que mi hija era una niña anormal y sanguinaria, capaz de asesinar a un bebé dormido plácidamente. No podían evitar imaginarse a mi hija con las manos y la cara rojas de sangre, de pie frente a un bebé ensangrentado.

—¿Cómo se les ocurre? Será que casualmente fue a ver a los bebés con unas tijeras en la mano. Será que quiso tocarle los mofletes al bebé y resultó que tenía unas tijeras en la mano.

Durante aquella conversación en la sala de reuniones de la guardería pegué tantos gritos que me dieron ganas de taparme mis propios oídos, y hasta golpeé una silla contra el suelo, todo para terminar agachando la cabeza, rogándoles entre llantinas que por favor siguieran ocupándose de mi hija.

Era verdad que había cambiado desde que su madre *mató* con sus propias manos la presencia de su padre. Pero yo me había convencido de que mi hija simplemente estaba aprendiendo a apreciar la felicidad. Realmente empezaba a sentirse agradecida por las pequeñas cosas. Disfrutaba de esos momentos sin avaricia. Si a pesar de esa transformación la gente la consideraba capaz de sajar a un bebé con unas tijeras y hacer brotar un mar de sangre, entonces tal vez no quedaba más remedio que aceptarlo. Yo quería afinar su capacidad para percibir la felicidad. Si aún había momentos de infelicidad era precisamente porque esa capacidad no estaba totalmente afinada. Yo quería que, por la noche, llegara a la cama rendida y se quedara dormida llena de satisfacción, asombrada de su propia felicidad.

También por eso le compré la revista a mi hija, porque, aunque la felicidad que pudiera sacar de un objeto era más bien pequeña, no dejaba de ser felicidad, y yo no podía dejar escapar esa oportunidad. Nunca le había comprado siquiera un juguete. Era su padre el que se los compraba, a veces en exceso. Yo, por mi parte, creía que esa era la función de un padre.

Con la revista a buen resguardo en una bolsa de papel, nos metimos en una cafetería. Mi hija se tomó un zumo y yo un café. Luego nos dirigimos de vuelta al piso. Había que cruzar una pasarela y un semáforo para llegar. Bien agarrada a la barandilla de la pasarela, mi hija se asomó a mirar el tren que avanzaba por debajo de nosotras. Yo la cubría con un paraguas por detrás, observando los pies de la gente que atravesaba la pasarela. Había un charco grande que todos los pies se preocupaban de sortear. Pero entonces una pequeña bota roja de lluvia saltó en el charco y salpicó el agua con alegría, mojando incluso mis pies. Oí cómo su madre lo regañaba.

Me asomé por debajo del paraguas y vi las caras de la madre y del niño. El niño era el hijo de Kauchi, dos años mayor que mi hija. La madre era la mujer de Kauchi, con la que me encontraba de vez en cuando en la guardería. De su brazo colgaba la bolsa de unos grandes almacenes; daba la impresión de que habían ido de compras. La mujer de Kauchi me reconoció y me hizo una reverencia, sonriente. Detrás de ella estaba Kauchi, tenso, observándome con gesto confuso y

sombrío. Ignoré la sonrisa de la mujer, solté una risita y clavé los ojos en Kauchi. Su cara fue palideciendo por momentos. Le temblaban las mejillas. La mujer de Kauchi nos miró primero a él y luego a mí, una y otra vez, muda. Kauchi apartó sus ojos de mi cara, cogió la mano del niño y pasó de largo rápidamente. Yo, sin naturalidad alguna, dije:

—Qué raaaaro...

La mujer se giró hacia mí. Su cara estaba contraída por el odio.

Kauchi solo había dormido una vez en mi casa, y porque se lo había pedido yo. No tenía motivos para guardarle rencor. Había sido un mero encuentro sexual, y ambos deberíamos haberlo olvidado sin mayores complicaciones. Fui yo quien se desnudó entera y se aferró a su cuerpo esa noche. Kauchi se limitó a colocarse encima de mí, sonriente, o a colocarme a mí encima de él, para después mover la cadera. Cuando me desperté por la mañana, ya había desaparecido.

Después de aquello no volvió a venir. Lo veía en la guardería una o dos veces por semana porque era el presidente de la asociación de padres. Cuando se cruzaban nuestras miradas me trataba con afabilidad, como si no hubiera pasado nada.

—Te esperamos en la próxima reunión.

Habría preferido que ese día hubiera fingido no verme.

A medida que Kauchi se alejaba a toda prisa por la pasarela, se me quitó un peso de encima. Saboreé esa sensación de alivio, sentí que por fin recibía una recompensa. Por primera vez, Kauchi se había dado cuenta del rencor que me guardaba en su interior. Me odiaba, y seguiría odiándose a sí mismo por haber cometido la estupidez de pasar una noche conmigo.

Resulta difícil saber quién es más culpable, si el que invita o el que es invitado, aunque sé que no existe una gran distancia entre los dos. Pero Kauchi se había burlado de mí, había sentido lástima por mí, y eso no podía dejarlo pasar. Tenía que obligarlo a dirigir esa lástima hacia sí mismo.

De camino al piso, mi hija y yo echamos a correr, salpicando toda el agua posible. Su pelo se llenó de manchas de barro negro. Mi hija corrió a través del agua sucia que se había acumulado entre la acera y la carretera, riéndose con la boca muy abierta. Yo me adelanté y salté justo frente a ella, salpicando una gran cantidad de agua. Mi hija se cayó hacia atrás y se rebozó en el agua embarrada entre carcajadas.

Cerré el paraguas y la cogí en brazos. Estaba empapada. Seguí caminando despacio bajo la lluvia.

* * *

Al día siguiente empezó una nueva semana de idas y venidas entre la biblioteca y la guardería.

Lo que más temía en esa época era quedarme dormida. Hubo varias ocasiones en que me desperté pasadas las diez. Ya me habían llamado la atención repetidas veces, tanto en el trabajo como en la guardería. «No es que me quede dormida porque quiera», me decía, rencorosa, cuando me lo reprochaban, pero poco a poco empecé a pensar que, si lograba no quedarme dormida, se me perdonaría todo lo demás. Dejé de preocuparme por el comportamiento de mi hija en la guardería o por la forma de lograr que Fujino me concediera el divorcio. Ahora mi único temor

era quedarme dormida. Si Fujino no quería perdonarme, si en la guardería consideraban que mi hija era anormal, se debía únicamente a mi incapacidad de despertarme a mi hora. Nadie confiaba en mí como madre.

Cuando conseguía levantarme temprano por la mañana, pasaba el resto del día de muy buen humor. Y, los días en los que llegaba tarde, escupía el resentimiento que debería haber dirigido contra mí misma sobre mi hija, y la hacía llorar mientras corría de camino a la guardería.

Una tarde, a la salida del trabajo, el tren en el que viajaba atropelló a una persona. Ese día también me había quedado dormida. Cuando llegué a la biblioteca por la mañana, casi a las once, mi jefe Suzui se levantó y chasqueó la lengua. Me puse en guardia, temiendo que fuera a decirme algo, pero se limitó a sentarse de nuevo.

—Alguien se ha lanzado a las vías —comentó un pasajero. Fue en ese momento cuando me acordé de que esa mañana había llegado tarde a trabajar. Me odié por haberme quedado dormida otra vez. Era por eso que pasaban estas cosas al final del día. El tren frenó en seco poco después de haber metido el hocico en la estación. La gente del andén echó a correr, y el interior del vagón se quedó en silencio.

Poco a poco, los pasajeros de los vagones traseros empezaron a avanzar hacia delante. Me uní a la gente y me moví hacia los vagones delanteros. Alguien parecía haber abierto las puertas a la fuerza y los pasajeros iban bajando uno tras otro, algunos porque tenían prisa, otros porque querían sacarle todo su jugo al suceso. Yo era de las que tenían prisa; casi había llegado la hora de recoger a mi hija, pero me acerqué al corro de gente que no paraba de crecer y me quedé inmóvil en un lugar desde el que no podía ver nada. Por algún motivo sentí que no debía marcharme sin más, como si aquello no fuera conmigo. Sentí que no debía alejarme de aquella persona que había decidido arrojar su cuerpo a las vías del tren.

¿Qué sufrimiento, qué tristeza la habría llevado a esto? ¿Cuánto tiempo habría pasado en ese andén, mirando quién sabe qué? Esa persona había estado ahí de pie, sin que nadie advirtiera su presencia. Y ahora que se había arrojado a las vías, ahora que había sido aplastada por las ruedas del tren, ahora que su cuerpo sangraba, tenía a toda esa gente mirando. ¿Qué tipo de dolor se habría apoderado de su ser en ese momento? Yo deseaba conocer ese dolor. Tenía demasiadas ganas de conocer ese dolor.

Aparecieron varios bomberos con su traje de faena plateado y bajaron a las vías. Trajeron una camilla. Temblando de frío, me abrí paso entre la muchedumbre. Estaba tan asustada que solo quería salir corriendo. Pero sentía que aquella persona me estaba observando. Y para corresponderle seguí avanzando, paso a paso.

Llegué al frente de la muchedumbre. Ya se habían llevado la camilla. Entre los dos carriles se extendía un charco de sangre roja, fresca. Me aguanté las náuseas y, encogida, me asomé un poco más. A unos cinco metros de distancia había un zapato de tacón. Amarillo. Un zapato de mujer.

En ese momento el tren se puso en marcha. Hui con pies temblorosos, sin mirar atrás. «¿Quién eres?», pensé.

Pasó una semana y de nuevo llegó el sábado por la tarde.

Recogí a mi hija de la guardería, y en el camino de vuelta anduvimos despacio, tranquilas; de

cuando en cuando perseguíamos a un gato, explorábamos las obras de un edificio, jugábamos a las maquinitas infantiles enfrente de la panadería. Llegamos a una cuesta tranquila que discurría entre una mansión antigua y un bloque de viviendas. Sobre la acera vi unos bultos rojos y mojados, de un rojo muy vivo. Avancé por el camino con la mirada puesta en ellos. Eran unos frutos pequeños y ya maduros que habían caído de una idesia.

Al volver los ojos hacia arriba vi los frutos rojos formando racimos como las uvas, brillando felices contra el cielo azul.

Mi hija cogió del bordillo de la acera una hoja grande de idesia y la lanzó hacia el cielo. La hoja seca apenas danzó en el aire. Cayó enseguida, suave, sobre sus propios frutos. Luego yo también lancé la hoja al cielo. Era un cielo azul, profundo, deslumbrante.

UN CUERPO

Llegué diez minutos antes de la hora a la que me habían citado. Entré en una de las salas de espera que se alineaban a lo largo de la planta y me senté en un banco. En un rincón había dos hombres senescentes que en ese momento abrían un maletín colocado sobre sus muslos y comentaban sus respectivos documentos. Detrás de mí, un hombre joven sostenía en brazos a una niña de unos dos años, y a su lado había una mujer joven con una barriga enorme. Más allá de los susurros que intercambiaban entre ellos, no se oía ningún ruido.

Un lugar al que nunca debería haber ido, un lugar en el que nunca debería haber estado. Intenté retener en la memoria lo que había delante de mis ojos con la mayor precisión posible, como si se tratara de la escena de un sueño. Una escena que podía cambiar de un momento a otro, o simplemente desaparecer. Por eso mismo tenía que haber algo escondido en esa escena, algo que a simple vista no me podía ni imaginar. Cada vez que oía los pasos de alguien caminando por el pasillo aguantaba la respiración y levantaba la cabeza, pero nunca era Fujino. «Ya decía yo», pensaba, y volvía mi vista hacia la gente sentada en la sala de espera.

Si realmente Fujino llegaba a hacer acto de presencia, ¿qué debería decirle? ¿Con qué cara debería mirarle?, pensé, vagamente, en ese momento. ¿Le haría una reverencia más profunda de lo normal y le agradecería que hubiera ido hasta allí? ¿O más bien lo trataría afectuosamente, con el cariño de nuestro pasado en común, y lo recibiría con una sonrisa? «Ah, qué bien, pensaba que no vendrías.» ¿Le diría algo así?

Oí hablar al hombre joven que sostenía a la niña en brazos.

—... Por lo visto está estipulado que los niños casi siempre se queden con la madre. Así que no te preocupes.

La voz malhumorada de la niña se coló entre sus palabras. No entendí lo que decía. La voz de la mujer siguió a la del hombre.

—Pero, al fin y al cabo, depende de ti. Esta niña y el niño que está a punto de nacer son igual de míos.

—Ya lo sé. Pero ¿no ves que he sido como un padre para ella?

—Por eso me preocupa. Porque el amor que siente un hombre por su propio hijo va más allá de cualquier razonamiento.

—¿Por qué no dices que esta niña también es...?

No habían pasado ni dos meses desde que acudí a ese lugar para entregar la solicitud, pero con el tiempo se me olvidó que hubiera hecho tal cosa. Cuando recibí la notificación me quedé

extrañada; no sabía lo que era. Me quedé mirando el documento confundida, con la cabeza ladeada; no me acordaba de que, después de que Suzui me explicara lo que era la mediación, yo, siguiendo sus consejos, o más bien tomando la iniciativa, había ido a toda prisa a ese edificio en el que ahora me encontraba a la espera.

Los dos hombres que estaban sentados en un rincón de la sala se levantaron y se fueron. Una mujer de mediana edad se asomó por la misma puerta y preguntó por mí. Salí rápidamente al pasillo. La mujer, de baja estatura, echó un vistazo a la sala contigua y me susurró al oído.

—No sé qué es lo que pasa. Todavía no ha llegado. ¿Qué hacemos? ¿No le ha dicho nada? Nosotros no hemos tenido noticias suyas.

—Yo tampoco sé nada... Lo siento. —Agaché la cabeza a modo de disculpa. Me imaginé a Fujino apareciendo por el pasillo, obligándome a encontrármelo de frente, y cerré los puños con rabia.

—Bueno, de momento vamos a ir pasando a la sala de mediaciones, aunque él llegue más tarde.

—De acuerdo.

Temía toparme con Fujino ahí mismo, así que me adelanté a la mujer y me metí deprisa en la sala que habían habilitado para la ocasión. A la izquierda del pasillo se sucedían una serie de puertas numeradas, y a la derecha, las salas de espera. Al parecer, había tantas salas de espera como puertas numeradas, para que las personas en conflicto no tuvieran que verse más de lo necesario.

La mujer me abrió la puerta y pasé al interior de la sala. Había una ventana de cristal que dejaba entrar la luz del día, casi en exceso. Al otro lado de un escritorio grande estaba sentada una persona. La mujer de mediana edad que me había acompañado se unió a él y, después de invitarme a tomar asiento, se acomodó en una silla negra giratoria. Yo elegí una de las sillas dispuestas enfrente del escritorio, sonreí de buena gana al hombre mayor y me senté.

—¿Todavía no ha llegado la otra parte? —preguntó el hombre mayor.

—Parece que no.

—Ya lleva cinco minutos de retraso. La falta de puntualidad es un gran problema.

—Lo siento, con lo ocupado que estará usted —dijo la mujer de mediana edad. Yo también me disculpé con la boca pequeña.

—No podemos empezar sin la otra parte, así que no nos queda más remedio que esperar un poco más. En principio estamos obligados a esperar hasta treinta minutos —dijo el hombre mayor, esta vez dirigiéndose a mí.

—¿Ah, sí? Vaya, lo siento.

—Pero si realmente llega treinta minutos tarde supondría un verdadero problema, porque entonces se retrasarían todos los casos que vienen detrás.

—Usted tiene ese otro caso, ¿cierto?

Se pusieron a hablar entre ellos, sin mirarme, interrumpiéndose de vez en cuando. Diez minutos después, la mujer salió al pasillo, buscó a Fujino y volvió a entrar en la sala.

—Esto no está bien.

—No. ¿Qué le habrá pasado? Al menos podría haberse puesto en contacto con nosotros.

—Tendría que habernos avisado de que no pensaba venir. No estaríamos perdiendo el tiempo.

Estas situaciones son muy molestas.

Volví a disculparme ante los dos. Fujino no iba a venir. De hecho, no apareció, tal como anticipé. Entonces me di cuenta de que desde el principio había estado temiendo, deseando en realidad, que Fujino no se presentara en aquel lugar. Me convencí, antes que las dos personas que tenía delante, de que no iba a aparecer, y de pronto sentí que mi cuerpo se reblandecía, relajándose en la silla.

—No sirve de nada que se quede aquí. Vaya a la sala de espera si quiere. La avisaremos cuando sea la hora.

Me apresuré a salir a la sala de espera. Me senté en el banco con las piernas estiradas, despatarrada, y me encendí un cigarrillo. Pasaron cinco minutos, diez minutos, pero Fujino no apareció. Quería irme de aquel edificio cuanto antes.

Volvieron a llamarme a la sala de mediaciones.

—Lo de hoy ha sido una lástima. ¿Quiere continuar con el proceso otro día? —me preguntaron.

Asentí, sin dudar. Ahora que había instado a Fujino a acudir a aquel lugar, ya no podía echarme atrás, fuera o no mi deseo.

—Entiendo. Habrá que ser pacientes y esperar. Ocurre a menudo que una de las partes no se presente cuando se la convoca. A veces aparecen uno o dos años después. Entonces, ¿para cuándo quiere la próxima cita?

Fijé con ellos la siguiente cita, la apunté en mi agenda y salí de la sala. Cerré la puerta, caminé despacio unos cinco metros y eché a correr. No podía dejar de correr. Ese día, por primera vez, me empezaron a temblar las piernas.

* * *

Yo seguía esperando una respuesta de Fujino. Estaba segura de que, después de no haber aparecido en la sala de mediaciones, me llamaría en algún momento. Lo daba por hecho.

Ya había pasado la Navidad y se acercaba el fin de año. Mi hija esperaba con ganas la llegada del Año Nuevo, todavía embelesada con un Papá Noel que le había acariciado la cabeza en la guardería. Empezó a llamar a Fujino «antiguo papá» cada vez que lo mencionaba. Era un truco que había ideado ella sola, sabiendo que mi reacción ante la palabra *papá* era siempre negativa. Desde que dio con esa fórmula, empezó a contarme poco a poco los recuerdos que tenía de él. Yo la escuchaba sin prestarle demasiada atención. Hablaba de su padre como si se tratara de alguien a quien yo no conocía. Y, cuando me contó el día en que la llevó al parque de atracciones como si hubiera sido ayer, de inmediato me sugirió, toda seria, que quizá también podría llevarme a mí, que seguro que decía que sí.

Finalmente, Fujino me llamó el día de paga de la biblioteca. Acordamos vernos al día siguiente en una cafetería. Ninguno mencionó el tema de la mediación.

El día siguiente era también el último día de la guardería. Llevé a mi hija por la mañana y luego fui a la peluquería para lavarme y arreglarme el pelo. Pasé un momento por el piso, me maquillé, y después de tardar un buen rato en decidirme me puse un conjunto que me había comprado nada más separarme de Fujino. Cuando estuve lista, llamé a mi madre. Le pregunté si podíamos pasar

las vacaciones de Año Nuevo con ella. Como excusa le dije que creía que era bueno para mi hija saber cómo se celebra el Año Nuevo en otras casas. Mi madre accedió.

El Año Nuevo anterior había pasado dos noches, desde el día 2, con mi madre. No había vuelto a dormir en su casa desde que me fui a vivir con Fujino, pero aquella vez me quedé para comunicarle que me estaba separando de él y que pronto me mudaría a algún otro sitio. Acosté a mi hija, serví una copa de whisky para cada una y se lo conté, con algo de reparo, mientras mordisqueábamos una cabeza de pescado que ella había preparado. Había sido Fujino quien me había sugerido que pasara las vacaciones de Año Nuevo con mi madre.

—Habéis vuelto. Pensaba que no ibais a volver —dijo Fujino cuando mi hija y yo regresamos a casa. Él se marchó un mes después, y durante el tiempo que tardé en encontrar piso y mudarme en ningún momento llamé ni visité a mi madre.

Me costó encontrar la cafetería en la que había quedado con Fujino y llegué un poco tarde. Él estaba sentado junto a la ventana. Al verme, hizo un amago de levantarse y empezó a sonreír, pero su rictus se quedó a medias. Se ruborizó. Yo le dirigí la misma sonrisa indiferente.

Como había previsto, Fujino empezó por burlarse de mi decisión de recurrir a la mediación.

—Eso es para la gente que tiene tanto patrimonio que se pelea por él, no para alguien que no tiene un céntimo, como yo. Lo siento, pero ya sabes que no puedo pagar ni la guardería.

Yo asentí, pero le expliqué que quería formalizar el divorcio por si en un futuro las cosas llegaban a torcerse.

—Por supuesto —le dije—, si es algo que podemos resolver entre los dos, hablando tranquilamente, no me voy a oponer, pero al final siempre me pueden las emociones, y creo que nunca lograríamos tener esa conversación sin la intervención de un tercero. Además, sería mejor dejar por escrito todo lo que acordemos verbalmente, y por eso solicité la mediación.

Me expresé con ínfulas de abogado, y mientras hablaba examiné la cafetería, como si así pudiera captar algún indicio de la vida que ahora llevaba Fujino.

No era la primera vez que Fujino me llamaba para vernos en una cafetería. Solíamos elegir locales que quedaban cerca de mi piso o de mi trabajo. A veces nos citábamos de noche y yo dejaba a mi hija durmiendo; pero el resultado de la conversación era siempre el mismo. Empezábamos con buena intención, reconociendo que ambos teníamos cosas que reprocharnos, intentando acercarnos poco a poco a los sentimientos del otro, expresando nuestro deseo de encontrar una solución natural y consensuada para la situación. Pero al final ocurría todo lo contrario: nos enzarzábamos en argumentos confusos, y una vez que tropezábamos ya no había vuelta atrás, nos concentrábamos únicamente en protegernos de los sentimientos del otro.

—¿A qué viene ese cambio? ¿Dónde está la mujer que conocí? —me decía Fujino iracundo, culpándome, maldiciéndome, y entonces yo me quedaba callada.

También ese día, lo que empezó siendo una conversación sobre cómo formalizar la disputa en un documento se transformó enseguida en una cuestión emocional; tenía todo el aspecto de que iba a acabar como siempre.

—¿Tan poco confías en mí? —me dijo Fujino—. Tú sí que eres de poco fiar. No sé qué haces llevando el asunto a mediación. Imagínate que voy y les cuento la clase de madre que eres, que hasta invitas a tu casa a alguien como Sugiyama, un exalumno mío. ¿Qué crees que pasaría? La

niña sería para mí.

Me eché a temblar. No entendía cómo sabía lo de Sugiyama.

—Si después de hablarlo llegamos a esa conclusión, no me opondré.

—Mentira. Lo único que te preocupa es que te quite a la niña.

—Sí, por supuesto que sí. Y a ti te pasa igual. Pero si al final te quedas tú con ella tendrás que decirme dónde y cómo la vas a criar.

—Pues tú a mí no me cuentas nada.

Nuestros rostros empezaron a enrojecer.

—¿Qué más quieres que te diga? Sigo llevando la misma vida que conociste. Nada ha cambiado, ni la hora a la que me levanto por las mañanas ni la hora a la que recojo a la niña de la guardería. Lo único que ha cambiado... —No me atreví a seguir.

—Eres tú.

Negué con la cabeza.

—En cualquier caso, no voy a poder quedarme con la niña, esa es la realidad, así que no te preocupes. No es solo que no pueda pagar nada, es que ni siquiera puedo devolverte el dinero que me prestaste. No me queda más remedio que plegarme a tus decisiones. Pero me niego a aceptar tu forma de intervenir y manipularlo todo. A mí también me gustaría quedarme con la niña. Me da mucha rabia sentirme tan impotente. Tú no lo entiendes, no entiendes cómo me siento. Si al menos pudiéramos...

La cara de Fujino se transfiguró y le tembló la voz. Si seguíamos así, acabaríamos igual que siempre. Sentí cómo la energía abandonaba mi cuerpo. Pero, aun así, hablé:

—Yo también... En Navidad, no dejaba de pensar cuánto habríamos disfrutado los tres juntos.

—¿De verdad? Pero si luego no quieres ni acercarte a mí. Vamos, no me vengas con esas.

En ese instante sentí lo mucho que Fujino me odiaba.

Aquella Navidad había sacado nuestro pequeño árbol artificial del fondo del armario. Mi hija y yo lo montamos y lo decoramos hasta que las lucecitas empezaron a parpadear. Mi hija se quedó embelesada con aquel árbol hecho de puntitos de colores, y no quiso apartarse de él. Yo la contemplaba desde la distancia. Para ella, aquello era la manifestación de algo tan bello que en su interior brillaban, cálidas, un sinfín de alegrías, invitándola a disfrutarlas una por una. Era un árbol barato que Fujino había comprado en un supermercado del barrio cuando mi hija tenía un año.

—De momento nos sirve. Seguro que se pondrá a toquetearlo y acabará rompiéndolo. Son bastante caros.

—Aun así, has elegido uno demasiado barato —le dije en broma, observando el árbol.

—Es verdad. De verdad estuve pensando en eso... —le dije ahora, sentada frente a él en la cafetería.

Fujino desvió la mirada.

—... Quiero resolver esto cuanto antes y volver a pasar tiempo contigo. Volver a disfrutar juntos de un domingo. De verdad, eso es lo único que quiero. No entiendo por qué no podemos hacerlo. No lo entiendo, pero... tú solo piensas en la niña. Nunca piensas en mí. Eso es lo que me duele, creo que es eso. No quiero que veas a la niña..., me da miedo que la veas. Me gustaría

dejar de pensar y simplemente disfrutar del momento. No quiero pasarme el día rumiando, forcejeando contigo, decidiendo qué hacer. Me da igual el tipo de persona que seas. No me importa no saber quién eres realmente. Me conformo con que disfrutemos del tiempo que pasemos juntos. Nunca te he pedido nada. Eso es porque no me hace falta. No necesito nada. No te miento. Pero tú solo piensas en la niña. Eso es lo único que me molesta. ¿Lo entiendes? Así que, al menos en lo relativo a la custodia y las visitas, te pido que esperes a que formalicemos las cosas. No estoy diciendo que no la vayas a ver nunca...

Me callé. De pronto me sentí insignificante. Mis dos manos, apoyadas sobre los muslos, empezaron a temblar como si se estuvieran electrocutando. Me pareció que Fujino me decía algo, pero no pude oír nada. Ojalá Fujino olvidara el pasado, ojalá se olvidara de todo lo que había ocurrido hasta entonces. Era así de sencillo. La idea se repitió una y otra vez en mi cabeza. Desde que había empezado a vivir sin él, yo ya no podía identificar al que había sido mi marido con el Fujino actual. No podía. Seguramente esa había sido la transformación que se había dado en mí.

Fujino se levantó y se fue. Yo me quedé sentada en el sitio un buen rato.

Me acordé de la Nochebuena que había pasado con mi hija una semana antes. La recogí en la guardería por la tarde, fuimos directamente a la estación de tren y nos bajamos en la tercera parada, donde había un centro comercial. Como las tiendas ya estaban cerradas, subimos a los restaurantes de la duodécima planta. Al ser la víspera de Navidad, estaba lleno de gente. Me gustó que estuviera tan lleno de gente, necesitaba ver ese ambiente animado y confirmar que mi hija y yo no éramos las únicas habitantes de aquella gran ciudad.

Primero gastamos unas cuantas monedas de cien yenes jugando a las maquinillas, y después de competir ferozmente por lograr la máxima puntuación nos fuimos a comer a un restaurante chino. Como no quedaban mesas libres, nos sentaron junto a una pareja de desconocidas. Eran dos mujeres de unos cincuenta años, cargadas de anillos y pendientes vistosos. Mi hija se quedó mirando a aquellas dos mujeres que tenía enfrente y de repente perdió toda su alegría.

—Hoy vamos a comer muchas cosas ricas. ¿Qué te apetece? —le dije con todo el entusiasmo del que fui capaz, pero mi hija me miró con la cabeza gacha y respondió, desgana, que comería cualquier cosa. Poco a poco yo también perdí el interés en forzar una alegría que no sentía y me puse a beber cerveza pensativa, contemplando el ajetreo del restaurante.

Mi hija no comió mucho a pesar de los platos suculentos que habíamos pedido y pronto empezó a meterme prisa para que volviéramos al piso, pero yo no quería. Prefería quedarme allí sentada el mayor tiempo posible.

—Come un poco más, que está muy rico.

—No está rico. Me quiero ir a casa.

—En casa no nos queda comida. Tienes que comer bien ahora, si no, vas a tener hambre más tarde.

—Ya estoy llena. Vámonos a casa, no me gusta este sitio.

—¿Ah, no? Pues a mí sí me gusta.

Mi hija se enfadó y tiró el plato, todavía con restos de comida, al suelo. El plato resonó con fuerza y se rompió en pedazos.

—Pero ¿¡qué haces?!

Nada más regañarla, mi hija se echó a llorar; sus chillidos retumbaban por todo el local.

—¡Me voy a casa! ¡Me voy a casa!

Tuve que cogerla en brazos y salir corriendo del restaurante. Sin embargo, para cuando llegamos a los ascensores, mi hija ya estaba sonriendo y correteando libremente. No pude por menos que enfurecerme con ella. Fulminé con la mirada a esa niña que ahora forcejeaba para escurrirse de mis brazos. Pero luego me resigné. Al fin y al cabo, ¿quién iba a querer volver a aquel piso salvo ella o yo?

En cuanto nos bajamos del tren y echamos a andar por la avenida, mi hija empezó a quejarse. Esta vez, tenía que hacer caca.

—Aguanta, que queda poco. No puedes hacerlo aquí en la calle.

Tiré de la mano de mi hija y le metí prisa. No tardó mucho en empezar a llorar.

—Se me ha salido.

Como estaba incómoda y no se quería mover, tuve que apartarla a un rincón, quitarle las braguitas, limpiarle el culote y ponerle unas braguitas nuevas que llevaba en mi bolso. Suspiré y me incorporé. En ese momento, vi la silueta de un hombre que caminaba desde una esquina de mi edificio hacia nosotras. Mi hija y yo nos quedamos mirándolo un rato. De pronto, la silueta se desmoronó sobre la carretera y empezó a emitir sonidos que ni eran grito ni eran llanto.

—Ese señor está llorando —me susurró mi hija apretándome la mano.

—Lo está pasando mal, tan mal que no puede soportarlo —le dije yo, también entre susurros.

—Entonces cúralo, mamá.

—¿Yo?

—Sí —dijo mi hija sin apartar la vista de la silueta.

Miré a mi hija y me mordí los labios. Tiré a la basura la braguita sucia que tenía en la mano y me acerqué al hombre. Me llegó el olor de las cosas que se expulsan por la boca, y como todavía tenía el olor de la caca de mi hija pegado a la nariz sentí un ligero mareo. No obstante, me arrimé a la silueta y me agaché.

Estaba lamentándose en voz baja. Le froté la espalda. No era más que un simple borracho, pero aquella espalda era grande y cálida. Tenía un cuerpo sólido y pesado. Sus orejas estaban rojas, como a punto de arder en llamas. Mi hija también alargó su brazo, y entre las dos continuamos frotándole la espalda, a cuatro manos. Me pregunté de dónde habría salido. No llevaba ni abrigo ni jersey. El acto de frotar ceremoniosamente la espalda de un desconocido me envolvió en una especie de experiencia mística, casi milagrosa. Tuve la sensación de que llevaba horas frotando aquella espalda, pero quizá fuera solo un momento.

De pronto, de una forma totalmente inesperada para nosotras, que estábamos absortas frotando y frotando, la espalda se apartó y el cuerpo se estiró. El hombre se levantó. Mi hija y yo nos quedamos mirando sus movimientos, boquiabiertas. De espaldas a nosotras, sin mostrarnos su cara en ningún momento, el hombre echó a andar hacia la estación haciendo esos, con los hombros hundidos de puro malestar.

—Ese señor... se ha curado. ¡Se le ha pasado el dolor! —exclamó mi hija con satisfacción. Yo la abracé y respiré hondo. El hedor todavía me flotaba en la nariz.

—Qué bien, ¿verdad?

Seguimos caminando juntas, cogidas de la mano. Las dos teníamos las manos todavía calientes de la fricción.

Vi que algunas estrellas brillaban en el cielo y se las señalé a mi hija.

—Mira las estrellas.

Entonces recordé que, cuanto más frío hace, mejor se ven.

Después de Año Nuevo, volví a sentarme en la sala de mediaciones. Frente a mí tenía las mismas caras que la vez anterior. Esperé diez, quince minutos mientras contemplaba el edificio alto que se veía por la ventana. También ese día el cielo estaba claro y hacía un calor sofocante dentro de la sala.

LA SUPERFICIE DE LA TIERRA

Seguía montada en el tren. Era un domingo por la tarde. Mi hija no estaba a mi lado.

Al principio me puse a contar las paradas, anotándolas mentalmente cada vez que el tren se detenía. Cuatro, cinco, como si estuviera armando una torre con piezas de construcción. Pero no tardé en destruir esa torre con mis propias manos.

Quise convencerme de que en todo momento había tenido la intención de quedarme en el tren indefinidamente. Pero no lograba sacudirme el malestar de encima. No podía soportar la sensación de que, tarde o temprano, alguien en el vagón descubriría que yo era un fraude. Hasta que no me decidiera a bajar, el tren seguiría avanzando, transportándome a lugares cada vez más lejanos. Aquella obvedad me rondaba la cabeza sin parar, pero yo seguía sin levantarme del asiento. Me daba vergüenza que los demás pasajeros se dieran cuenta. No era que quisiera irme lejos. Simplemente me aferraba a ese asiento que me calentaba los pies y el cuerpo entero mientras pensaba «un poco más, un poco más» perezosamente, como si estuviera muy cansada.

La mujer mayor que sesteaba a mi derecha dejó caer la cabeza sobre mi hombro. Me había entregado no solo su cabeza, sino todo el peso de su cuerpo. Quizá, si empujaba ese cuerpo en silencio, tratando de recolocararlo, lograría despertarla. O quizá, aunque no se despertara, la mujer cambiaría de postura. Pero me limité a seguir aguantando su peso con mi cuerpo rígido y tenso. Sostenerla sin que yo misma me inclinara no era tarea fácil. Seguramente, si me apoyaba en ella y reposaba mi cabeza contra la suya, dormiríamos las dos muy a gusto, como madre e hija. Al final en vez de eso opté por evitar mirar a la mujer y hundir mis ojos en el periódico deportivo que leía el hombre sentado a mi izquierda.

Mi empeño en sostener el peso de la mujer no era más que un intento de huir de mi propia incomodidad. Pero ese peso que emanaba calor era también el mío, y no pude evitar sentir cierta ternura.

En una ocasión, durante mi adolescencia, me quedé dormida sobre el hombro de alguien. No fue el típico sueño ligero en el que la cabeza y el cuerpo se tambalean una y otra vez. Fue un sueño profundo y placentero. Me desperté con unos golpecitos suaves en la cabeza, y entonces me di cuenta de que había estado utilizando el hombro de alguien como almohada. Me decepcionó saber que la placidez de mi sueño se debía a una razón tan sencilla. Me enderecé enseguida y miré a la persona que tenía al lado mientras balbuceaba una disculpa. Mis ojos se encontraron con un joven que sonreía sin disimulo, como si se estuviera divirtiendo a mi costa. Me volví a disculpar vagamente, pero el muchacho se levantó riéndose y se bajó del tren. Yo seguí su espalda con la

mirada, y sentí una mezcla de amor y vergüenza y entusiasmo por aquel joven que había estado sosteniendo el peso de mi cuerpo.

No puedo recordar ni la cara del muchacho ni la edad que tenía yo, pero sí me acuerdo del sentimiento que presionaba mi pecho.

Cuando era más pequeña, también solía gozar de esa sensación en mis sueños.

Fue en una época en la que todavía no entendía que la muerte de mi padre había sucedido de verdad. Sabía que probablemente no volvería a verlo en este mundo, pero, como su habitación seguía tal cual la había utilizado, yo creía que él continuaba viviendo allí, aunque no lo pudiera ver. Fui una niña que nació para sustituir la existencia de su padre.

En mis sueños, me adentraba en esa habitación una y otra vez. Siempre había un hombre sentado de espaldas a mí. En algunos casos aparecía sentado sobre un colchón que llevaba mucho tiempo extendido sobre el suelo, y en otros lo veía en el centro de la habitación, con aspecto de estar pasando frío. Yo me acercaba, miedosa, a esa espalda y me abrazaba a ella por detrás, entregándole todo el peso de mi cuerpo. El hombre se ladeaba y caía sobre el tatami, inexpresivo como un muñeco. También había ocasiones en que no importaba cuánto presionara mi cuerpo contra el suyo: él permanecía inmóvil como una roca. Pero de vez en cuando reaccionaba como una persona viva. Yo me apoyaba en él y sentía su calor blando. Su espalda se inclinaba ligeramente hacia delante bajo el peso de mi pequeño cuerpo y él giraba la cabeza, como si intentara mirarme.

Siempre me despertaba en ese momento, incapaz de soportar la idea de que solo fuera un sueño. Un miedo terrible me arrebatava la luz de mis ojos y la fuerza de mi cuerpo. Aquel hombre no podía estar vivo ni en mis sueños, era algo prohibido: a los vivos no les está permitido encontrarse cara a cara con un resucitado, pues, al volver a sentir el calor del muerto, los vivos pierden aquello que más les importa.

A mí me embargaba el miedo, me quedaba agarrotada por la terrible sensación de estar cayendo en la oscuridad de un mundo donde no había nada. Todavía era una niña, y aquella era la peor de mis pesadillas. Pero al mismo tiempo encontraba cierto placer en ellas, un cierto disfrute de lo terrorífico que me provocaba un sentimiento de culpa ineludible. En ese calor, en esa blandura que creía que nunca podría palpar, había una felicidad tan deslumbrante como un relámpago. Era incapaz de distinguir el miedo de la felicidad. Solo tenía cuatro o cinco años.

Sugiyama tampoco apareció ese domingo. Ya me había acostumbrado a sus visitas dominicales. Solo había venido tres veces, pero a esas alturas me resultaba imposible pasar el domingo con mi hija sin acordarme de él. Tampoco es que lo esperara. Ni él había hecho ninguna promesa ni yo le había confirmado mi disponibilidad. Si el teléfono no sonaba a lo largo de la mañana, ya sabía que no iba a venir. Se acercaban los exámenes finales, y con lo mucho que le preocupaba graduarse seguramente no estaría en condiciones de pasar la tarde con nosotras. Y, si tenía tiempo libre, sin duda necesitaría reservárselo para él. Ya vendría, cuando pudiera, a jugar con mi hija otra vez. Entonces yo lo recibiría, cariñosa y risueña, como a un hermano pequeño algo caprichoso.

Sin embargo, tampoco podía escapar de la angustiada idea de que, dada su juventud, quizá se

olvidaría de nuestros domingos y ya no volvería a visitarnos. Era todavía un estudiante. Le quedaban demasiadas cosas por descubrir en la vida. Y, si había pasado algunos domingos en mi casa, era precisamente porque a sus veintitrés años se seguía refugiando en los brazos de sus padres, incapaz de hacer un solo amigo con el que salir a beber.

A pesar de ese carácter suyo, disfrutábamos de lo lindo con él, comprando en el supermercado, cocinando platos originales, jugando a pisarnos las sombras en el parque o al pillapilla o paseando sin rumbo. Un día hasta fuimos al zoo. Pero cuando más nos relajábamos los tres era a la hora de la siesta. Mi hija se tumbaba encima de la barriga de Sugiyama, o bien le cogía la cabeza, se la colocaba en su regazo y le cantaba una nana, o le contaba un cuento, o le pedía que le leyera un libro y que cantara cualquier canción que conociera. Sugiyama le seguía la corriente, somnoliento, y yo me quedaba mirándolos sumida en un sopor placentero. A veces Sugiyama y yo competíamos por explicarle a mi hija tal o cual juego infantil con el que nos solíamos divertir de pequeños. *Ohajiki*, las cartas *menko*, piedra, papel o tijera con los pies, el juego de los fantasmas... No era más que eso. Si de vez en cuando lo abrazaba, era solo para que los dos durmiéramos más a gusto.

Solía venir al mediodía y se marchaba antes del anochecer.

El domingo anterior también había estado esperando a Sugiyama. Cada vez que salía con mi hija a comprar algo dejaba una nota en la puerta, y, cuando volvía deprisa para no hacerlo esperar, me encontraba con que Sugiyama no estaba y la nota seguía en el mismo lugar. Mientras lavaba la ropa, mientras la tendía en la azotea, mientras limpiaba a mi hija en el cuarto de baño, estuve todo el rato pendiente de si llamaba a la puerta. Al final, irritada de tanto esperar, regañé a mi hija sin motivo, hasta tal punto que abrió la puerta e intentó huir de mí. Yo la agarré y la volví a meter dentro. Entonces mi hija empezó a golpearse la cabeza contra la pared, llorando y chillando, y cuando la cogí en brazos empezó a tener convulsiones de rabia. Su cara blanca se tiñó de púrpura y le empezaron a castañear los dientes. En ese mismo instante decidí olvidarme de Sugiyama y recosté a mi hija sobre el tatami. Le refresqué el pecho, y cuando se hubo tranquilizado la saqué a la calle.

Con la llegada del nuevo año mi hija había empezado a sufrir ataques de histeria. Era cierto que me sonreía con más frecuencia, y aunque seguía llorando por las noches también estaba empezando a comer con más apetito. Pero había momentos en los que de repente la poseía la rabia por motivos que a mí me parecían más bien nimios. La llevé al médico y nos recetó una medicación. También lo consulté con una madre de la guardería que era enfermera en el hospital universitario y con la que solíamos quedar en familia cuando Fujino y yo vivíamos juntos. Me alegró saber que mi hija no había sufrido ningún ataque violento en la guardería. Podía soportar que se enteraran las maestras, pero Fujino, al que yo seguía pidiendo insistentemente que acudiera a la sala de mediaciones, no podía descubrirlo bajo ningún concepto. Seguía sin responder a mis llamadas. La tercera cita en el juzgado se había pospuesto un mes, y en ese tiempo quería hacer todo lo posible por ablandar la rabia endurecida que a veces dominaba a mi hija.

Yo intuía que Fujino, incluso si no se pronunciaba con respecto a otros temas, me interrogaría acerca de su salud. Y se suponía que yo respondería que nuestra hija estaba bien y contenta. Quería reducir al máximo la ansiedad que iba a tener que ocultar en ese momento. Porque era

seguro que, si Fujino se enteraba de la realidad, me atacaría con una fuerza hasta entonces desconocida, apretaría a mi hija contra su pecho, negándose a soltarla, y empezaría a aparecer por el piso con demasiada frecuencia. Entendía que era inevitable que me culpara, y si tomar la costumbre de pasarse por mi apartamento para abrazarla podía ayudar aunque fuera un poco a calmar su ira, también estaba dispuesta a aceptarlo. Pero tenía la sensación de que no haríamos más que agravar la insatisfacción de mi hija. Porque eso era lo único que Fujino podía ofrecer ahora que su vida giraba en torno a nuevas relaciones: acercarse a abrazar a nuestra hija de vez en cuando mientras él seguía viviendo su vida y exigiéndome que me plegara a sus necesidades. Fujino ya no podía recuperar a su hija ni volver a vivir con nosotras. Y yo estaba lejos de poder pedirle que se planteara, aunque fuera por un momento, si él no tendría algo que ver con la rabia de nuestra hija. Ojalá hubiera podido pedírselo. Lo sentía mucho por ella.

Fujino le había hablado a la enfermera de nuestra separación en una época en la que yo todavía no quería tomarme el asunto muy en serio; le había pedido que cuidara de nosotras porque él y yo nos íbamos a separar. Atónita, ella quiso saber más. Al parecer, Fujino le explicó, muy jovial, que él se iría a vivir a otro lugar y que visitaría a nuestra hija los domingos. Cuando ella le preguntó por el tema económico, él le explicó que había decidido separarse de mí porque no tenía dinero ni para mantenerse a sí mismo, y que por lo tanto era impensable que pudiera mandarme nada a mí. Por lo visto, como a ella le pareció que aquella historia no tenía ni pies ni cabeza, le dijo lo siguiente:

—Sí, qué fácil, ¿no? Yo también, si todo el mundo lo aceptara de buena gana y me recibiera con una sonrisa, haría lo mismo, sin duda. Pero las cosas no funcionan así.

En aquel momento, la enfermera me informó de esta conversación, y eso me ayudó mucho un año después, cuando me vi obligada a explicarle los espasmos de mi hija.

La mujer habló con varios médicos y otras enfermeras, y dos o tres días después me dijo que, por lo que había visto y oído hasta entonces, pensaba que quizá debería dejar a mi hija en su casa de vez en cuando. No es que fuera a hacer nada especial con ella; las niñas simplemente se dedicarían a jugar, o a ir a los baños públicos y cenar, porque en cualquier caso eran muy amigas en la guardería también, y su casa no era un lugar extraño para ella, y además para los padres incluso sería una ayuda, porque así su hija se entretendría jugando; el resultado solo podía ser positivo.

—Pero si mi hija ya juega mucho en la guardería... —susurré, confundida.

—No es lo mismo jugar en la guardería que en una casa —me dijo ella—. Seguramente estará nerviosa. Si le proporcionas alguna manera de pasar el rato sin tener que pensar en nada, en una casa y no en la guardería, puede que se estabilice con bastante facilidad. Al fin y al cabo, es una niña pequeña. Creo que quizá le vendría bien alejarse de ti durante un rato. No se trata de que los padres sean buenos o malos, sino de que ella necesita relajarse jugando. Eso es lo que pienso...

Mi hija empezó a pasar la noche en su casa cada cuatro o cinco días. Cuando le pregunté cómo había ido, la enfermera me dijo que, lejos de mostrarse triste, mi hija había estado tan eufórica que les había costado dormirla, y que a ella la llamó «mamá», y que a su marido lo llamó «papá», y que les pedía las cosas sin timidez, y que incluso trató de apartar a la verdadera hija cuando se subió a los hombros o a las rodillas de «papá», y que por la noche solo lloró una vez.

Esa casa se convirtió, también para mí, en una luz que resplandecía dentro de la ciudad.

En aquella ocasión en la que le provoqué el ataque de histeria a mi hija, irritada después de haberme pasado el día entero esperando a Sugiyama, eché a andar, inconscientemente, hacia esa casa. Mi hija reconoció enseguida nuestra ruta y su expresión cambió de forma radical, casi increíble. Se puso a sonreír y me tiró del brazo, pidiéndome a gritos que avanzara más rápido.

A pesar de lo repentino de nuestra visita, la enfermera y su marido invitaron a mi hija a quedarse a dormir, y a mí me ofrecieron una cena abundante. Estaba tan desesperada que no podía permitirme rechazar la invitación. Solo pude sentir el alivio de haber sido rescatada.

El domingo siguiente Sugiyama tampoco apareció.

No paraba de repetirme que ya nunca volvería a esperarlo de nuevo. Mi hija se había quedado a dormir otra vez en casa de la enfermera el sábado por la noche. Consideré el hecho de haber dejado a mi hija en casa ajena como la prueba de que ya no pensaba en Sugiyama. Sin embargo, el domingo por la mañana me descubrí a mí misma pendiente de los pasos que subían por las escaleras, a la espera de que llamaran a la puerta. Y cuando realmente llamaban a la puerta mis latidos se aceleraban y yo corría a abrir. Pero solo era gente que venía a cobrar la suscripción del periódico o a hacer campaña para alguna asociación benéfica.

A mediodía llamé a casa de la enfermera. Me dijo que mi hija no se quería ir bajo ningún concepto y que volviera a llamar a la una. Sin saber muy bien qué hacer, cumplí con la limpieza semanal y llamé de nuevo. Pude oír, al otro lado de la línea, el llanto de mi hija entremezclado con la voz de la enfermera intentando persuadirla. Finalmente la enfermera volvió a ponerse al teléfono y me dijo que mi hija no se quería marchar de ninguna de las maneras, que qué podíamos hacer, que ellos no tenían ningún plan y que no les suponía ninguna molestia quedarse con ella un poco más.

—En ese caso..., ¿os la dejo un poco más? —le dije, dubitativa.

—Claro. Que se quede hasta las cinco —repuso ella.

Me metí la cartera en el bolsillo del abrigo y salí a la calle. El enfado que sentía hacia mi hija me tenía abrumada. Me daba asco a mí misma por estar resentida con una niña de apenas tres años, y por pensar en ella como si fuera una presencia detestable que me miraba por encima del hombro. Conocía de sobra las razones por las que no quería volver a casa, pero no entendía cómo una hija podía odiar a su propia madre, y esa estúpida rabia me asfixiaba.

Me dirigí a una estación cercana, compré un billete y me subí al tren con la idea de ir a un hipermercado situado en la siguiente parada. Pero, una vez que me senté, dejé pasar una estación, y luego otra, y ya no me levanté.

La mujer que dormía a mi lado con su cabeza sobre mí se despertó de repente en la penúltima parada y, sin siquiera mirarme, se bajó corriendo del vagón. Yo me levanté del asiento en la última parada. Consulté la hora en el reloj de la estación. No eran más que las tres.

Estaba en la provincia vecina, en una ciudad con un gran puerto que había visitado fugazmente de pequeña. Atisé un mástil desde el andén.

Fui a preguntar desde dónde podría ver bien los barcos. Luego salí de la estación y eché a andar siguiendo las indicaciones que me dieron. Caminar en sandalias y sin equipaje me hizo

sentirme dueña de la ciudad. Era muy agradable.

Llegué a un parque que estaba sobre un terreno elevado. El puerto quedaba a la izquierda. Avancé hasta el extremo más próximo al puerto, y desde esa esquina me puse a contemplar todos y cada uno de los barcos fondeados. Seis grandes buques extranjeros, dos pequeños cruceros. También vi un barco de color rosa que en ese momento se alejaba del puerto, cubierto por una especie de niebla blanca que parecía nacer de la superficie del agua y emborronaba el paisaje.

Clavé los ojos en esa silueta velada de color rosa. La silueta se fue estrechando poco a poco. Era de un rosa pálido y sobrio, tan pálido que parecía levitar sobre un mar de calamina.

La silueta se convirtió en un punto diminuto y se fundió con la luz apagada del mar. Entonces sentí un escalofrío y solté el aire que había estado reteniendo. Volví la vista hacia los buques extranjeros, pero ya había perdido todo el interés. El punto rosa continuaba adherido a mi retina como un insecto.

De espaldas al puerto, recorrí el parque con los ojos y encontré una cabina telefónica. Corrí hacia ella, recordando de pronto que había querido hacer un par de llamadas desde que llegué.

Primero llamé a Sugiyama. Fue su madre quien atendió la llamada, y me pasó a Sugiyama con bastante antipatía. Sugiyama también sonaba distante, acaso pendiente de los oídos de su madre.

Empecé a hablar atropelladamente:

—Si no te lo digo ahora, ya no te lo voy a decir nunca, así que... A lo mejor te molesta, pero tenía que llamarte. ¿Sabes qué? Tienes que salir corriendo, volando de ese lugar. En realidad, eso es lo que quieres, ¿no? Te conozco desde que eras adolescente, sé que quieres irte... He estado pensando. Es verdad que no te puedes ir así como así. Sobre todo tratándose de ti, tienes que pensarlo seriamente. ¿No te parece? Porque no terminas de superar tu complejo de inferioridad. Pero creo que ya va siendo hora. Si te quedas más tiempo con tus padres te vas a volver tonto de verdad... No tienes que sentirte obligado a quedarte. Que sean tus padres no quiere decir que te vayan a proteger. Te han estado haciendo daño desde que eras pequeño, y precisamente por esas heridas que te infligieron tienen que continuar haciéndote daño. Los padres son solo padres, no son nadie especial. Hay padres a los que hay que abandonar por el bien de uno mismo. Que no te engañen con el pretexto de que son tus padres. Así que, de momento, ven a mi casa. Yo te alquilo una habitación. ¿Te acuerdas de esa habitación pequeña que da al este? Te la dejo libre. Yo también me sentiré más tranquila si estás en el piso, y mi hija se pondrá muy contenta, habrá muchas cosas en las que me podrás ayudar, solo tendrás que pagarme un pequeño alquiler. En realidad, no me importa que no me pagues, pero si es gratis seguro que te da apuro... ¿No? ¿Lo hacemos así? Nos lo pasaremos muy bien. Compartiremos piso y haremos convivencia. Siendo tú y yo, será fácil. Lo pienso de verdad. No es broma. Nos complementamos bien, creo que podríamos intentarlo... Piénsatelo. Puedes venir en cualquier momento, no me importa cuándo... Pero dime algo. Puede que no te vuelva a surgir una oportunidad como esta. Dime, ¿cuándo vas a venir?

—Lo siento, pero eso que dices no tiene nada que ver conmigo —dijo Sugiyama, y colgó el teléfono.

Levanté la mirada y contemplé durante un rato la luz blanquecina del mar. A continuación marqué el número de la casa donde estaba mi hija. Cuando me pasaron con ella, le dije:

—Todavía no es hora de recogerte, pero hay algo que te quiero contar cuanto antes... ¿Hola? ¿Me oyes? Hay un barco. Sí, bar-co. Un barco rosa. Lo he visto antes... Sí, de verdad. Un barco rosa. Lo he visto de lejos... La próxima vez quiero que vengas conmigo a verlo. Te va a encantar, ya verás. Porque... es un barco en el que deberíamos estar subidas tú y yo.

Mi hija me decía que sí con la voz clara, intercalando exclamaciones de asombro. Aparte de su voz no se oía a nadie detrás, ni siquiera el ruido de objetos. Tuve la sensación de que en el universo que existía al otro lado de la línea había desaparecido todo excepto mi hija. Me la imaginé flotando sola sobre la superficie del agua, agarrando con las dos manos un teléfono que le quedaba demasiado grande, presionándolo contra su oído. Sentí que la paz colmaba tanto mi cuerpo como la distancia real que me separaba de mi hija. Seguí hablándole entre lágrimas.

LLAMAS

También esa tarde me topé con un funeral en el camino de la estación a la guardería. Era en una clínica oftalmológica en la que me habían tratado alguna vez. Varias coronas de flores rodeaban la entrada principal del edificio de una única planta, y por la puerta que habían dejado abierta pude ver las cortinas funerarias que cubrían las paredes hasta el fondo de la clínica. El funeral debía de haber concluido ya. No quedaba nadie en la entrada.

La clínica pertenecía a un médico viejo y malhumorado. No parecía tener ni enfermeras ni auxiliares, y apenas pacientes. En las salas de consulta tenía montones de cajas de medicamentos dispuestas sin ningún orden, y el suelo estaba inclinado. Supuse que era el funeral de aquel médico, pero no estaba segura. Quise entrar y preguntar quién había muerto, pero la realidad es que ni siquiera me detuve frente a la clínica.

Por esa época me encontraba a menudo con la muerte de otra gente. No recuerdo claramente cuántos funerales vi por la calle. Ahora que lo pienso no me parece posible que fueran tantos, pero en aquel momento yo tenía la sensación de que siempre me esperaba la muerte de otras personas al final del camino. Y no podía evitar preguntarme qué era lo que me quería transmitir esa muerte que aparecía una y otra vez delante de mí.

Eran días de clima inestable, de un invierno que intentaba convertirse en primavera. Tan pronto como empezaba a soplar un viento caliente y airado, caía una nevada. Era una época en la que los enfermos eran más susceptibles de morir. Mi barrio era antiguo y estaba lleno de ancianos que vivían solos. Probablemente por eso había tantas muertes. En realidad, el número de muertes en el barrio habría sido el mismo hubiera estado yo allí o no. Tenía que ser así. Sin embargo, cada vez que un muerto se cruzaba en mi camino yo me empeñaba en pensar que estaba relacionado conmigo. «Acabo de dejar morir a otro», me decía.

Primero murió una persona en la floristería que había enfrente de mi edificio, a un lado de la carretera. Era el dueño de la tienda. La asociación de vecinos puso una carpa frente a la entrada. Fue un funeral grande, con muchas coronas de flores. Apenas una semana después volvieron a abrir la tienda. Mi hija y yo vimos frente a la puerta a una mujer de mediana edad que debía de ser la hija del dueño; tenía los ojos rojos, seguramente de haber estado llorando hasta hacía unos momentos.

A continuación murió el anciano de la barbería de al lado, que ya estaba jubilado. Durante varios días mi hija y yo tuvimos que entrar y salir de nuestro edificio sorteando las coronas de flores.

Luego, en una casa cerca de la guardería vi otro funeral, y en ese momento me pregunté por primera vez si no empezaban a ser demasiados. Sentí un escalofrío.

Las muertes continuaron sucediendo. Por esa misma época también murió mi antiguo jefe, Kobayashi. Llevaba casi un año entrando y saliendo del hospital debido a su cirrosis. Fue Suzui, su sustituto, el que me dio la noticia una mañana cuando llegué a la biblioteca. Ese día Suzui asistió al funeral de Kobayashi con una caja de incienso en la que escribió mi nombre junto al de más gente.

—El funeral ha estado bien, ha sido pequeño y tranquilo —me dijo cuando volvió por la tarde—. Pero sus circunstancias personales debían de ser complejas. Había dos mujeres que parecían sus esposas y no he sabido muy bien a cuál de ellas darle el pésame.

No sentí ninguna pena por la muerte de Kobayashi. Estaba demasiado embargada por la sorpresa y el miedo. Empecé a pensar que todas aquellas muertes eran una señal.

Pasaron los días y seguí encontrándome con más funerales.

Fue por esa época cuando un catarro me obligó a pasar unos días en cama. Llevaba encontrándome mal desde por la mañana, pero por la noche, en la cocina, llegó un momento en que ya no pude sostenerme en pie. Me tomé la temperatura. Tenía más de 39 de fiebre. Metí los pies bajo la manta del brasero en el cuarto de seis tatamis y le dije a mi hija:

—Mamá se ha puesto malita. No puedo hacer nada. ¿Qué hacemos contigo? ¿Llamamos a casa de Mi-chan y le pedimos a su papá o a su mamá que te venga a buscar? Te puedes quedar a dormir allí, como siempre...

Me refería a la casa de una amiguita de mi hija en la que se quedaba a dormir una vez a la semana. Fueron los padres los que me lo sugirieron, para que mi hija tuviera un respiro, y con el tiempo se convirtió, tanto para ella como para mí, en un lugar imprescindible. Mi marido Fujino tampoco se había presentado en la tercera convocatoria para la mediación del divorcio. Dejé de recibir sus llamadas y sus cartas. Ni siquiera lo veía ya merodeando en los entornos de mi hija. Fueron días sin sobresaltos, incluso aburridos. Sin embargo, yo me encontraba muy perdida. Sentía mi cuerpo rígido, envuelto en una especie de miedo. En respuesta a la tensión de su madre, a mi hija le sobrevenían ataques de histeria.

Desde el principio mi hija se había mostrado entusiasmada con la idea de dormir lejos de mí. Era yo la que sentía cierta ansiedad al respecto y hubo varias ocasiones en que me eché a llorar dormida, soñando que perdía a mi hija en la ciudad. Pero poco a poco me fui relajando, aprovechando para dormir mejor y más profundamente durante esas noches en las que no estaba ella. Empecé a sugerirle que fuera a dormir a casa de Mi-chan más a menudo. Por supuesto, mi hija no ocultaba su alegría.

—Quiero ir a casa de Mi-chan, quiero ir a casa de Mi-chan —canturreaba al tuntún.

Cuando le preguntaba si yo también podía ir, me decía que sí, toda contenta.

—Sí, ven tú también, mamá, y cenamos juntas allí.

Entonces a mí también me entraban ganas de bailar y cantar con ella.

—¡Mañana vamos a casa de Mi-chan!

Cuando me di cuenta de que tenía más de 39 de fiebre y no podría ir a trabajar al día siguiente, mi reacción inmediata fue la de recurrir a esa casa. Esto era algo que no le podía contar a mi

madre, que vivía tan cerca. Tampoco le había dicho nada más sobre Fujino. Quería que pensara que todo iba bien, que mi hija y yo llevábamos una vida alegre y saludable. Quería transmitirle a mi madre lo mismo que intentaba transmitirle a Fujino.

—No pasa nada. Hoy me quedo con mamá. No voy a casa de Mi-chan. Estás malita, ¿no?

Ese día mi hija no reaccionó con su habitual entusiasmo ante la idea de visitar a Mi-chan. Sorprendida, volví a preguntarle.

—¿Estás segura? Pero si es la casa de Mi-chan... Es que ni siquiera sé si podré llevarte mañana a la guardería... Entonces tendrías que faltar.

—No pasa nada. Mamá, ¿estás malita?

Mi hija examinó mi cara y me volvió a hacer la misma pregunta. Parecía impresionada ante la idea de que su madre pudiera estar enferma. Asentí, cogí su mano y la acerqué a mi mejilla.

—Qué caliente. Estás malita de verdad.

Sus ojos brillaban. De nuevo mi hija llevó su mano a mi mejilla, luego a mis labios, a mi mano. Empezó a ponerse colorada de la conmoción.

Me levanté un momento para darle un trozo de pan, leche y salchichas. Después me hundí en el colchón que tenía extendido en la habitación de dos tatamis y me quedé dormida.

Me desperté a medianoche. Tenía en la frente un trapo empapado. Mi hija estaba acurrucada sobre el colchón, aún vestida. La luz del cuarto y la tele seguían encendidas.

Nos pasamos todo el día siguiente en el piso. Yo me dormía a ratos mientras mi hija me secaba la cara con una toalla, me ponía el termómetro, me traía agua en un vaso y me lo acercaba a la boca mojando el tatami, o mientras veíamos la tele y ella también se quedaba dormida sobre mi brazo. Sorbimos un arroz caldoso entre las dos. Esa misma noche mi hija tuvo casi 40 de fiebre. Esta vez me tocó a mí ponerle una toalla mojada en la frente y secarle el sudor del cuello y del pecho.

A la mañana siguiente mi fiebre había bajado; solo tenía unas pocas décimas. Cargué a mi hija sobre la espalda y fuimos al médico a que nos viera y nos recetara unas medicinas. Volvimos al piso, nos tomamos la medicación y pensé en volver a salir para comprar algo, huevos y leche aunque fuera, pero nos quedamos dormidas.

Pasó otro día y por fin le bajó la fiebre a mi hija, pero entonces llegó la diarrea que siempre viene en la última fase del catarro. Aunque le puse pañales, cosa que ya había dejado de usar, mi hija no pudo evitar manchar las mantas y su propio cuerpo. El olor, mezclado con la fiebre, le dio a la habitación un aire caliente y extrañamente acogedor. Hacía tiempo que no lavaba pañales, pensé, absorta, todavía atontada por la fiebre. De pronto me di cuenta de que aún era sábado. Podía descansar tranquilamente un día más sin tener que depender de nadie. La nevera llevaba vacía desde el día anterior. Por la tarde salí a hacer la compra mientras mi hija dormía. Leche, huevos, verdura, plátanos. Me acordé de cuando mi hija era todavía un bebé y yo cortaba y aplastaba el plátano con el tenedor hasta que se hacía una papilla y se lo daba de comer. Pero no pude recordar cómo de pequeño era su cuerpo por aquel entonces.

Esa noche, por primera vez en tres días, mi hija y yo nos lavamos con agua caliente que puse a hervir en la cocina. Primero le limpié la cara, el cuello y las manos, luego el pecho y la espalda, y cuando le entraron cosquillas y quiso escaparse la sujeté con la mano izquierda y le lavé con

cuidado la parte inferior del cuerpo. Cambié el agua y me desnudé de cintura para arriba, consciente de que mi hija me observaba. Me pasé la toalla caliente por el cuello y los brazos. Cuando llegué al pecho, mi hija alargó, temerosa, su brazo hacia mi pezón. Detuve mis manos y esperé a ver qué hacía. Mi hija cogió mi pezón entre sus dedos, pero enseguida retiró la mano y se empezó a reír. Sentí unas cosquillas inesperadas y de inmediato me tapé el pecho con los brazos.

—¿Puedo otra vez? —me preguntó levantando la cabeza cuando terminó de rodar por el colchón entre carcajadas. Dudé un momento, pero le dije que sí. Mi hija volvió a coger mi pezón entre sus dedos y apretó cada vez con más fuerza, como intentando aplastarlo.

—¡Ay! ¡Que se me rompe si haces eso!

Me aparté de mi hija de un salto. Más que dolor, sentí grima. Era la misma grima que sentí cuando mi hija recién nacida succionó mi pezón por primera vez. Era una grima de la que emergía un placer sutil.

—¿Te duele? —preguntó mi hija asqueada, examinando el pezón.

—Claro que duele. Si se rompe, ya no vuelve a crecer.

Me apresuré a ponerme el pijama. Me pareció que mi hija estaba a punto de descubrir que aquello me daba grima, y no quería que eso ocurriera.

—No pasa nada, seguro que vuelve a crecer.

—Claro que no vuelve a crecer. Igual que ya no hay teta. La leche no vuelve a salir.

—¿Ya no hay teta?

—Ya no. Mamaste mucho de pequeñita.

—Quiero teta ahora. —Los ojos de mi hija volvieron a brillar.

—Que no, que ya no sale nada.

Me levanté entre risas y me fui corriendo a la cocina. Sin embargo, cuando apagué la luz y nos tumbamos las dos a dormir en el colchón, mi hija volvió a estirar el brazo hacia mi pecho y me dijo con una voz que escondía una carcajada:

—Soy un bebé...

—¿Ah, sí? No sabía que esta niña era un bebé. Ahora que lo pienso es verdad, lleva pañales y todo.

—Niau niau, niau niau.

—Uy, qué raro llora este bebé. Parece un gato.

No pude por menos de reírme. Mi hija también tenía ganas de reírse, pero se aguantó y siguió imitando el llanto de un bebé.

—Niau niau, tengo hambe, niau, manma manma.

—Vale, pues ven, que te doy teta.

Yo, totalmente metida en la historia, tiré de mi hija hacia mí, me subí la camisa del pijama, me descubrí el pecho y acerqué su cabeza a mi pezón. Durante un instante mi hija se metió el pezón en la boca, pero enseguida se echó a reír avergonzada y se apartó. Pese a ello, su mejilla siguió apoyada en mi pecho, y así, en esa posición, se puso a chupar la manga de mi pijama. Desde que era bebé tenía que chupar un trozo de tela para poder dormirse.

Esa madrugada, tuve un sueño.

No se trataba de una excursión ni de una visita a una fábrica como las que hacía cuando era

pequeña, pero estaba yendo a algún lugar con un grupo de más de veinte personas. Eran mis antiguos compañeros del colegio encarnados en su forma adulta.

Estábamos todos esperando algo en el descansillo de las escaleras de un edificio bastante feo. Algunos bebían zumo, otros se iban al baño. «Más vale hacerlo ahora», pensé, y empecé a cambiarme de ropa.

Para cuando me di cuenta estaba rodeada de miradas incrédulas. Me examiné a mí misma y vi que uno de mis senos me asomaba por el sujetador. Sorprendida, intenté taparme, pero por alguna razón no lo lograba.

—Pero ¿qué haces? Qué vergüenza —oí decir a alguien con irritación.

—Venga, vístete ya —dijo una segunda persona.

—Eso le pasa por no saber tomar decisiones. Pero qué vergüenza. ¿Quién le manda cambiarse aquí? Sí, es una verdadera insensatez. Así, mal va. Es un caso perdido.

Yo movía las manos nerviosa, preguntándome extrañada por qué no se me había ocurrido cambiarme en algún lugar más recogido. Pensaba que nadie me estaría mirando, y ahora que me miraban no sabía qué hacer. Me puse triste. El sujetador y la blusa se me enredaron de una manera muy complicada. Ya no sabía cuál era la manga o por dónde tenía que meter la cabeza, y no iba a poder vestirme si no me lo quitaba todo primero. Cuanto más intentaba desenredar mi blusa del sujetador, más asomaba mi seno.

Me eché a llorar pensando que, si seguía así, no solo se enfadarían, sino que además se irían sin mí.

—No seas tonta. Te da tiempo, corre al baño a cambiarte, venga, te acompaño —me dijo un hombre empujándome por detrás. Subí las escaleras con las piernas temblando.

No había nadie en los aseos. El hombre que me acompañaba encontró una silla y se sentó de espaldas a mí.

—Venga, date prisa. No te preocupes, no hay nadie.

No me acordaba de su nombre, pero recordaba perfectamente su cara. Era un antiguo compañero del colegio. Tenía el mismo aspecto que cuando era niño, solo que en tamaño adulto.

—Sí —dije, aliviada por el silencio que me rodeaba, y empecé a quitarme la ropa. Me iba a quedar completamente desnuda de cintura para arriba. Pensé que sería mejor advertírselo, y así se lo hice saber—. No mires.

El hombre soltó una carcajada.

—No me interesa nada mirar.

—Ah, claro, entiendo.

Esta vez, mucho más tranquila, me desnudé de cintura para arriba y empecé a desenredar la ropa del sujetador. Mis brazos rozaron los hombros del hombre. Sentí el tacto suave de su piel. Entonces vi que en realidad él tampoco estaba vestido. Aunque su cuerpo tenía el tamaño del de un adulto, su espalda era tersa y blanda como la de un niño gordito. Cada vez que movía mi cuerpo, mis manos, mi espalda, incluso mis pezones tocaban esa piel. «No es posible, ¿qué está pasando?», pensaba, confundida, aguantando la respiración.

Según oscurecía, nuestras pieles empezaron a resplandecer. Quería gritar de miedo, pero estaba demasiado hipnotizada por el brillo de esa piel...

Por la mañana, cuando me desperté, aún sentía un sutil escozor en el pezón. Vi a mi hija durmiendo a mi lado y sin darme cuenta suspiré aliviada. Me acordé de las muertes que se habían sucedido a mi alrededor.

Un día, después de reincorporarme al trabajo, recibí una llamada de Fujino. Era la primera vez que me llamaba en tres meses. Quedamos en vernos en una cafetería cerca de la biblioteca. Le había crecido el pelo.

—¿Qué tal estás? —me preguntó.

—Muy bien —le respondí.

—Te quieres divorciar, ¿no? —me dijo después—. ¿Tienes previsto seguir pidiendo la mediación?

Asentí.

—Deja de hacerlo. No la pidas... Si tan deseosa estás de que nos divorciemos, nos divorciamos. Es una pena que no hayamos podido hablarlo tranquilamente. Justo hoy hace un año que nos separamos y... ya me he cansado, ya no quiero seguir así. Estoy exhausto.

Asombrada, escudriñé a Fujino. Había empezado a resignarme vagamente a la idea de que seguiría siendo su mujer el resto de mi vida. Pero también me había advertido a mí misma que no debía creérmelo del todo. Fujino cambiaba de parecer con gran facilidad.

Pero él insistió.

—... Yo también he dudado mucho. Hasta puedo decir que es la primera vez en mi vida que he tenido tantas dudas. Pero qué le voy a hacer, fui yo el que se fue. Por favor, cría bien a la niña. Hablaremos de ella más adelante. No te preocupes, te cedo la custodia. Ahora mismo no puedo hacer nada al respecto.

Fujino esbozó una sonrisa amarga. Sacó del bolsillo de su camisa un papel y me lo dio. Era la solicitud de divorcio que le había enviado en otoño con mis casillas ya rellenas. Ahora, él también había relleno su parte y había añadido su firma. La casilla del testigo seguía vacía.

—¿Estás seguro?

Solo supe decirle eso. Era tan obvio que sí... Me quedé mirando el documento del divorcio hasta que dejé de sentir mi propio cuerpo.

—¿Cómo que si estoy seguro? He hecho lo que tú querías.

—Perdona.

Sin darme cuenta había ido bajando la cabeza. Quería preguntarle una y otra vez si estaba seguro, si no sería aquello un terrible error. Era cierto que había deseado el divorcio, pero ahora, en contra de ese deseo, tenía la sensación de que quizá no debíamos hacerlo, que a lo mejor los dos deseábamos otra cosa en realidad. Quise abrazarme a su pecho y decírselo a gritos. Pero lo único que hice fue quedarme sentada cabizbaja frente a él.

Antes de irse, Fujino me explicó que tardaría un tiempo en devolverme la suma que le presté, que quería empezar a mandarme dinero para cubrir los gastos de nuestra hija en cuanto pudiera, pero que de momento le era imposible; que también tenía que cumplir con las expectativas de otras personas, y hacer la película, y que no quería abandonar su sueño de montar una pequeña sala de teatro.

—Bueno, siento haberte llamado en horario de trabajo.

—Gracias por tomarte la molestia de venir. —Volví a bajar la cabeza.

Acto seguido pagó nuestros cafés y desapareció.

«Así que... ha ocurrido de verdad», pensé. No podía levantarme de la silla. Estaba sobrepasada por la magnitud de lo que acababa de perder. Al margen de la relación que habíamos tenido en el último año, Fujino había sido mi mejor amigo. Había sido la única persona de la que había esperado que entendiera mis sentimientos. Quería que al menos supiera que no sentía ningún odio por él ni le guardaba rencor. Quizá Fujino albergaba sentimientos parecidos. Quizá ambos necesitábamos creer que nos enfrentaba un resentimiento mutuo. Ni él ni yo queríamos tener motivos para acabar con nuestras vidas.

Mi cuerpo fue flaqueando cada vez más.

Para cuando quise darme cuenta ya había llegado el buen tiempo.

Un día nos despertó un estruendo de madrugada. Todo el edificio tembló con fuerza. Mi hija también se despertó y se puso a llorar. Asustadas, con el pulso acelerado, subimos a la azotea intentando averiguar qué había ocurrido. La imagen de la ciudad no aportaba ningún indicio de que hubiera pasado algo, pero vi que más gente se asomaba por las ventanas de los edificios del vecindario y comprobé que yo no había sido la única en oír la explosión.

Aun así, me pregunté a qué se debería tanto ruido y volví a examinar los alrededores mientras le acariciaba la cabeza a mi hija.

De repente nos azotó una ráfaga acompañada de un impacto, como si todo el edificio y hasta nuestros cuerpos se hubieran partido en dos. Al instante cerré los ojos y me protegí; luego, enseguida, volví a mirar a mi alrededor. Una explosión aún mayor que la que había oído mientras dormía resonó en el cielo nocturno. El cielo se volvió rojo y resplandeció. Sin tener la más remota idea de lo que ocurría me quedé contemplando, maravillada, la belleza de aquella luz roja que brillaba cada vez con mayor intensidad. Respiré profundamente.

Oímos otra explosión y una nueva luz roja nació en el cielo. Ni me acordaba ya de sentir miedo. La noche entera se tiñó de un rojo luminoso como el atardecer, atravesada por polvos de fuego, y un resplandor deslumbrante se extendió por la derecha como si de un ser vivo se tratara. A su alrededor brillaba la luz roja, todavía fresca, de la segunda explosión. El barrio entero se volvió rojo, impregnado del color del cielo.

Hubo una cuarta, una quinta explosión, cada vez más pequeñas, hasta que desaparecieron por completo. Pero el color del cielo se tornó más complejo y más bello todavía.

—Mira, mira el cielo y deja de llorar. Es la primera vez que veo un cielo tan bonito. Es increíble.

Tomé la cabeza de mi hija entre las manos y la apunté hacia el cielo.

—Mamá...

Mi hija se quedó mirando el cielo boquiabierta, bien agarrada a mí. Sus mejillas empapadas de lágrimas reflejaban las luces rojas que llegaban desde arriba.

Una vez que desaparecieron los sonidos de explosión, la coloración del cielo se fue desvaneciendo desde el epicentro de los estallidos hacia fuera, y por mucho que esperé a que

hubiera más los estruendos se esfumaron y la noche fue recuperando su oscuridad.

Mi hija y yo nos quedamos de pie en la azotea hasta que el cielo volvió a su estado original. Estábamos temblando.

Al día siguiente leí en el diario matinal que, a cierta distancia de mi edificio, en una fábrica de productos químicos, se había producido una explosión por combustión espontánea. Hubo incluso varios muertos.

Pensé que quizá el resplandor que había visto en el cielo la noche anterior fuera el final de todas las muertes que se habían ido sucediendo a mi alrededor. Hubo personas que murieron dentro de aquella luz. Debió de ser una muerte instantánea.

Entonces me pareció entender, por fin, lo que se me estaba intentando transmitir con aquella sucesión de muertes. La luz del calor y de la energía. También mi cuerpo había sido bendecido con ese calor y esa energía. Recordé cómo la noche anterior había admirado aquel cielo rojo y resplandeciente sin poder imaginarme que detrás de ella se escondía la muerte.

UNA PARTÍCULA DE LUZ

Por aquel entonces, cuando miraba hacia mi edificio desde la acera contraria lo primero en lo que me fijaba eran las ventanas de mi piso, y luego la ventana de la planta de abajo, cubierta con un cartel enorme que decía: «Se alquila». Entonces, y solo entonces, tenía la sensación de haber encontrado lo que andaba buscando.

Ese cartel era lo más llamativo del edificio estrecho en el que vivía. De hecho, aparte del cartel, el bloque no tenía absolutamente nada que llamara la atención, aunque en realidad, si se miraba detenidamente, su estrechez extrema resultaba extraña. Pero tanto las ventanas cuadradas y opacas como el color de la fachada se confundían en la penumbra de las viejas tiendas colindantes, y salvo que alguien se detuviera intencionadamente para mirar hacia arriba no era un edificio que saltara a la vista. Desde cierta distancia se veía el cartel de «Se alquila» a la altura de la segunda planta, y era entonces cuando uno se daba cuenta de que había más plantas más allá de la primera. Lo cual no quería decir que cada persona que pasara por ahí se fuera a fijar en el cartel. Amarilleado y bañado a diario por el sol, ese cartel parecía colgar de la ventana en un estado ajeno a la situación del alquiler del piso. De hecho, si no se alquilaba era sin duda por culpa de ese cartel. No podía imaginarme otro motivo por el que la gente evitara alquilarlo. No había sido el escenario de ninguna muerte ni estaba en unas condiciones muy distintas al resto. En realidad, desde que me había mudado a ese edificio un año antes ese piso me había empezado a parecer más confortable que el mío.

A medianoche el edificio se vaciaba, dejándonos solas a mi hija y a mí. Una vez que me aseguraba de que no quedaba nadie en ninguna de las plantas bajaba hasta el bajo y cerraba la persiana mecánica. De repente las puertas y los muros que hasta entonces habían separado minuciosamente un piso de otro parecían volverse transparentes. El edificio entero se convertía en un espacio diáfano, vacío, capaz de hacer retumbar mi voz. Me entraban ganas de correr por todo el edificio en libertad. Pero la zona en la que realmente se me permitía moverme a mi antojo seguía siendo la misma que durante el día: las escaleras que llevaban al tercero y el piso que yo tenía alquilado en esa planta.

Cuando descubrí que el apartamento vacío del segundo no estaba cerrado con llave sentí una especie de miedo y confusión infantil, como si yo misma hubiera provocado algo imposible. En aquel edificio cerrado a cal y canto esa puerta me permitió experimentar algo verdaderamente mágico. Cada vez que la abría veía las luces de las farolas fluorescentes, los semáforos y los neones de la avenida que, a través de la ventana, se proyectaban en la pared, coloreando la

oscuridad vacía de aquel piso cuadrado.

A partir de entonces lo visité bastante a menudo, pero nunca me quedaba demasiado tiempo. Mi hija dormía en la planta de arriba, y además yo seguía conteniendo la respiración cada vez que iba, aun sabiendo que era imposible que me viera la gente que caminaba por la calle. Tampoco es que la dueña me fuera indiferente. No era más que un apartamento pequeño en un edificio viejo y anodino, pero yo estaba obsesionada con él. Se me aceleraba el pulso, me costaba respirar y ya no sabía ni cómo mover el cuerpo. Y, mientras deambulaba atolondrada por el interior vacío o me asomaba por la ventana se me iba poniendo la piel de gallina, me empezaba a doler la cabeza y llegaba un momento en el que me resultaba insoportable seguir ahí y tenía que subir corriendo al tercero. Una vez sentada en mi piso, volvía a recordar el color suave de la luz que desbordaba el apartamento vacío de abajo y mi obsesión regresaba con más fuerza.

Entre el primero y el tercero todas las ventanas tenían la misma forma. El hecho de que mi piso y el piso vacío del segundo parecieran exactamente iguales por fuera y se pudieran intercambiar sin que nadie se diera cuenta era algo que me llenaba de satisfacción. Al principio me preocupaba que alguien se instalara en el apartamento, pero después de un año me acostumbré por completo al letrero que decía «Se alquila». Ese piso se convirtió para mí en un lugar que debía permanecer desocupado. Incluso me llegué a convencer de que nadie lo iba a ocupar jamás. Y cuando me daba cuenta de que en realidad cualquiera podía ver el cartel, y de que cualquiera que fuera a la inmobiliaria podría alquilarlo fácilmente, me sentía como si hubiera despertado de un sueño y me embargaba la incertidumbre. Al margen de cómo lo viera yo, *mi piso vacío* terminaría ocupándose algún día. Sin duda la dueña del edificio debía de estar muy irritada por no lograr alquilarlo.

Entonces empecé a pensar que, si alguien iba a utilizar ese piso como si fuera suyo, más valía que lo alquilara yo. Solo era una planta más abajo, la mudanza sería muy fácil, y aunque estaba pensado para ser una oficina a mi hija y a mí no nos costaría nada vivir en él. Era la mitad de grande que mi piso, pero esa pequeñez me gustaba.

Quería dormir en medio de aquel piso vacío bañado por una luz pálida. Quería pasar ahí el resto de los días que iba a vivir con mi hija. Quería deshacerme de mis cortinas, de mi mesa. En aquella época, tener cerca de nosotras cualquier objeto que invitara a la gente a relajarse, aunque fuera un cojín, era una fuente de dolor para mi hija y para mí. Mi hija se iba a dormir a casa ajena siempre que podía. Yo deambulaba por el barrio con ganas de conversar con desconocidos. Llevábamos bastante tiempo pasando las noches así. Pero nunca nos olvidábamos la una de la otra, sino todo lo contrario. Nos deseábamos mutuamente, y con más fuerza que nunca, la felicidad.

Me daba rabia pensar que aquel piso vacío era justo lo que necesitábamos en tales circunstancias.

* * *

En primavera, un año y un mes después de haber empezado a vivir sola con mi hija, recibí los documentos de Fujino, el que había sido mi marido, y los entregué en el ayuntamiento. Mi apellido volvió a ser el de mis padres. Lo cierto es que me dio igual. También me dieron un nuevo

certificado de empadronamiento en el que yo figuraba como cabeza de familia.

Hasta entonces, mi apellido, Fujino, había sido el mismo que el nombre del Edificio Fujino Número 3, por pura coincidencia. Pero quizá no fuera una mera casualidad que yo hubiera acabado ahí. Cuando fui a ver el piso, ya sabía cómo se llamaba el edificio. Me gustó que el apartamento fuera tan luminoso, lleno de ventanas, y de inmediato decidí que quería vivir allí. En ese momento sentí una conexión profunda entre el nombre del edificio y mi marido, y puede que me dejara llevar por esa sensación. Por aquellos días yo todavía estaba aterrorizada con la idea de separarme de él y tener que cambiar de vida.

Como mi apellido era el mismo que el nombre del edificio, la gente no dejó de confundirme con la dueña durante el año que estuve viviendo allí. A veces subían a pedirme las facturas del agua o de la luz correspondientes a las oficinas de abajo o a las escaleras, o me traían el correo extraviado. En alguna ocasión también llamaron a mi puerta personas que subían hasta el tercero por error, para pedir un préstamo o porque ya lo habían pedido en la entidad financiera que por lo visto había ocupado una de las oficinas. Y por mucho que les explicaba que yo no era la dueña del edificio ni tenía ninguna relación con ella y que solo era una inquilina había quienes se negaban a entenderlo y a dejarse persuadir.

¿Acaso repitiendo estas cosas una y otra vez había ido desarrollando, sin darme cuenta, cierto apego por aquel bloque en el que vivía? Cuando cambié de apellido, mi primera reacción fue la de abandonar aquel edificio Fujino Número 3 en el que había un piso eternamente vacío. Por primera vez me di cuenta de lo apegada que estaba a él. Podía sentir el calor de mi cuerpo en el piso vacío del segundo, en cada escalón de las escaleras, en el sonido de las persianas mecánicas.

En mis ratos libres empecé a visitar inmobiliarias para ver los pisos que se anunciaban. Quería mudarme antes de que ocuparan el piso de abajo. Quería dejar mi presencia en el piso intacta, como si fuera un ser vivo independiente.

Esa primavera mi hija tomó la costumbre de correr detrás de las flores. Dientes de león, julianas, margaritas, vinagrillos, verónicas, nabillos, tréboles blancos, bolsas de pastor... Solo en el tramo de la guardería a nuestro edificio recogió más flores de las que cabían en sus manos. También sus bolsillos y el bolsito que le colgaba del hombro se llenaron de flores amarillas, blancas, azules. A veces apretujaba las flores dentro de una bolsa de plástico que le habían dado en la guardería y me las regalaba así, con bolsa y todo. En la bolsa yo me encontraba anillas de latas de zumo y envoltorios de caramelos mezclados con tierra y gravilla que ella recogía sin querer cuando arrancaba las flores del borde del camino o de entre los hierbajos que crecían frente a los jardines de las casas. De ahí yo rescataba las flores que no se habían partido y las colocaba en un vaso de agua.

Cada vez había más flores en el piso. Para mi hija, las flores eran unos seres bellos y extraños que, no importaba cuántas veces las cogiera, siempre le proporcionaban la mayor de las alegrías. Correteaba como una loca entre esas criaturas, y cuando yo caminaba junto a ella también me llenaba de asombro ante aquella plétora de flores. Florecieron los cerezos, las azaleas, las espireas. Mi hija recogió los pétalos esparcidos a sus pies arañando el suelo. Los pétalos caían sobre su pelo y su cuerpo.

Un sábado por la tarde, nada más recoger a mi hija en la guardería, nos subimos juntas a un autobús y nos dirigimos a un parque famoso por sus cerezos, situado en el interior de una antigua muralla en el centro de la ciudad. Ese día soplaban un viento fuerte. Amaneció oscuro, con un cielo encapotado a punto de llover, pero a mediodía se despejó, y para cuando llegamos al parque empezaba ya a extenderse un cielo raso. Justo se estaba celebrando un evento en uno de los edificios del parque y el lugar estaba más concurrido de lo que me había imaginado. Los cerezos acababan de dejar atrás su momento álgido, y los bordes de la primera pendiente que habíamos visto al bajarnos del autobús estaban moteados con los colores vivos de las julianas y las flores de colza.

—¡Mira cuántas flores, qué bonito!

Me detuve a un lado del camino y alcé a mi hija. Ella se movió impaciente y me metió prisa.

—Quiero ir ahí, donde las flores, vamos rápido.

—No sé si se puede ir...

—Vamos, venga.

—¿Ves que no hay nadie? Es una zona donde no se puede entrar. Y aunque pudiéramos ir nos resbalaríamos entre tantas flores y nos caeríamos directas en el agua. Dentro del agua hay muchas hierbas que parecen serpientes; puedes quedarte atrapada entre ellas, y ahogarte y morirte. Y aunque te mueras ya no vuelves a flotar. Te quedas enganchada a esas hierbas hasta que te conviertes en huesos. Seguro que hay muchos huesos en el fondo del agua.

—No hay huesos. No se ven.

—Claro que no se ven. El agua es muy verde y muy profunda.

—¿También hay monstruos?

—A lo mejor. Puede que estén mirando las flores desde el fondo del agua.

—No las pueden ver.

—No... Pero ven en la superficie del agua cosas amarillas y rosas y azules que brillan...
Entonces ¿quieres ir?

Bajé a mi hija al suelo y le cogí la mano.

—¡No quiero!

Empezó a llorar.

—¿Qué pasa? ¿No querías ir?

—¡No, no quiero, me da miedo!

A mi hija se le tensó el cuerpo y se negó a dar un paso más. Renuncié a la idea de seguir avanzando y me agaché para hablar con ella.

—No pasa nada, porque desde aquí también podemos ver los cerezos, ¿verdad? Así que no llores más.

Mi hija se abrazó a mis rodillas y frotó su cara contra mi pecho. Acaricié su tierna espalda con mis dos manos. La entrada del parque quedaba a unos cien metros de nosotras. El camino que bordeaba el agua y desde el que podíamos ver la pendiente cubierta de flores estaba lleno de gente que entraba y salía del parque. Pero nadie se detenía allí.

En mi primera adolescencia pasaba a menudo por ahí de camino a casa. Por aquel entonces la parte interior de la muralla no estaba todavía habilitada como parque y solo había unas viejas

casetas solitarias. Las chozas estaban rodeadas de unos huertos y un pozo común que se conservaba de otros tiempos, y al fondo se podía ver ropa tendida. Era evidente que había gente viviendo ahí, pero yo nunca vi a nadie. En todas las ocasiones en las que fui, nunca advertí ninguna presencia.

Ahora, visto en retrospectiva, pienso que quizá quienes vivían allí estaban preparándose para abandonar aquellas casas ante la inminente habilitación del jardín como parque público. Quizá, por casualidad, yo fui testigo de ese momento. Poco después se prohibió la entrada a esa zona. Empezaron las obras, se enfriaron mis sentimientos, y ese lugar fue desapareciendo incluso de mi memoria.

Agachada frente al agua verde que tenía a mis pies, recordé perfectamente, como si estuviera viendo un sueño o una película, el paisaje que había contemplado décadas atrás. Era un paisaje envuelto en hierbas jóvenes y árboles frutales, tan luminoso que parecía que la luz del sol se había quedado adherida a él. Tan luminoso y silencioso que resultaba perturbador. Porque tal paisaje se extendía ante mis ojos a solo un paso de las avenidas que trenes y coches atravesaban con rapidez, al otro lado de un antiguo portón que se conservaba como resto arqueológico. En aquel momento me pareció un descubrimiento que debía mantener en secreto. No debía hablarle a nadie de ese lugar en el que deseaba fundirme y convertirme yo también en una partícula de luz. Era un lugar irreal impregnado de luz. Nunca pensé en avanzar más lejos. Simplemente me quedaba contemplando la quietud de aquella luminosidad.

Solo hubo una ocasión en que volví a pasar por ahí. Fue una noche, con un muchacho, unos años después de que convirtieran ese lugar en parque público. Era más o menos la misma época del año, cuando las flores del cerezo empezaban a caer. Yo llevaba un jersey de manga corta. Durante el día había hecho suficiente calor como para ponerme a sudar, pero recuerdo que por la noche, paseando con el muchacho, me eché a temblar de frío.

—Vas muy poco abrigada. Todavía estamos en abril —recuerdo que se rio el muchacho trajeado.

Cuando pasamos por el parque él iba unos cinco metros por delante de mí. Llevábamos un buen rato caminando de esa forma. A veces el muchacho se giraba para mirarme, y cuando veía que yo seguía ahí detrás, persiguiéndolo, aceleraba el paso.

Cerca de la salida del parque, una mujer mayor que parecía haberse perdido se acercó a decirle algo y el muchacho se detuvo. Yo me detuve también, respetando los cinco metros de distancia, y me quedé observando los acontecimientos. El muchacho le indicó el camino a la mujer gesticulando con las manos, pero al ver que seguía confundida se puso a caminar a su lado hasta que llegaron a un gran cruce y él volvió a indicarle el camino. La mujer mayor agachó la cabeza varias veces en señal de agradecimiento y se fue. El muchacho se giró hacia mí, se rascó la cabeza, abrió la boca y sonrió. Atraída por su sonrisa, me acerqué a él.

—Espero que no se vuelva a perder —susurró, ruborizado, cuando llegué a su lado.

Yo le devolví la sonrisa y le pedí de nuevo lo que ya llevaba un buen rato pidiéndole.

—Hay mucha gente en ese parque. Si no quieres que duerma en tu casa podemos ir ahí, no me importa. No pasa nada, no seremos los únicos.

De repente, la cara del muchacho recuperó la seriedad.

—Vete ya de una vez. Vamos, te acompaño.

—No quiero, no quiero irme así. ¿Por qué no podemos? Si va a ser solo un momento...

—¿Cómo puedes decirme eso? En realidad te da igual que sea yo o cualquier otro. ¿Por qué no vas tú sola y llamas a un hombre a gritos? Seguro que vienen muchos.

—No, solo quiero hacerlo contigo.

—Me agobias. Cuando estoy contigo me siento como un animal. Soy un chico normal y corriente, no tengo nada especial...

—Ni yo.

El muchacho resopló con cara de odio, me dio la espalda y echó a andar. Dejé cierta distancia entre él y yo, y de nuevo me puse a seguirle.

Cuando nos conocimos, enseguida empezamos a compartir los placeres del sexo, y siempre que estábamos juntos enredábamos nuestros cuerpos con tal ansiedad que incluso hablar nos parecía una pérdida de tiempo. No entendía por qué ahora rechazaba mis ganas de él. Si algo podíamos compartir era la experiencia de nuestros cuerpos, y por ese motivo me resultaba imposible alejarme de él. ¿Qué otra cosa podían esperar dos personas normales y corrientes la una de la otra?

Ya no conseguía acordarme de su cara. Dos años después empecé a trabajar en la biblioteca y conocí al que sería el padre de mi hija, Fujino.

De repente, mi hija, que tenía la cabeza hundida entre mis rodillas, se puso de pie y gritó hacia las flores que rebasaban su visión:

—¡Hola! ¡Florecitas! ¡Hola!

Esperé a que se extinguieran sus gritos y le pregunté:

—¿Te han respondido las flores?

Mi hija asintió, segura de sí misma, y se puso a correr entre risas, dejándome sola en aquel lugar. Corrió en dirección opuesta al parque.

A la semana siguiente elegí el nuevo piso al que me iba a mudar. Otras dos semanas después, un domingo por la mañana, abandoné mi bloque de oficinas y me trasladé a uno residencial. El apartamento del segundo seguía vacío.

La noche anterior había empezado a hacer cajas apresuradamente después de acostar a mi hija. Aunque no eran muchas cosas la tarea me llevó toda la noche. Mi hija se emocionó al ver la transformación que se había producido en el piso mientras dormía y se puso a dar saltos de una caja a otra.

El nuevo apartamento no estaba muy alejado de mi edificio; era una distancia que fácilmente se podía recorrer a pie. El día en que fui a verlo, la familia de tres que había vivido allí estaba esperando a que llegara el camión de la mudanza. Tenían los ojos clavados en las cajas que habían amontonado en un rincón.

El piso daba a un camino estrecho y en curva. Todos los edificios colindantes eran muy parecidos.

—Es ese de ahí —me dijo el agente inmobiliario que me acompañaba, señalando un piso de la segunda planta. Un niño de unos cuatro años seguía mis movimientos con mirada inexpresiva,

sentado en el pasillo que hacía las veces de tendedero, con una tela de envolver en sus manos. Subí las escaleras de metal, y cuando me detuve frente a la puerta que me había indicado el agente inmobiliario el niño se escurrió dentro, casi rozándome. Se metió en el piso rápidamente y se escondió detrás de su madre, mirándome con desconfianza.

Me presenté ante la madre, una mujer con el cuello envuelto en un pañuelo. Le dije que estaba ahí para ver el piso, que me había enviado la inmobiliaria.

—¿Ya? ¿Tan pronto? Es demasiado pronto —dijo la madre. A continuación pasó a explicarle en voz alta al padre, que estaba al fondo, el motivo de mi presencia, y me invitó a pasar. Me quité los zapatos y me quedé de pie sobre el suelo de la cocina, incapaz de adentrarme más. El piso estaba lleno de cajas. Por otra parte, era lo suficientemente pequeño como para poder echarle un vistazo general sin necesidad de recorrerlo. Había una habitación de tres tatamis junto a la cocina, y una habitación de seis tatamis que daba al norte. La ventana de esa habitación estaba cubierta con una tabla de plástico, de manera que hacía falta encender la luz durante el día. La entrada y la cocina daban al sur, pero la pared del piso de al lado les quitaba bastante sol. Solo la ventana que daba a la calle era capaz de aportar cierta luminosidad.

Me contrarió no poder recorrer tranquilamente el piso ahora que me había quitado los zapatos. Al verme ahí quieta, mirando a mi alrededor con vaguedad, la madre, acaso avergonzada, me explicó algunas cosas a toda velocidad, con las prisas de la mudanza. Que ellos habían vivido allí durante cuatro años y medio. Que no podía decir que fuera un buen piso porque no tenía luz, y además se llevaba muy mal con la vecina de abajo, una mujer mayor que estaba mal de la cabeza y que le daba golpes fuertes al techo aun cuando ellos caminaban despacio, y que entonces ellos, en venganza, también le daban golpes al suelo, y que no se achicaban, pero que alguien con un temperamento más débil podría acabar con una crisis nerviosa. Las ventajas se reducían a que el alquiler era barato y a que permitían tener niños.

—Nos mudamos a toda prisa cuando mi barriga estaba enorme y, mira, ahora el niño está así de crecido. No sé ni cómo he podido aguantar las locuras de la vieja de abajo. Esa mujer se comporta como si fuera la dueña de todo esto. Si tienes pensado mudarte aquí, tendrás que hacerle frente desde el principio. Viéndote ahora, me preocupas un poco.

—Oye, ¿qué haces? Todavía hay cosas que recoger.

La madre esbozó una sonrisa amarga y se calló tras la reprimenda del padre, que andaba moviéndose de un lado a otro por la habitación de seis tatamis. Me apresuré a darle las gracias y salí. Cuando estaba bajando las escaleras de metal me asomé a mirar la ventana del piso de abajo. Las cortinas de cuadros naranjas estaban medio abiertas, pero había un armario y una estantería pegados a la ventana y me fue imposible ver el interior.

No tenía prisa. Me la iba a encontrar tarde o temprano, pensé, y regresé a la inmobiliaria.

Pagué la fianza y llegué a mi piso al atardecer. Era esa hora en la que el sol desparramaba su luz rojiza en abundancia y llenaba el piso de una luminosidad casi sofocante. Me quedé un buen rato en la entrada, de pie, contemplando el interior del piso como alguien que llevara años sin ver aquel espectáculo y fuera incapaz de recordarlo con nitidez.

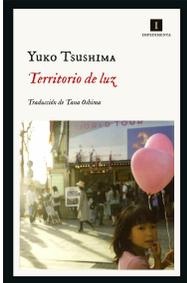
Era un espectáculo silencioso, en el que nada se movía.

Cuando hubo desaparecido el sol del oeste y el piso se sumió en una penumbra azulada, salí de

nuevo y bajé a la calle para ir a recoger a mi hija a una casa del vecindario.

Fin

Territorio de luz



Es primavera y una mujer, abandonada por su marido, decide comenzar una nueva vida junto con su hija de dos años, que no entiende por qué no puede seguir viendo a su padre. Perdida en una Tokio inmensa, la mujer alquila un piso lleno de ventanas donde vivirá durante los doce meses posteriores a la ruptura, enfrentándose a la maternidad en solitario y tratando de escapar de la oscuridad que la acecha a pesar de vivir rodeada de luz. Una luz que adopta distintas formas, a veces reconfortante y a veces amenazadora, colándose por las ventanas como rayos de sol o fuegos artificiales. El periplo vital de una mujer que, con el paso de las estaciones, emprende la búsqueda de la felicidad perdida. Una novela que Margaret Drabble consideró equiparable a las mejores obras de Virginia Woolf.

Yuko Tsushima nació en Tokio en 1947. Su padre, el novelista Osamu Dazai, se suicidó, cuando la autora solo tenía un año, y eso la marcaría. A lo largo de su carrera, obtuvo los más importantes premios de su Japón natal, incluyendo el Noma Literary Prize o el Izumi Kyoka Prize. Fue considerada por The New York Times como «una de las más importantes escritoras de su generación». Heredera confesa de Faulkner y Tennessee Williams, es autora de títulos como *Hija de la fortuna* (1978), *La galería de tiro y otras historias* (1973-1984) o *Territorio de luz* (1979). Falleció en febrero de 2016 en Tokio.

Título original: *Hikari no ryobun*

Edición en ebook: mayo de 2020

Hikari no ryobun

Copyright © Yuko Tsushima, 1979

English translation rights arranged with the Estate of Yuko Tsushima through Japan UNI Agency, Inc., Tokyo

Copyright de la traducción © Tana Oshima, 2020

Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2020

Juan Álvarez Mendizábal, 27. 28008 Madrid

www.impedimenta.es

Diseño de colección: Enrique Redel

Maquetación: Carlos J. Martínez

Corrección: Ane Zulaika

Composición digital: leerendigital.com

ISBN: 978-84-17553-67-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Portada

Territorio de luz

Alrededor del agua

Un domingo entre árboles

Sueño de pájaros

Una voz

El conjuro

Las dunas

Una luz roja

Un cuerpo

La superficie de la Tierra

Llamas

Una partícula de luz

Sobre este libro

Sobre Yuko Tsushima

Créditos



IMPEDIMENTA

YUKO TSUSHIMA

Territorio de luz

Traducción de Tana Oshima

